

# LORRAINE COCÓ

I love  
you

you  
me

SENTIR SWEET  
LOVE, 3

*Tú, mi*

*atracción*

**FAVORITA**

# Table of Contents

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)



©2020 Tú, mi atracción favorita

© 2020 Lorena Rodríguez Rubio

Corrección: Anabel Botella

Maquetación: Valerie Miller

Diseño portada y contraportada: Lorraine Cocó

Web de la autora: [www.lorrainecoco.com](http://www.lorrainecoco.com)

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

[DEDICATORIA](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

DEDICATORIA

Para mis maravillosas encadenadas, siempre conmigo, inspirándome y animándome a seguir cumpliendo mis sueños.

CAPÍTULO 1

Payton intentó entrar en el edificio en el que se encontraba su nuevo apartamento, cargada con una caja, un bolsón colgado al hombro y una gran maleta con ruedas. Pero la puerta era pesada y no pudo abrirla más de un par de centímetros antes de que esta se volviese a cerrar. Por suerte, un hombre de unos cincuenta y tantos años lo hizo por ella y la saludó dándole una cálida bienvenida.

—Buenas tardes. Es usted la señorita Payton, ¿verdad? —le dijo arrebatándole la caja de las manos.

—Sí... —repuso casi sin resuello—, la misma. Muchas gracias por la ayuda.

Le sonrió abiertamente, admirando al tiempo lo bonita que era la portería de aquel edificio familiar. Sarah y Matt le habían asegurado que le encantaría vivir allí y empezaba a pensar que no habían exagerado.

—No hay de qué. Yo soy Irvin, el conserje. Puede contar conmigo para lo que necesite. Daniel y Eric me avisaron de que vendría y me pidieron que la guiase hasta el apartamento.

—Irvin, es usted muy amable, pero no será necesario. Ya tengo la llave.

Puedo hacerlo sola —le dijo con gesto decidido.

—Como usted desee —concedió el hombre—, pero al menos déjeme que la acompañe al ascensor. —Y antes de que pudiese negarse, fue hasta allí y apretó el botón mientras seguía cargando con su caja.

Payton esperó junto a él mientras ambos, en silencio, aguardaban su llegada. Se sentía algo nerviosa. Había tenido que buscar un apartamento compartido con urgencia, tras tener varios problemas serios con su casero, y el que Matt dejaba vacío estaba en una zona inmejorable. Era la primera vez que iba a tener que compartir vivienda con dos hombres, pero no le preocupaba demasiado. Eran cirujanos, como Matt, y eso hacía que estuviesen mucho tiempo fuera. Además, el hecho de que Sarah viviese también en el edificio, le hacía estar más segura de su decisión. Habían congeniado bastante en la boda de Lauren, su mejor amiga y hermana del

novio de Sarah, Matt. Aun así, la experiencia con su casero anterior había sido tan mala que ahora iba con pies de plomo.

Cuando el ascensor pitó justo antes de que se abriesen sus puertas, se sintió aliviada. Tenía ganas de instalarse y tener, por primera vez en mucho tiempo, algo de paz. Estaba a punto de entrar cuando tuvo que dar un par de pasos atrás al ver como el ser más horrendo sobre la faz de la tierra, clavaba su mirada azul en ella con desconfianza. La portadora de semejante bicho, una señora octogenaria de expresión adusta, la observó con los párpados entornados.

—Buenas tardes, señora Fleming. Buenas tardes, Lucifer —oyó decir al portero. En cuanto a ella, no tuvo tiempo de saludar a la extraña pareja porque la señora habló primero.

—¿La nueva del 8B? —le preguntó sin rodeos repasándola de arriba abajo inquisitivamente.

—La misma —dijo sin dejarse amedrentar por su tono seco.

—Es usted... —La volvió a inspeccionar— demasiado joven y atractiva —terminó por declarar en un tono en el que no supo si la estaba halagando o insultando. Pero finalmente arrugó la nariz como si sus cualidades la convirtiesen en persona no grata—. Espero que no nos dé problemas.

Su declaración la dejó alucinada y muda. La vio alzar la barbilla y salir del cubículo con su gato, dando por zanjado aquel extraño intercambio de presentaciones. Sin embargo, la oyó añadir, farfullando mientras se dirigía a la salida del edificio:

—Y más viviendo con esos dos... ¿Verdad, Lucifer? —se dirigió a su gato hablando de ella como si no pudiese escucharla. Algo a todas luces absurdo, con lo que le quedó claro que no le importaba un ápice que lo hiciera.

Payton abrió los ojos de par en par e hizo una mueca, sin terminar de creer lo que acababa de pasar.

—Una señora encantadora —le dijo al portero tras sacudir la cabeza, decidiendo entrar en el ascensor. El hombre se limitó a sonreír dejando la caja en el interior. Apenas le dio tiempo a salir del cubículo antes de que se cerrasen las puertas y ella quedase sola en el interior.

Apoyó la espalda en la pared metálica y suspiró. Estaba claro que vivir allí iba a ser mucho más interesante de lo que había imaginado. Decidió no

tomarse los comentarios de aquella señora como una señal de que mudarse allí no había sido una buena idea. Tenía que mantener su optimismo.

Necesitaba pensar que estaba empezando una nueva etapa en su vida que le reportaría grandes alegrías. Y durante los escasos segundos que el ascensor tardó en llevarla hasta el octavo piso, tuvo tiempo de hacer un repaso rápido y mental a la lista de cosas que tenía a favor.

Acababa de conseguir su propia sección en la revista para la que trabajaba desde hacía tres años como redactora: *Revolution*, la mejor publicación femenina del momento. Adoraba trabajar allí porque sentía que estaba en un medio en constante crecimiento. Y tras su «especie de ascenso», con una proyección inmejorable en el trabajo. Su labor también le había reportado un grupo de amigos y compañeros muy agradables con los que llenar su vida social en un lugar tan vertiginoso como Manhattan, que en nada se parecía ni a su Austin natal, ni a Rhode Island, donde estaba ubicada la universidad de Brown. Echaba de menos a Lauren, su mejor amiga, pero estaba viviendo su sueño. Un sueño que el ser siniestro y despreciable de su anterior casero había amenazado con hacer añicos.

Había aprendido la lección y conseguido esquivar esa peligrosa bala, descubriéndolo a tiempo. Había escapado de su antiguo apartamento, como alma que lleva el diablo, en mitad de la noche y sin mirar atrás.

Tuvo que mudarse a un hotelucho durante varias semanas tras encontrarse en la calle, pero por suerte, en la boda de su mejor amiga, había descubierto que Matt dejaba su increíble apartamento en una de sus zonas favoritas de la ciudad: el West Village. Tenía el centro de la ciudad a veinte minutos en metro y el edificio era una pasada. No iba a estar sola, como en el anterior, y tendría que acostumbrarse a compartir espacio con dos hombres, algo que no había hecho desde que abandonó la casa de sus padres y con ellos a sus cuatro hermanos: una chica menor, y tres chicos mayores que ella. No recordaba la convivencia como un sencillo paseo; sus hermanos eran lo peor. Y ese fue uno de los motivos de decidirse a estudiar en la otra punta del país. Prefería su independenciamiento, pero a veces no importa lo que uno desea, sino saber adaptarse a las circunstancias.

Y eso era lo que hacía ella, adaptarse y pagar por sus malas decisiones del pasado. Tampoco era algo definitivo, se dijo cuando la puerta del ascensor se abrió y, arrastrando la maleta, la sacó del cubículo metálico, colocó sobre esta la caja y se acomodó el bolsón en el hombro. Comenzó a

caminar por el pasillo mientras miraba los números de las puertas, recordándose que por

malo que fuese lo que se iba a encontrar, era cien mil veces mejor que lo que había dejado atrás y que en pocos meses podría permitirse alquilar un espacio solo para ella.

Con todo aquello en mente llegó hasta la puerta junto a la que se podía leer en letras doradas, 8B. Sacó la llave del bolsillo trasero de sus vaqueros y tomó aire un par de veces, mirándola antes de introducirla en la cerradura. «Al toro, por los cuernos», se dijo a sí misma y, tras girarla un par de veces, entró en el que se convertiría en su nuevo hogar durante los próximos meses.

La puerta daba a un pasillo que hacía las veces de recibidor. Allí solo encontró un perchero, vacío salvo por un juego de llaves que colgaba solitario de uno de los ganchos. Dejó caer el pesado bolsón y soltó la maleta con la caja para tomarlo con los dedos. Tenía un llavero en el que se leía: «NO TOCAR». Pero a ella no se le daba bien obedecer, así que siguió haciéndolo con una sonrisa en los labios. ¿Qué tenían de especial esas llaves? Encogió la mirada, pero sin cambiar el gesto sacudió la cabeza. Dejó el equipaje en la entrada y se dispuso a inspeccionar el apartamento aún con más curiosidad. Y lo que encontró a continuación la sorprendió bastante.

El salón era amplio, pintado de blanco salvo por un par de paredes que mantenían el ladrillo original, rojo y desgastado. Las paredes estaban decoradas con cuadros de láminas en blanco y negro. El mobiliario era contemporáneo, ecléctico, y en él se combinaban varios colores dando una sensación acogedora. Estaba presidido por un gran sofá gris, con dos butacas a los lados, una blanca y otra morada que la enamoró al instante y en la que se imaginó acomodada con un buen libro. Era una habitación espaciosa y muy bien iluminada con tres ventanas altas. En la pared del fondo había una chimenea con pinta de hacer décadas que no se usaba y en la que ahora había una pila de libros. En realidad, le sorprendió la cantidad de ellos que había dispersos por toda la estancia. Los había en las estanterías de madera de las paredes, distribuidos sobre distintos muebles y en un cesto de mimbre junto al sofá. Era un lugar agradable, sin el aire excesivamente masculino que había supuesto. Tampoco esperaba que hubiese tanto orden. Pasó un par de dedos por la superficie de cristal de la mesita auxiliar que había frente a ella y comprobó que estaba impoluta.

Frunció el ceño. Ella no era tan limpia ni de lejos. Esperaba que eso no fuese un problema.

Con esa duda se adentró en la siguiente habitación, la cocina. Le encantó. No era una gran cocinera, pero tenía tres o cuatro especialidades que solía cocinar cuando estaba estresada, y aquel espacio estaba equipado con todo lo necesario. Habían pintado el ladrillo de blanco y este combinaba con muebles del mismo color y encimeras de madera clara.

Los electrodomésticos eran de acero y una mesa blanca, con ruedas, hacía las veces de isla, flanqueada por un par de taburetes. También allí estaba todo limpio y recogido. Enarcó una ceja y fue hasta el frigorífico. Y al abrirlo, sonrió.

Estaba dividido en dos secciones claramente diferenciadas. La de la izquierda, llena de comida basura, precocinada, restos de pizza y otras cosas que no supo identificar. El lado de la derecha era diametralmente opuesto; productos frescos, muchas frutas y verduras, carnes y pescados, lácteos desnatados y zumos. Eso sí, la zona inferior estaba llena de botellines de cerveza, que además eran de su marca favorita.

Cerró la nevera y fue hacia el pasillo donde se encontraban las habitaciones y el baño. Este último fue el primero que halló. Tenía bañera, algo que le encantó. Era sencillo, con un buen espejo y estaba igual de limpio que el resto de la casa. Al salir se dio cuenta de que, sobre la madera blanca de una de las puertas, había un papel pegado en el que se leía: «Payton». Volvió a sonreír. Estaba a punto de entrar en su cuarto cuando vio que uno de los otros tenía la puerta abierta, no lo pudo evitar y asomó la cabeza. Una gran cama presidía el

dormitorio en el que predominaban los tonos verdes y tierra. En la pared del cabecero había un cuadro enorme con una de esas preciosas vacas escocesas de pelo largo. Le gustaba, era acogedor. La otra puerta estaba cerrada y no intentó siquiera abrirla. Fue directamente a la suya y al girar el pomo, se sintió en casa.

Era un dormitorio sencillo de cama doble y muebles de madera. Las paredes blancas y una butaca morada, gemela a la que le había enamorado del salón. Ubicada en una esquina, era perfecta para dejar sus cosas cada día. El armario era amplio y tenía una cómoda de gran tamaño también.

Por lo demás, el cuarto estaba vacío y carente por completo de decoración, pero cuando ella le diese su toque, haría de él un lugar perfecto.

Su lugar perfecto, pensó antes de tirarse de espaldas sobre la cama y suspirar aliviada.

## CAPÍTULO 2

Puso su lista de reproducción en el móvil y con ayuda de Bruno Mars apenas tardó un par de horas en sacar todas sus cosas y colocarlas. Eso la dejó en mitad de su cuarto, con media mañana libre, algo que no le había sucedido en mucho tiempo. No estaba acostumbrada a estar ociosa y se puso a maquinar. Estaba claro que limpiar no era necesario, había hecho la colada antes de ir hasta allí y tenía el artículo de esa semana terminado.

Podía haberse dedicado a investigar un poco sobre la idea que tenía para el siguiente, pero lo cierto era que hacía un día precioso y se moría por conocer la zona. Tampoco le vendría mal recorrer el barrio, hacer algo de compra y localizar su futura nueva cafetería favorita.

Esta última fue la primera en descubrir, algo que agradeció porque aquellos días de agosto el calor era sofocante. No había caminado ni dos manzanas cuando el olor a café la hipnotizó haciendo que moviese las piernas sin pretenderlo, como si tirasen de ella unos hilos invisibles que la guiaban entre la gente. Cuando se vio delante de la puerta de la coqueta cafetería simplemente sonrió. Café... negro, intenso, aromático, con el punto justo de acidez. Una delicia para el paladar y sus sentidos.

Antes de pensarlo, ya estaba dentro y delante del mostrador. No se fijó en la decoración vintage de la cafetería, en sus mesas cuadradas, ni en los mullidos sillones que las rodeaban, y pidió su taza con anhelo. Cuando el chico que se lo sirvió lo dejó frente a ella, tomó la taza y lo probó inmediatamente.

—Son... tres con veinte... —oyó que le decía dubitativo. Apartó la taza de su boca y sonrió frunciendo los labios. Se había comportado como una adicta, y sí, lo era. Solo al buen café y aquel era bueno, demasiado bueno.

Por lo que sacó un billete de diez dólares del monedero y le dijo:

—Mejor cóbrate dos y ponme el segundo para llevar.

El chico alzó las cejas al tiempo que le sonreía con esa sonrisa cargada de curiosidad que reconocía a menudo en los hombres, pero no estaba interesada. El género masculino había perdido todo interés para ella. Y

mientras el chico iba a servirle el que sería su segundo café del día, ella ojeó el local por encima del filo de su taza.

—Está vibrando —le dijo el camarero señalándole el bolsillo.

Se lo miró y al sentir que el aparato se movía en su interior, metió la mano y lo sacó con



rapidez. No supo de quién se trataba hasta que escuchó la voz del otro lado, femenina, acelerada y directa.

—¿Te has mudado ya? ¿Qué tal te has encontrado el piso?

Payton sonrió al escuchar el tono apresurado de Sarah, que ahora además de amiga acaba de convertirse en vecina.

—¡Hola, guapa! Sí, ya me he instalado y el apartamento está tan impoluto que da miedo. Se podría comer en el suelo —dijo colocándose el teléfono en el hueco del cuello para tomar las vueltas de su pago y el café para llevar. Después sonrió al chico que seguía mirándola y salió de la cafetería, echando un último vistazo al interior del local antes de reencontrarse con el calor del exterior—. ¿De veras son tan limpios?

—¿Daniel y Eric? ¡Qué va! Annete, la mujer de Irvin, va a limpiar y hacer la colada tres veces por semana. Los chicos no creo que hayan cogido un trapo en su vida. Aunque en su defensa he de decir que apenas pasan tiempo en el apartamento.

—Bueno, eso tiene sentido. Tengo ganas de conocerlos. Daniel me dijo en su último email que esta noche estarían ambos y he pensado en preparar la cena para los tres. Quiero empezar con buen pie.

—¡Es una fantástica idea! Matt siempre llega del hospital famélico.

Seguro que lo agradecen muchísimo. ¿Y qué has pensado hacer?

—Pasta. Tengo una receta con una salsa especial que siempre triunfa.

Pero tendría que comprar unas cuantas cosas. ¿Dónde hay una tienda por aquí?

—¿Dónde estás?

Payton miró a un lado y a otro, había estado caminando sin rumbo desde que había salido de la cafetería. No tardó en ubicarse y dar las indicaciones a Sarah. Y esta en guiarla hasta la pequeña, pero bien surtida tienda de alimentación de los señores Kumar. Una pareja de hindúes que la recibieron con sendas, enormes y amabilísimas sonrisas.

—Por cierto, además de para saber qué tal te había ido la mudanza, quería invitarte a cenar en casa el viernes. Vamos a hacer una fiesta de despedida para mi padre. Se nos emancipa.

No le dio tiempo a preguntar, porque Sarah siguió hablando acelerada.

—¿No te parece increíble? Me acaba de dar la noticia de que está saliendo con Nora, la enfermera que lo cuidó tras la operación. Y lo peor no es eso, es que ambos han decidido no perder el tiempo e irse a vivir juntos —la oyó jadear tras su alegato como si lo hubiese hecho sin aliento.

No conocía a Sarah desde hacía mucho, apenas unas cuantas semanas, pero no había que ser un experto en ella para saber que estaba alterada y nerviosa, incluso crispada. Estaba claro que no le gustaba la idea de la emancipación de su padre.

—Pero ¿no será una reunión demasiado... familiar? —preguntó, no queriendo molestar.

—En absoluto. Matt apoya a mi padre al cien por cien en su decisión —

apuntó tras resoplar—. Y me da la sensación de que intenta evitar que haga una tontería y monte una escena. Por eso ha decidido invitar a varios amigos y convertir la despedida en una fiesta. Seguro que los chicos también se pasan.

—¿Los chicos? —preguntó repasando con el índice las estanterías llenas de botes y latas mientras buscaba la miel y la mostaza.

—Daniel y Eric. Se apoyan en todo, son como los tres mosqueteros. Y

Matt cree que si hay más gente me contendré en público y no perderé los nervios.

—¿Y es cierto? —preguntó, dudando si de veras quería encontrarse en medio de semejante momento familiar. Podía ser, cuanto menos, violento.

—¡No voy a montar una escena! No pienso dar el espectáculo delante de las niñas. —La oyó volver a resoplar, resignada—. Pero no quiero sentirme en desventaja, si los chicos hacen piña con mi padre, no pienso estar sola haciéndoles frente. Puedo contar contigo, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Quieres que lleve mi arma?

Se hizo un silencio y Payton supo que estaba intentando procesar sus palabras, sopesando si se las tomaba en serio o no.

—¿Tienes un arma?

Payton empezó a reír tras escuchar su pregunta cargada de nerviosismo.

Sí, tenía un revolver, en una caja fuerte, en el armero de su padre en Texas, muy a pesar de este que, cada vez que hablaba con él, insistía en enviársela, pues lo creía totalmente necesario en una ciudad como Nueva York.

—¡No digas tonterías! Pero puedo llevar un tirachinas si crees que podríamos necesitar refuerzos.

Payton esperó a escuchar la risa cantarina de Sarah, en respuesta a su comentario, pero en lugar de eso oyó:

—¿Tienes buena puntería?

—Empiezas a preocuparme...

—Tranquila, tranquila, es broma —la oyó decir sin mucha convicción y ella detuvo la mano a medio camino hacia la estantería en la que se mostraban apenas un par de variedades de pasta seca.

—Bueno, pues relájate que estaré allí. Seguro que al final es una cena apacible y agradable, como la de esta noche —dijo con convicción y confianza. Eligió los tallarines, no eran muy sofisticados, pero esperaba arreglar ese detalle con una salsa que les haría chuparse los dedos.

También cogió ingredientes para una ensalada, algo de queso para hacer un entrante, helado para el postre y una botella de vino tinto.

—Guapa, voy a dejarte. Tengo que regresar al apartamento a toda prisa, no quiero que se me derrita el helado.

—Claro, nos vemos el viernes. Pero si necesitas algo antes, no dudes en llamarme. Aunque seguro que los chicos se portan bien.

—Claro, claro... —repuso ella, antes de colgar, preguntándose por segunda vez ese día qué debía esperar de los *chicos* esa noche.

### CAPÍTULO 3

Payton revisó por segunda vez cada detalle de la mesa. Tal vez se había pasado un poco, pero de veras le parecía importante causar una buena primera impresión. Lauren siempre la acusaba de ir como una locomotora, arrasando a la gente, le decía que era demasiado directa, brusca y enérgica y que eso podía llevar a malentendidos. No quería tenerlos en esa ocasión.

Probablemente ni siquiera llegase a tener una amistad con los hombres con los que iba a compartir piso, pero al menos quería llevarse bien con ellos.

Oyó la cerradura de la puerta y un poco nerviosa, movió uno de los platos de la mesa un par de centímetros para dejarlo alineado con el resto.

Se dio cuenta de que se estaba pareciendo a la controladora de Lauren y torció el gesto. Y así, con una mueca en los labios, fue como la encontró el primero en entrar de sus compañeros de piso.

Durante un par de segundos la mirada del recién llegado quedó clavada en la suya, sin expresión. Fría, impassible, indiferente, como si no la estuviera viendo en realidad. El resto de su rostro, inmutable, tampoco le dijo que pensaba de verla allí. Y confusa, frunció el ceño.

—¡Oh! Tú debes de ser Payton —exclamó una voz masculina detrás del hombre-piedra. Y un segundo después vio aparecer a un gigantón pelirrojo de ojos ambarinos que, tras abrirse paso, apartando a su compañero, fue hasta ella con un gesto cálido y entrañable.

Reaccionó a su entusiasmo, removiéndose en el sitio y sonriendo, aunque seguía sintiendo la mirada gélida del otro, aún clavada en ella.

—Yo soy Daniel. Es un placer conocerte. Espero que hayas encontrado el apartamento de tu gusto —le dijo colocando las manos en las caderas y ladeando la cabeza mientras la observaba con interés.

—Sí, lo cierto es que sí. Instalarme ha sido muy fácil y la casa es preciosa —dijo ella, devolviéndole la sonrisa— Daniel... —repitió su nombre repasando sus facciones.

—El mismo. Y este es Eric —dijo el pelirrojo girándose para presentar al otro.

—Hola... —lo saludó ella, sin saber muy bien qué decir, pues el tal Eric no hizo ademán de acercarse, ofrecerle la mano, o hablar. Al contrario, siguió allí, mirándola, con gesto pétreo.

Durante unos segundos el ambiente fue tan tenso que Payton estuvo segura de que se habría podido cortar, pero Daniel salvó la situación volviendo a hablar.

—¡Vaya! ¿Has preparado la cena? Es todo un detalle. No tenías que haberte molestado, podíamos haber pedido pizza o tacos... El día de tu llegada no tenías que haberte puesto a trabajar. Corres el riesgo de malacostumbrarnos.

—¡Oh, tranquilo! Desde ya os digo que no suelo cocinar, ni esmerarme tanto como hoy. Esto ha sido una excepción para que creáis que os ha tocado la lotería con vuestra nueva compañera. Ya tendréis tiempo de conocerme y ver que no es así.

Daniel rio abiertamente, mostrando una blanquísima y perfecta dentadura. Su risa salía rotunda de su gran pecho, sincera y acogedora.

Supo al instante que haría buenas migas con aquel grandullón.

—Si me disculpáis, no tengo ganas de cenar. —La voz del otro los cortó en ese instante.

No pudo responderle porque cuando quiso mirarlo, sorprendida, este ya le daba la espalda y caminaba por el corto pasillo. Poco después escucharon la puerta del cuarto del fondo, el contiguo al suyo, abrirse para volverse a cerrar.

—Qué majo... —dejó que el comentario escapara de sus labios cargado de sarcasmo, mientras se cruzaba de brazos en actitud defensiva. No esperaba una ovación, pero no acostumbraba a cocinar para nadie, había hecho un esfuerzo para empezar con buen pie y aquel borde se lo acababa de fastidiar. Oyó que Daniel resoplaba a su lado y elevó el rostro para encontrarse con su mirada de disculpa.

—No le hagas caso. Eric no es así, en absoluto. Suele ser el alma de la fiesta, pero ha tenido un mal día.

Payton enarcó una ceja a modo de pregunta.

—Ha perdido a un paciente. Uno muy joven. Deberíamos estar acostumbrados a estas cosas, pero a veces la circunstancias en las que se produce la muerte hace que sea... imposible. — Se pasó una mano por el pelo que llevaba algo más largo por delante y dejó escapar el aire con

pesadez—. Cuando te pasas el día queriendo salvar vidas, los intentos de suicidio se hacen aún más incomprensibles.

Payton se quedó impactada con la declaración y se llevó la mano derecha a la muñeca izquierda en un acto reflejo, aferrándola, mientras tragaba saliva. Daniel percibió su gesto consternado y decidió quitar hierro al momento.

—Lo siento, no es el tema de conversación más adecuado para una cena de bienvenida. — Sonrió y posó una mano sobre su hombro en un gesto afectuoso —. No te preocupes por Eric, mañana volverá a ser el de siempre, o eso espero —farfulló dirigiéndose a la mesa para echar un vistazo con admiración a todo lo que había preparado para ellos.

Payton volvió a mirar hacia la puerta, esta vez sintiéndose algo mortificada. Se abrazó a sí misma, sintiendo que lo había juzgado demasiado rápido. Ella solo se había tenido que enfrentar a una pérdida cercana una vez. No imaginaba lo que tenía que ser ver el rostro de la muerte a diario. El dolor que dejaba a su paso, y con el que los seres queridos del fallecido se tendrían que enfrentar.

—Todo tiene una pinta estupenda, y yo como por dos —dijo Daniel a su espalda y ella se giró con una sonrisa—, además me muero por saber más cosas sobre ti— añadió tomando asiento en la mesa e invitándola a hacer lo mismo frente a él—. Como por ejemplo, ¿tanto confías en Matt como para mudarte con nosotros sin conocernos antes?

Payton amplió la sonrisa sentándose. Ella misma se había hecho esa pregunta varias veces en los últimos días, y la respuesta era siempre la misma; sí, confiaba en Matt. Conocía a los Weaver desde hacía ocho años y eran como de su propia familia. Y aunque no hubiese tenido con el hermano de su mejor amiga más trato que el de coincidir en algunas reuniones familiares, sabía que era un buen tío, decente, y que nunca dejaría que se fuese a vivir con gente turbia.

—Soy la mejor amiga de Lauren, su hermana. Matt moriría fulminado por ella al instante si me hubiese aconsejado venir a vivir con unos sicópatas, perversos o... —Lo vio encoger la mirada con curiosidad pensando qué podía ser peor, y puso más énfasis en su siguiente palabra, abriendo mucho los ojos—. ¡Veganos!

El gesto estupefacto de Daniel le hizo temer que él lo fuera. Y apretó los labios intentando contener una carcajada que empezaba a brotar de sus

labios, pensando en la metedura de pata.

—¡Lo siento! En mi defensa diré que soy de Texas, ¿qué esperabas?

Daniel empezó a reír con ganas y Payton exhaló aliviada.

—Como buen escocés, te guardaré el secreto —le dijo guiñándole un ojo.

Ambos rieron juntos, frente a la bandeja de la pasta durante varios segundos, compartiendo el primero de sus momentos de complicidad.

Payton tuvo claro por segunda vez esa noche, que aquel hombretón de ojos ambarinos y ella serían grandes amigos. Y desde luego aquella cena fue el inicio perfecto. Daniel le dijo la verdad al asegurar que comía por dos, incluso podía decir que por tres. Cuando entre confesión y confesión, y copa y copa de vino, se dio cuenta de que habían terminado con toda la cena, se dio cuenta de que había sido una suerte que Eric no quisiera cenar con ellos. Después de la pasta siguieron con el helado, pero ya en el sofá.

Le costó en un principio darse cuenta de que estaba en su casa y no sentirse como una invitada. No por Daniel, que era un encanto, pero todo aquello era nuevo para ella. Tras el helado siguieron charlando y su nuevo compañero de piso le contó algunas cosas de su familia, que permanecía toda en Escocia, y ella le habló de la suya, de Lauren y de su trabajo en la revista. Toda la charla estuvo aderezada por algunas cervezas y, cerca de las tres de la mañana, sintió que los ojos empezaban a cerrársele.

—Te estás durmiendo...

—¡No, qué va! —aseguró sacudiendo la cabeza y obligándose a mantener los ojos abiertos.

—Sí lo haces. Y aunque es encantador que intentes disimularlo, tenemos muchos más días para seguir conociéndonos.

Payton hizo una mueca y asintió. ¿A quién quería engañar? Hacía rato que se sentía uno de esos bebés de los vídeos que se quedan dormidos sobre el plato de papilla.

—Está bien, tienes razón. Es... —Miró su reloj de pulsera y abrió los ojos desorbitadamente — súper tarde —terminó por decir—. ¡Se me ha pasado el tiempo volando!

Se levantó del sofá y fue hasta la mesa para empezar a recoger.

—No te preocupes, yo recojo y mañana Annete se ocupa de la cocina.

Payton sacudió la cabeza.

—¿En serio? No me parece bien...

Daniel le arrebató de las manos la fuente de la pasta y sus dedos se rozaron. Fue una sensación cálida y agradable. Hacía semanas que evitaba el contacto con otro ser humano si este era del género masculino, pero no sintió ninguna incomodidad con el grandullón, todo lo contrario.

Sorprendida, dejó que la tomara y dio un paso atrás.

—Gracias, eres muy amable —le dijo caminando de espaldas hacia el pasillo.

—Gracias a ti por la cena y la charla.

Payton asintió y fue a girarse para ir a su cuarto cuando escuchó sus últimas palabras.

—Bienvenida a casa.

## CAPÍTULO 4

Eric salió del baño cubierto solo con la toalla negra que se había enroscado en torno a la cintura al salir de la ducha. Esa ducha que había esperado que despejase las nubes que se habían instalado el día anterior en su mente, pero ni la mala noche de sueño, ni el agua helada, las habían despejado. Al pasar por la puerta de su nueva compañera de piso se detuvo un segundo. Su comportamiento del día anterior no había sido el correcto.

Ella no tenía la culpa de su mal humor y, sin embargo, había rechazado la cena que había preparado para Daniel y para él sin pestañear. Sabía que habría sido la peor de las compañías, pero tendría que disculparse con ella.

Aunque no en ese momento, se dijo mirando su cuerpo semidesnudo.

Fue hasta su cuarto y abrió la puerta, dándose cuenta de que aquella era una de las cosas que tendría que cambiar ahora que vivían con una mujer.

Nunca se había parado a pensarlo porque nunca antes había compartido casa con una. Desde que murió su padre siempre había tenido compañeros.

Podía haber vivido solo, tenía la casa pagada y buenos ahorros, pero lo cierto era que le gustaba encontrar gente en casa cuando volvía. No le gustaba el silencio, ni la desidia que provocaba una casa vacía. Aun así, cuando Matt decidió marcharse para vivir con Sarah, no había corrido a buscar otro compañero de piso. Era una opción que habían comentado Daniel y él, pero no habían encontrado el momento de hacerlo. La sorpresa de que su amigo les propusiese a Payton fue mayúscula. Recordaba las caras que se les habían quedado a Daniel y a él con la idea. Estuvo tentado de negarse, porque las mujeres terminaban por complicarlo todo. Solo las tenía en casa el tiempo necesario para compartir unas horas de placer esporádico y nada más. Le gustaba la camaradería entre chicos, su forma sencilla de hacer las cosas, de ponerse de acuerdo, de no necesitar contarse lo que no era absolutamente necesario... En resumen, la vida perfecta del perfecto soltero.

Pero Matt les había dicho que para Payton era urgente encontrar un piso porque había tenido feos problemas con su excasero. No entró en detalles, pero parecía preocupado. También les aseguró que la chica

encajaría a la perfección con ellos y que se sorprenderían al conocerla. No había podido hacerlo hasta ese momento, pero no iba a negar que tenía curiosidad, sobre todo después de haber escuchado a Daniel charlando y riendo con ella hasta la madrugada.

¿De qué habrían estado hablando?, se preguntó mientras se vestía y peinaba. Le preguntaría a Daniel en el hospital. Antes de salir de su cuarto tomó la mochila negra en la que solía guardar sus cosas, su cazadora del perchero y el casco de la moto. Los días que no iban juntos al hospital, prefería hacerlo en su Honda Fireblade. Cerró la puerta de su cuarto dispuesto a marcharse, pero al pasar frente a la puerta de Payton detuvo sus pasos al escuchar ruido en el interior.

¿Debía aprovechar el momento para presentarse en condiciones y disculparse? Sopesó la idea muy cerca de su puerta. Finalmente decidió golpear la madera con los nudillos, y a los pocos segundos escuchó la voz femenina que no llegó a entender, pero dedujo que se trataba de una invitación a entrar. Abrió la puerta y se quedó perplejo, tanto como para alzar las cejas y abrir los ojos desorbitadamente.

Allí, en medio de la habitación, su nueva compañera de piso estaba bailando en ropa

interior, con los ojos cerrados, completamente abducida por la música que salía de sus auriculares. Tragó saliva cuando su mirada se deslizó por su delicioso y espectacular cuerpo, tan solo cubierto por las dos piezas de encaje negro. Curvas y más curvas se contoneaban ante él al ritmo de alguna canción que la tenía enfebrecida hasta el punto de no haberse dado cuenta de que había invadido su espacio. Supo que no debía estar ahí cuando su cuerpo comenzó a reaccionar, como era habitual cuando tenía a una mujer bella ante él. Sacudió la cabeza y volvió a cerrar la puerta, sintiéndose consternado.

Se pasó la mano por el rostro y resopló. Maldita sea, ¡estaba buena!

Más que buena, ¡era espectacular! La palabra problemas se dibujó en su mente lentamente, pero con colores fluorescentes y chillones que le hicieron parpadear varias veces. Se alejó de la puerta como si fuese radiactiva. Fue hasta la cocina y se sirvió un café intentando despejar su mente, pero en lugar de encender la cafetera abrió la nevera, aún confuso.

Volvió a sacudir la cabeza y la cerró sintiéndose estúpido. Sí, su nueva compañera de piso era un bombón, pero no tenía que pensar en ella de esa manera. Matt se lo había advertido. Payton era como de su familia y había

tenido problemas recientemente, buscaba un lugar seguro y esperaba que se portasen bien con ella. Seguro que en su concepto de portarse bien no estaba que la tratase como a una más de sus conquistas. No pensó que eso fuese un problema al aceptar que se mudase allí con ellos, pero tampoco esperó que fuese así de espectacular.

Resopló finalmente frente a la cafetera. No había problema, solo tenía que cambiar el chip y verla como a un colega. «Un colega, sí», se ratificó a sí mismo. Y cuando el café humeante empezó a salir, sonrió. Se lo sirvió y bebió en dos sorbos. Dejó la taza en el fregadero y tomando la libreta que usaban para ir apuntando la lista de la compra, arrancó una hoja y escribió: *Siento haberme portado anoche como un capullo.*

*Te lo compenso esta noche con unas cervezas.*

*¿En el Blind Tiger a las 20:00?*

*Bienvenida,*

*Eric*

Dejó la hoja y el bolígrafo sobre la encimera, junto a la cafetera. Y

colgándose la mochila al hombro, se marchó sintiéndose mucho mejor.

Eso era lo que hacían los colegas, quedar en el bar y tomarse unas cervezas. ¡Colegas! Se repitió cerrando la puerta tras de sí.

Payton salió de su cuarto tras oír cómo la puerta del apartamento se cerraba de un portazo. Salió hasta la cocina y después al salón y no vio a nadie. Estaba sola. Imaginó que así sería la mayor parte de los días y se encogió de hombros. Iba a volver a su cuarto para calzarse, pero el aroma del café recién hecho la llevó a la cocina. Lo necesitaba más que al aire que respirar. Se había acostado tarde, demasiado tarde para ser entre semana. Ella era bastante marmota y haber dormido apenas cuatro horas no era bueno ni para su humor ni para su rendimiento en el trabajo. Tenía una reunión de redacción a primera hora y necesitaba estar despejada, así que no dudó en tomar una taza del estante superior, en el que se guardaban, y servirse un café. Y entonces vio un papel manuscrito que no

estaba la noche anterior. Advirtió que se trataba de una nota y se sorprendió más aún al descubrir que era para ella. Sonrió al ver que era de Eric, el hombre-piedra. En ella se disculpaba y la invitaba a quedar esa noche para tomar unas cervezas. Le pareció un buen detalle. Se había quedado un poco preocupada tras la escena del día anterior y que él estuviese dispuesto a que se llevaran bien la hizo suspirar aliviada.

Con una sonrisa en los labios y la nota entre los dedos, volvió a su cuarto tras apurar la taza, con la seguridad de que todo finalmente iría bien. Si congeniaba con él la mitad de lo que lo había hecho con Daniel, vivir allí iba a estar muy bien. Y con esa idea en mente, terminó de arreglarse para comenzar aquel día.

## CAPÍTULO 5

—¡Buenos días, princesas y príncipes!

Payton levantó la vista de su cuaderno de notas y sonrió a su jefa, que entraba en aquel momento en la sala de reuniones con su saludo habitual.

Y era extraño, porque Madison Stewart era ácida, irónica, cínica, fría, eficiente, inteligente e implacable. Y la última persona de la que esperarías escuchar un saludo tan cursi y empalagoso.

Al comenzar a trabajar allí tenía que hacer verdaderos esfuerzos todos los días para no prorrumpir en carcajadas, pero ahora su saludo se había convertido en el pistoletazo de salida de una gran jornada. Los días de adjudicación de artículos eran los mejores para ella. No siempre le tocaba escribir lo que más le apetecía, pero Madison le había enseñado, en esos tres años, a aceptar tales ocasiones como retos. Y al final terminaba aprendiendo cosas. Además, los días en los que tenía que adaptarse a las tendencias del momento para escribir sus artículos, habían terminado.

Ahora tenía libertad para elegir los temas y estaba más emocionada que nunca. Había estado trabajando en una idea que esperaba que le encantase a su jefa y mentora.

Se irguió en su pelota de pilates, uno de los inventos del demonio de Kara, la ayudante de Madison, una niña insulsa de la que todo el mundo rumoreaba que había conseguido el puesto por ser la hija del mejor amigo del señor Stewart. Payton no tenía relación con ella y ni se creía ni descreía los rumores, pero no tenía afinidad con ella. Le parecía una loba con piel de cordero. Iba por los pasillos con la cabeza baja, pero pendiente de todo el mundo, como si los espíase... Tal vez exageraba, pero bueno, tampoco se podía ser amiga de todo el mundo. La vio colocarse de pie tras Madison y tomar su pañuelo y su bolso cuando esta se los entregó. La jefa se acercó a su escandalosa pelota de color amarilla fluorescente y, de una forma que no logró comprender, tomó asiento y cruzó las piernas con elegancia. Ella apenas era capaz de mantener el equilibrio sin caerse, mucho menos conservando la compostura. De hecho, estaba a punto de

salir rodando por la sala cuando los ojos inquisitivos de la directora editorial se clavaron en ella.

—Payton... creo que tenías algo especial que exponerme hoy.

—Sí, la verdad, estoy entusiasmada... —empezó a decir con una sonrisa de un millón de dólares resplandeciendo en su rostro.

No la dejó terminar.

—Pero esta semana no va a poder ser —terminó tajante. Estirando el brazo pidió a Kara



que le diera una carpeta con el emblema de la revista.

Estuvo segura de que su cara de asombro fue un poema, aunque su jefa ni se inmutó. Quiso protestar, llevaba meses recibiendo la promesa de tener su propia columna y elegir sus temas, al fin podía hacerlo y ahora no la dejaban. ¿Por qué? No llegó a formular la pregunta porque Madison continuó.

—Sabéis que corren tiempos difíciles para las ediciones en papel de las revistas. Hemos tenido que ampliar el número de anunciantes y el departamento de marketing está haciendo verdaderos esfuerzos para conseguir que podamos mantener la edición. Esos esfuerzos han dado sus frutos con algunas empresas importantes. En este caso hablamos de la marca La Tapita.

—¡Oh! Ese tequila es una pasada. ¡Me encanta! Hace unas semanas, en una fiesta, me cogí un... —Ellen, una de sus compañeras y con la que más congeniaba del grupo de redactores, interrumpió, como era habitual en ella. Cuando se dio cuenta de que todos la observaban hizo que cerraba su boca con una cremallera, acabando el gesto en una mueca.

Payton aprovechó el momento de silencio para pronunciarse.

—Lo siento, Madison, pero no entiendo qué tiene eso que ver con mi artículo, que realmente creo que es una gran idea.

—Y no lo dudo, Payton. Pero ya hemos hablado de que un escritor no siempre consigue trabajar en lo que quiere. Y en esos momentos es donde se demuestra la profesionalidad y adaptabilidad que requiere este negocio.

¡Auch! Sintió el golpe en el estómago. Su jefa sabía que lo que más ansiaba era que se la respetase en la profesión.

—La marca va a dar mucho dinero por la publicidad que le haremos en la revista. Han diseñado una línea entera de productos centrados en la mujer. Quieren captar al público femenino.

—En su día lo hicieron también algunas marcas de vodka, ¿lo recordáis? El vodka rosa o con sabor a caramelo, están focalizados claramente el público femenino —volvió a intervenir Ellen.

Madison suspiró levemente, contenida, con su elegancia habitual pero evidentemente molesta con las constantes interrupciones. Aunque terminó por estirar su palma de dedos largos y manicura perfecta hacia Ellen, asintiendo, corroborando así sus palabras.

—Exactamente, muchas empresas se han dado cuenta de la importancia de enfocar líneas de productos exclusivas para mujeres, ya sea por su estética o características específicas, para hacérselos más interesantes. Es un filón. Y La Tapita no quiere quedarse atrás. Desean que hagamos un reportaje gancho para comenzar la publicidad de su marca. Buscan que hagamos nuestra magia y presentemos un reportaje al más puro estilo de Revolution: algo picante, atrayente, provocador, fresco y sexi, que haga despertar la curiosidad sobre su producto entre nuestras lectoras. Y...

espero vuestras ideas. —Su jefa bajó la mirada hasta la pantalla de su móvil esperando la masiva participación.

Normalmente cuando Madison proponía una tormenta de ideas se esmeraba por estrujar su cerebro y dar unas cuantas en la línea de lo que se estaba buscando. Era participativa y entusiasta, pero en esa ocasión no estaba por la labor. Llevaba semanas trabajando en un artículo que podía ser importante, sobre todo de cara al público más joven de la revista. Se trataba de entrevistar a las nuevas voces femeninas de relevancia del momento. Mujeres

jóvenes que estaban influenciando en el mundo a través de las redes sociales, dejando su huella y sirviendo de inspiración a las nuevas generaciones. Estaba entusiasmada y había trabajado mucho, muchísimo, en esa idea. No le interesaba en absoluto hacer un reportaje sobre tequila. Le parecía absurdo.

—¿Qué tal algo como: «Bebidas imprescindibles en tu fiesta»? —

preguntó Jeremi.

A Payton la idea le pareció de lo más floja y sin chispa, pero no dijo nada. De repente, la voz de Kara se pronunció.

—Yo... no sé mucho de esto, pero... ¿La idea no es que se venda el producto? ¿Anunciar otras marcas no haría el efecto contrario? —Su voz era apagada, pero demasiado aguda. Anodina, pero a la vez melindrosa. En definitiva, molesta.

—Las diez formas más sexis de tomar la bebida del momento —se oyó decir a sí misma. Ni siquiera levantó la vista de su libreta mientras lo hacía, pero su voz resonó en la sala por encima de las de los demás, como si se hubiesen silenciado para hacerle un hueco.

Cuando se percató del silencio, levantó la vista y la sonrisa de Madison la hizo tragar saliva.

—Sabía que serías perfecta para este artículo. Sabes conectar y crear necesidades en tus lectores. Con ese título ya les estás diciendo que es la bebida de moda, mientras les aseguras diversión y sexapil. Ahora encuentra esas diez formas. Necesito el primer borrador en dos días. Y

concreta una sesión de fotos con Shane para ilustrar cada una de las diez.

Será el artículo de las cuatro páginas centrales.

Payton abrió mucho los ojos. ¿Las cuatro páginas centrales? ¿Para un anuncio de tequila? Frunció el ceño, pero Madison había dado el tema por concluido y ya lanzaba la siguiente idea para la sección de salud.

Una hora más tarde se levantaron de aquellas pelotas tortuosas con la habitual despedida de su jefa:

—Feliz y productivo día para todos.

Feliz estaba segura de que no iba a ser. La frustración le iba a durar varios días, tal vez semanas. Llegó a su mesa y se encontró sobre ella una caja de madera, llena de botellas de tequila La Tapita, vasitos, sales especiales, y demás utensilios que tendría que investigar. Frunció los labios en una mueca molesta mirando a un lado y a otro. Que tuviese esa caja allí, nada más salir de la reunión significaba que no había tenido la más mínima oportunidad de presentar su idea para el artículo. Se dejó caer en la silla y miró la caja con recelo.

Le fastidiaba. Hacía un año se habría tomado ese encargo con diversión, encantada de cogerse una borrachera a costa del trabajo y escribir un artículo divertido y fresco en la línea de los más provocadores.

Había sido unacha con ese tipo de reportaje y durante los tres primeros años le habían divertido, pero un par de compañeras habían conseguido sus columnas y empezaban a escribir de temas más serios y relevantes y ella empezó a sentir que se estancaba e iba a quedar para siempre relegada a crear ese tipo de contenido divertido, atrayente, pero carente de fondo.

Como cuando escribió el de *¿Qué mensaje están dando la forma de tus cejas?* o *Con qué*

*signos de zodiacos debes irte de vacaciones, con cuáles*

*de fiesta, amigos para siempre, o los perfectos para una aventura divertida y sin ataduras. ¿Lo había pasado bien escribiéndolos? Sí. ¿La habían ayudado a subir en la escala evolutiva de la revista? ¡NO!*

—¡Qué suerte, tía! Te vas a coger un pedo monumental con esta delicia por orden de la jefa —le dijo Ellen mientras tomaba una de las botellas de su caja—. Yo sin embargo tengo que hacer otro artículo aburrido sobre

«Imprescindibles en tu bolso para una cita tórrida».

Tampoco la envidiaba. Ya se habían hecho mil veces cosas como esa y encontrar un enfoque diferente que diese un aliciente a un tema tan manido era desesperante. Pero no se lo dijo.

—Sí, una suerte. Tendré que hacer una regresión mental a mi época de fiestas universitarias.

—¡Claro! Como que no te sigues pegando esas fiestas cada semana...

Ellen la chinchó y con razón. Tenía granjeada la fama de fiestera, y había hecho muchos méritos para ello. Le gustaba salir, bailar y bebía un poco cuando lo hacía. No se emborrachaba, pero tras un par de copas, no le costaba convertirse en la reina de la fiesta, subirse a alguna barra a bailar, organizar un concurso de chupitos, o romper algún que otro corazón con sus encantos. Pero eso era antes, hacía unos meses, cuando aún encontraba divertidas esa serie de cosas por no haber tenido que sufrir las consecuencias de sus locuras. Ahora intentaba no dejarse llevar y ser más contenida.

Ellen chasqueó los dedos frente a su rostro y se dio cuenta de que se le había ido otra vez la mente a los sucesos que la habían llevado a abandonar su antiguo apartamento en mitad de la noche. Sacudió la cabeza y, con una mueca, se levantó de la silla para cargar la caja y quitarla de su escritorio. Ante la imposibilidad de dejarla en un lugar que no molestase, esta terminó en el suelo.

—Es solo que no me apetece. —Se encogió de hombros.

—Pues más vale que te vaya apeteciendo. Las cuatro páginas centrales son algo serio.

—No me lo recuerdes.

—Es una pena que tenga el cumpleaños de Dustin, sino estaría más que encantada de ayudarte con tu terrible tarea. —La vio mirar con anhelo su caja y suspirar.

Dustin era la última conquista de Ellen. Un chico bastante majo que se dedicaba al diseño corporativo. Llevaban saliendo unos cuatro meses, y aún estaban en la luna de miel de su relación. Ellen estaba completamente volcada en hacer que funcionase, a pesar de que en ocasiones la veía un poco aburrida.

—No importa, tampoco puedo hoy. He quedado con uno de mis nuevos compañeros de piso para tomar algo...

—¿Una cita con un compañero de piso? Te gusta jugar con fuego, ¿eh?

—Su amiga rio con picardía y ella le puso su cara de «me aburres».

—No juego con nada. Solo vamos a tomar algo para conocernos mejor.

Ayer las cosas no fueron muy bien con él. No se quedó a cenar con Daniel y conmigo. Es una

forma de disculparse.

—¿Y cómo son? ¿Están buenos?

—¡Ellen!

Está ladeó la cabeza sonriendo.

—Sí, están bastante bien —admitió—, pero no quiero verlos de esa forma. Son mis compañeros de piso, nada más. Los he metido ya en la *friend-zone*. —Con la mano hizo el gesto de una caja—. Es lo mejor para todos —añadió con convencimiento y se giró hacia su escritorio, dando la conversación por finalizada.

Ellen resopló.

—Bueeeenooo, tú sabrás. Pero es una pena que vivas con dos macizos y no puedas usarlos de conejillos de indias para tus artículos. Piénsalo: chupitos, tequila, sal, limón y cuerpos cañones para experimentar las diez formas más sexis de tomarse la bebida del momento.

Alzó las cejas con picardía y empezó a encaminarse a su mesa.

Payton la vio marcharse y sacudió la cabeza. No lo iba a negar, la Payton de hacía unos meses sí que habría pensado en esa posibilidad, pero ahora...

## CAPÍTULO 6

Payton llegó al Blind Tiger bastante justa de tiempo. Había tenido que parar antes en el apartamento para dejar la caja con el surtido de tequilas.

Una tarea pesada y engorrosa, porque aquel lote del demonio pesaba como una tonelada. Una vez en casa, aprovechó para ir al baño y, ya que estaba allí, se retocó el maquillaje, bastante deslucido por el paso de las horas y el sofocante calor que había derretido gran parte de él. No se molestó en cambiarse, pero sí en echarse un poco de perfume y cepillar su larga y oscura melena hasta que recuperó su brillo habitual. Tras una última mirada en el espejo, salió corriendo de allí sabiendo que llegaba tarde.

No era nuevo en ella. De hecho, podía decir que la impuntualidad estaba a la cabeza de su lista de defectos. Era algo casi patológico y tan innato que ya no se molestaba demasiado en llegar a tiempo a los sitios.

Pero esa noche era diferente, porque el mismo ímpetu que la había llevado a cocinar la noche anterior para sus nuevos compañeros de piso, la empujaba a querer tomar unas copas con ellos. Después de todo por lo que había pasado, daba mucha importancia a tener un buen ambiente en el apartamento. No quería pasar por otro infierno, no estaba preparada para ello. Jamás había imaginado en su vida que tendría que enfrentarse a situaciones como las que había vivido, más propias de las películas de serie B de después de comer que se ponía su padre en la televisión para echarse la siesta en su sillón.

Pero así había sido. No podía pasar por más situaciones sórdidas y llegar a tener miedo en su propio hogar. Necesitaba sentirse segura, cómoda y tranquila. Y para eso precisaba conocerlos bien, saber cómo eran y establecer unos límites.

Cenar con Daniel había sido, sin duda, un buen comienzo para que todo aquello pasara, pero, a pesar de la nota de disculpa de Eric y su invitación a tomar unas copas, no terminaba de tenerlas todas consigo. Había llamado a Lauren de camino a casa esa noche y esta le había aconsejado tener la mente abierta, ser ella misma y disfrutar de la velada. Estaba segura de

que los amigos de su hermano solo podían ser buena gente, y ella estaba deseando creerla.

Con ese ánimo entró en el bar que, ya desde fuera, parecía bastante concurrido. El West Village estaba repleto de locales animados, clubs de música en directo, muchos de ellos de Jazz, bares de ambiente y otros establecimientos de ocio. Ella los había visitado de todos los tipos en sus noches de juerga, pero al entrar en la cervecería en la que había sido citada, sonrió al darse cuenta de que ese era de sus favoritos. El ambiente era relajado, informal, con aire de taberna irlandesa y gran cantidad de madera, que le recordaba a los bares que frecuentaba en Austin con sus hermanos. Vio un par de dianas en la pared y, al pasar junto a la barra, varios grifos cromados desde los que se servía la gran selección de cervezas artesanas que se anunciaba en las pizarras de las paredes.

Estaba repasando la oferta del local cuando alguien le habló.

—¿Ya has visto algo que te guste?

Payton giró el rostro dispuesta a enfrentarse al tipo, pegado a ella hombro con hombro, pero detuvo su respuesta al verse impactada por la sonrisa de este. Era de esas hipnotizantes, enérgicas, embaucadoras, y capaces de hacerte imitar el gesto sin pretenderlo. Y esa sonrisa le llegaba hasta la mirada, iluminando sus ojos castaños, salpicados de motas verdes.

Era guapo, muy guapo, y por alguna razón le resultaba familiar. Aunque si lo hubiese visto antes, estaba segura de que se acordaría de él. En una fracción de segundo rastreó en su mente esa posibilidad, antes de soltarle una bordería para que la dejase en paz. Y entonces abrió mucho los ojos.

No, aquel no podía ser su compañero de piso, el hombre-piedra. El día anterior no llegó a verlo bien del todo por la penumbra del pasillo, pero sí recordaba su gesto hosco. Aquel hombre, aunque se le parecía mucho, no tenía nada que ver con el del día anterior.

—¿Eric? —terminó por preguntar, sintiéndose tonta.

—Es un poco insultante que te hayas olvidado tan rápidamente de mi

—repuso él frotándose la barbilla.

Payton hizo una mueca de disculpa.

—En mi defensa tengo que alegar que con esa sonrisa no te pareces en nada al tipo gruñón que me dejó plantada ayer con la cena en la mesa —

indicó con la clara intención de hacerlo sentir también un poquito culpable.

Eric hizo chasquear su lengua contra el paladar, en una mueca que le resultó encantadora y pícara a la vez, pero lejos de amilanarse, volvió a atacar.

—¡Oh, vaya! Primero acabas con mi ego y luego me adulas. Creo que me va a costar tomarte la medida —apuntó ladeando la cabeza sin dejar de sonreír y enlazando la mirada con la suya.

Payton sabía que tenía que morderse la lengua porque aquella conversación con su nuevo compañero, aderezada de todas esas sonrisas y miraditas, empezaba a parecerse a un coqueteo, pero no se pudo resistir.

—No lo intentes. Nadie lo ha conseguido hasta ahora. Y algo me dice que eres de los que no quiere perder ni a las canicas.

Eric hizo descender su mirada hasta sus labios y luego se mordió el suyo levemente antes

de sonreír.

Payton se vio a sí misma tragando saliva.

—Está bien... —Desenganchó la mirada de la suya—. Creo que necesitamos una cerveza, bien fría —añadió alzando la vista hacia las pizarras que segundos antes observaba ella cuando fue interrumpida.

Aún confusa, aprovechó el momento para escrutarlo. ¿Quién era ese hombre? Tenía algo... eso que encuentras en raras ocasiones y que convierte a un tío en un imán. Su atractivo era más que evidente, al menos para ella, que se pirraba por los tipos altos de complexión fuerte, pero que no parecieran un armario ropero. Su espalda era ancha y su cadera estrecha. Tenía el cabello castaño oscuro, corto y ligeramente ondulado en la parte superior. Su mandíbula angulosa dibujaba un perfil masculino y orgulloso. Sus labios eran carnosos, pero en la medida justa. Y al sonreír, como en ese momento, un hoyuelo se acentuaba en su barbilla. Dio un paso adelante para observar curiosa cómo las comisuras de sus labios se elevaban mostrando una dentadura de anuncio. Parpadeó y volvió atrás, al darse cuenta de que lo analizaba como hacía su padre cuando compraba un nuevo semental para sus cuadras.

Aquello no estaba bien, nada bien. Se recordó que aquel tipo estaba en la *friend-zone*. Y que no tenía ganas de hombres. De hecho, tuvo que repetirse esto último varias veces mientras él pedía un par de cervezas artesanales para los dos.

Eric se aproximó a la barra, necesitando poner algo de distancia con ella. ¿Qué demonios acababa de pasar? Había pasado los últimos quince minutos, desde su llegada al bar, esperándola. Y no le gustaba esperar.

Desde niño era bastante impaciente, pero sabía que merecía un castigo por su comportamiento de la noche anterior; y si ella quería hacérselo pagar retrasándose, aguantaría estoicamente. Durante el día había estado concienciándose de que, si había quedado con ella, era exclusivamente como colegas y con la intención de asentar las bases de una buena convivencia. No tenía nada que ver con que la hubiese visto bailar esa mañana en ropa interior y que no hubiese conseguido desterrar esa imagen en todo el día de su mente. Lo hacía porque se había portado como un capullo. Aun así, cuando le contó a Daniel que había quedado con ella con la intención de tomar unas cervezas y disculparse, no lo había invitado a unirse.

Había sido un error porque desde que la había visto entrar en su bar favorito, no había podido quitarle los ojos de encima. Payton era de esas mujeres que hacían que no pudieses evitar volverte a mirarla en una calle.

Era sexi hasta decir basta. Sus enormes y expresivos ojos azules, envueltos en larguísimas pestañas tan negras como su cabello, presidían un rostro de facciones finas y labios carnosos e imposibles de obviar. Tenía un aspecto salvaje, indómito y excitante. Era la jefa de animadoras malvada y buenorra de todas las pelis de adolescentes. Esa que se comía tu corazón para desayunar y encima volvías a por más. Un peligro de piernas largas y curvas extenuantes. Justo lo que no necesitaba que fuese su compañera de piso.

Resopló tras pedir las cervezas. Ahora casi esperaba que le cayese mal.

Eso desde luego haría mucho más fácil que se mantuviese lejos de ella.

Necesitaba que fuese estirada e insoportable, aunque lo dudaba por la lista de bondades que le había estado contando Daniel de ella todo el día.

También tenía que contar con que jamás, en los tres años que hacía que conocía a su amigo, le había oído criticar a nadie. Era de ese tipo de personas nobles y afables que solían ver el mejor lado de cada uno. Sin duda, una de las cosas por las que tanto lo apreciaba, pero esperaba con toda su alma que en esta ocasión hubiese pecado de ingenuo con ella.

Dispuesto a encontrarle mil defectos en aquel encuentro, recogió las cervezas de la barra y pagó la consumición. Y cuando se giró, su mirada

fue directa a enlazarse con la de ella, que lo recibió con una sonrisa que se le enredó en el vientre.

«¡Maldita sea!», se dijo. Aquello empezaba muy pero que muy mal.

## CAPÍTULO 7

—¿Te apetece comer algo? —le preguntó esperanzado. Seguro que con ese cuerpazo era de las chicas a las que daba pena ver comer. Quiso convencerse de ello.

—Sí, claro. Lo cierto es que estoy famélica. Hoy solo he podido picar algo de ensalada. Tenía mucho trabajo y no he parado.

Eric sonrió. ¡Sí! Iba a ser de esas. Y no las soportaba. Tomó una carta de la barra y se la entregó esperando que pidiese una ensaladita o unas barritas de zanahoria. Su gesto cambió radicalmente cuando ella habló.

—Las alitas con salsa barbacoa búfalo tienen una pinta estupenda, pero también los nachos con judías negras, salsa agría, cebolla y jalapeños...

La vio llevarse los dedos a la barbilla, dudando, y morderse el labio en plena deliberación.

Tragó saliva.

—Qué difícil elegir porque... ¡Oh! También hay patatas con beicon, cheddar, cebolla y crema. —Gimió de placer.

Eric tuvo que dejar de mirarla y, girando el rostro para ocultárselo, encogió la mirada turbado.

—¿Una de cada entonces? —se obligó a preguntar, forzando una sonrisa.

—¡Sí! Me lees la mente —repuso ella entusiasmada mostrando su perfecta sonrisa blanca como la nieve—. Voy a buscar un sitio. El bar empieza a llenarse, pero veo un par de mesas por allí. —Las señaló— ¿Te parece?

—Claro, en cuanto pida voy para allá.

Payton asintió y se marchó, abriéndose paso entre varios grupos cercanos a la barra. A Eric, que se quedó observándola embobado, no se le escapó que no era el único hombre pendiente de ella en el local. Aunque Payton no pareciese percatarse de ello, varios pares de ojos lo hacían con verdadero interés. Allí mismo, el grupo de chicos a su lado no solo se la comía con los ojos, sino que los comentarios comenzaron en cuanto ella se alejó. Apretó la mandíbula y clavó la mirada en otros dos hombres

sentados en una mesa cercana que hacían lo mismo, más un camarero y un tipo más al fondo del local, junto a los baños. Era como ver a varios leones relamiéndose, imaginándose cazando a la misma gacela.

Resopló al darse cuenta de que cualquiera que lo viese, pensaría lo mismo de él. Aunque no era su caso, en absoluto. Él solo evaluaba los riesgos de vivir con una mujer que iba dejando a su paso un reguero de admiradores cachondos. Esa iba a ser su siguiente preocupación, ya que la de la comida era evidente que le había salido mal. La chica tenía buen comer y beber, algo que, ante sus ojos, le hacía ganar puntos, muy a su pesar. Pero el tema ese de los hombres... Seguro que era algo que les podría traer problemas.

No dejó de rumiar sobre ello mientras esperaba en la barra a que le tomaran su pedido y luego de camino a la mesa donde lo esperaba. Por eso, nada más sentarse frente a ella, soltó la pregunta.

—¿Acostumbras a llevar a muchos hombres a casa?

Payton clavó su fascinante mirada azul en él, con la sonrisa con la que lo había recibido, congelada en los labios. Durante un segundo estuvo seguro de que iba a mandarlo a la mierda, pero bajó la mirada, la volvió a subir y dijo:

—No. No llevo a hombres a casa. Nunca. Prefiero que nadie duerma en mi cama, salvo yo. Y ¿tú? ¿Llevas a muchas mujeres a dormir a casa? —

contraatacó justo antes de beber directamente del botellín de cerveza.

La forma en la que sus carnosos labios se cernieron sobre la boca de la botella, hizo que se quedase sin aire en los pulmones. Tosió antes de poder hablar.

—De vez en cuando. Cuando tengo tiempo y ganas. ¿Eso te molesta?

—preguntó simplemente por provocarla. Tal vez ella no había caído en lo que sería vivir con dos solteros.

—¿A mí? ¿Por qué iba a molestarme? Mientras tus invitadas no toquen mis cosas y no sean demasiado escandalosas, no hay problema —declaró directa.

Su respuesta resuelta le hizo gracia y no pudo evitar sonreír. Ella observó su gesto y lo imitó. Estaba claro que le iba a costar algo más de tiempo encontrar cosas que no le gustasen de ella, así que decidió relajarse esa noche, limitarse a cenar y que se conocieran un poco. Él no hablaba con sus ligues, no tenía tiempo para entablar conversaciones. Dejaba claro

desde el principio que solo buscaba sexo y diversión sin ataduras. Por eso estaba seguro de que cuanto más supiese de ella y la conociese, más fácil le sería verla como a una amiga nada más.

Cuando veinte minutos más tarde una camarera con el uniforme rojo del local, les llevó la comida, ella estaba hablándole sobre su familia.

—¿Sois cinco hermanos? —Para él, que era hijo único, le parecía una barbaridad. No podía ni imaginar lo que tenía que ser crecer en una casa con tanta gente— Tu madre ha tenido que estar muy ocupada con vosotros...

Payton se limpió los labios con una servilleta mientras asentía, tras comerse una patata.

—Sí, la tuvimos bastante entretenida, hasta que falleció cuando yo tenía dieciséis años —bajó la cabeza intentando evitar que la invadiesen los recuerdos.

Cuando Payton volvió a alzar la vista, leyó en los ojos masculinos la compasión y se revolvió en el sitio, incómoda.

—No importa, pasó hace mucho tiempo. Está superado —aseguró evitando mirarlo a los



ojos. Eric se enfrentaba a diario a las consecuencias de las pérdidas de un ser querido, y sabía que no era del todo así.

Su nueva compañera de piso parecía una mujer fuerte, segura y directa.

Pero al hablar de su madre, su mirada azul se había oscurecido, y la fragilidad asomó a su rostro durante una fracción de segundo, en la que pudo ver una parte de ella que estaba seguro de que ocultaba con determinación.

—Lo siento —dijo él con sinceridad.

Sus miradas volvieron a enlazarse.

—Gracias.

—Imagino que no querrás contarme cómo murió. —La curiosidad lo llevó a hacer ese comentario, del que inmediatamente se arrepintió.

A Payton no le gustaba hablar de su madre. No lo hacía porque en sus palabras siempre se advertían la rabia, la impotencia y la incomprensión que aún sentía, sentimientos que la hacían sentir avergonzada y dolida.

Pero además, hacerlo con él tras lo que había pasado la noche anterior, cambiaría el ambiente distendido que se había generado entre ambos y no quería que eso pasase.

—Otro día —repuso quitando tensión al momento con un gesto de su mano— Ahora estoy más interesada en saber cosas de ti. Como... ¿por qué te hiciste cirujano?

Eric asintió, aceptando el cambio de tema.

—Pues, porque eso me convierte en una de esas escasas personas con la capacidad de sostener la vida de otro ser humano en la línea entre la vida y la muerte. Cada vez que entro en un quirófano es una batalla. Puede ganar ella o yo. No hay rival más formidable y poderoso. Y tampoco victoria que sepa tan dulce como la de arrebatarse una vida de su lista —dijo con la voz profunda y cierta cadencia vehemente.

Durante unos segundos Payton se vio anclada en el ardor y el brillo apasionado de su mirada. Se hizo el silencio tras su alegato, envueltos los dos en el ímpetu de su entregado discurso, tras los cuales, ella se pronunció.

—Joder... ¿ese discursito te funciona con las chicas? —terminó por preguntar, riendo y rompiendo así el momento.

La vio tomar su botellín y dar un trago largo a la cerveza entre risas.

Había mucha verdad en ese discursito, como ella lo llamaba, pero también era cierto que adornaba la forma de expresar lo que sentía cuando hacía su trabajo para impresionar a las incautas. Aunque era evidente que con ella no lo había conseguido. Su actitud impasible ante sus encantos le hizo sonreír, asintiendo mientras ocultaba una mueca.

Y un segundo después ambos volvían a reír juntos.

—Por lo que veo no me equivocaba —dijo él un rato después, tras chocar su botellín de cerveza con el de ella.

—¿En qué?

—Eres una chica dura, una malota, la jefa de animadoras malvada, la alfa del grupo de amigas. Los tíos deben acojonarse a tu paso. —Con cada una de las palabras con las que la

describía, la mirada de Payton brillaba un poco más.

—No es mi intención, te lo aseguro —dijo encogiéndose de hombros.

—Y eso es lo que te hace más peligrosa.

—¿Más peligrosa para quién? —preguntó llevándose la larga melena a un lado, aparentemente despreocupada, aunque, por alguna extraña razón que no llegó a comprender, contuvo la respiración esperando su respuesta.

Eric se limitó a sonreír enigmáticamente mientras se llevaba la cerveza a la boca y daba un gran trago que apenas consiguió saciar la sed que sentía. Y ella registró cada uno de sus movimientos sin saber qué pensar de él. Estaba disfrutando de la charla, de su compañía y de aquellas cervezas, pero su encuentro con Eric no tenía nada que ver con el que había mantenido con su otro compañero de piso.

La cena con Daniel fue divertida, relajada, íntima, sincera... Lo había pasado genial y creía que habían creado un vínculo. Lo que podía ser el principio de una amistad con la que no había contado. Sin embargo, el que estaba teniendo con Eric estaba siendo... excitante.

Excitante.

Dejó que la palabra retumbase en su mente mientras seguían charlando y acababan con los platos y dos pares más de cervezas. Cerca de la media noche, Payton reconoció que habían tenido el mejor de los comienzos y que se estaba divirtiendo tanto que no tenía ganas de que acabara la noche.

Miró su reloj con pereza.

—¿Quieres que nos marchemos ya? —le preguntó Eric, aunque la verdad es que esperaba que dijese que no. Lo estaba pasando sorprendentemente bien.

—En realidad no quiero —Payton dejó caer los hombros, con desgana

—, pero tengo que volver al apartamento para emborracharme.

Eric rio al instante.

—Explícame eso, por favor —le pidió realmente interesado en escuchar la respuesta.

—Es por trabajo. Un encargo especial de mi jefa...

—Creo que equivoqué mi vocación con la cirugía.

—Tal vez. Lo mío es realmente glamuroso —dijo alzando un hombro en un gesto que, aunque ella no lo pretendía, resultó ser coqueto—. Todo lo glamuroso que puede ser, claro, coger una borrachera investigando las diez formas más sexis de beber el tequila del momento.

—¿Y qué tequila es ese? —preguntó divertido.

—¡La Tapita, por supuesto! —proclamó ella con el tono de un anuncio televisivo.

Eric sonrió embrujado con sus gestos.

—Parece un reportaje muy interesante...

El gesto de Payton cambió radicalmente.

—No, no lo es. Es una chorrada publicitaria que me ha tocado hacer en lugar de mi gran

artículo. —Suspiró— Pero es lo que hay. Y como profesional que soy, investigaré e investigaré para rellenar las cuatro páginas centrales de la revista.

Payton vio entonces como Eric se levantaba de su taburete, con decisión.

—Pues te ayudaré a hacerlo —anunció de repente, dejando sobre la mesa unos cuantos billetes para pagar la cuenta.

Payton lo miró atónita. Dudaba siquiera que aquello fuese una buena idea. ¿Beber más de la cuenta con su nuevo y sexi compañero de piso?

—¡No me mires así! ¡Será divertido! —aseguró él con entusiasmo.

No le dio tiempo a responder porque una vez decidido que así sería, Eric se encaminó hacia la puerta, cargando ya su chaqueta y el casco de su moto, esperando que lo siguiera.

## CAPÍTULO 8

Payton sintió la caricia enredándosele en los muslos, en la piel sensible del interior, mientras su sexo palpitaba con avidez. El calor atenazaba su vientre y la humedad se apoderaba de ella, haciéndola gemir al tiempo que su abdomen se encogía al apreciar la lengua masculina lamerlo para recoger la sal vertida sobre él. El lametón fue candente, y se excitó aún más al percibir el aliento sobre su piel, que se erizó de inmediato. Cuando sintió que derramaba el tequila frío sobre esa misma zona, aferró las sábanas con fuerza, esperando las siguientes embestidas de su lengua. En cuanto esta volvió a rozarla con delirante lentitud y los labios sorbieron el licor, apretó los muslos, frotándolos entre ellos, mientras el latido de su sexo, martilleante y enardecido aumentaba, llevándola a ahogar un gemido agónico contra la almohada, entregada al inesperado orgasmo que la traspasó.

Sin aliento giró sobre la cama, y llevándose una mano al pecho sintió el latido frenético de su corazón y la humedad de su piel empapada de sudor.

Hizo descender la mano entre sus pechos, por su estómago, el vientre, y cuando llegó a su sexo, aún palpitante, abrió los ojos desorbitadamente.

—¡Ay, no! No, no, no, no, no, nooooo —repitió al incorporarse en la cama y verse completamente desnuda. Miró a un lado y a otro. Estaba sola. Iba a respirar con cierto alivio, cuando vio una camiseta masculina, la que llevaba Eric la noche anterior, tirada en el suelo.

Se llevó las manos al rostro, apretujándosele con desesperación, intentando borrar de su mente las escenas que se arremolinaban, enredándose, mezclándose unas con otras, en lo que podía describirse como la noche más loca, excitante, delirante e increíble de su vida.

Rememoró la boca de Eric en su cuello, en su clavícula, entre sus pechos, en la curva de su espalda mientras apretaba con ambas manos su trasero, en la cara interior de sus muslos...

¡No! No podía ser tan estúpida como para haberse acostado con él, con su compañero de piso, con una de las personas con las que convivía y a la que tendría que ver cada día. Era imposible que, después de todo por lo

que había pasado, hubiese puesto en peligro la seguridad de su nuevo hogar por una noche de sexo. Se levantó de la cama con la mente embotada y con un dolor de cabeza tan punzante, que le atravesaba el cráneo desde atrás hasta las sienes, que se agarró con ambas manos mientras empezaba a caminar por el cuarto desesperada por encontrar algo de cordura entre los recuerdos. Pero solo veía fragmentos, mezclados con risas, conversaciones a medias y esa mirada castaña, plagada de motas verdes, anclándose a la

suya.

Tuvo ganas de abofetearse. Posó una mano sobre su cuello cuando empezó a costarle respirar y, al bajar el rostro, el aroma de la colonia de Eric llenó sus fosas nasales. Tomó su cabello y lo olfateó buscando el rastro. Su gesto se contrajo en un mohín al encontrarlo. Sacudió la cabeza.

Se negaba a pensar que hubiese sido tan estúpida. Fue hasta la cama y buscó en las sábanas ese mismo vestigio que no tardó en encontrar. Se dejó caer sobre ellas, derrotada.

Sí, lo había hecho. Había sido tan idiota como para acostarse con él.

Por buenos que fueran los recuerdos que invadían su mente, también eran un error. Un terrible, un gigantesco error que la obligaba a dejar el apartamento lo antes posible.

Le costó horrores levantarse y decidir enfrentarse a las consecuencias de sus actos. Salió de su habitación de puntillas cuando necesitó ir al baño a darse una ducha y regresó a su cuarto con el mismo sigilo que un ninja.

No estaba preparada para encontrarse con Eric, antes tenía que pensar. La ducha le había sentado bien y durante unos minutos se sintió menos mortificada. Pero una vez de vuelta en su cuarto, las pruebas de su terrible error esparcidas por el suelo, le devolvieron el nudo en el estómago, doloroso y angustiante. Se afanó por recoger la habitación en un tiempo récord. Amontonó el contenido de la caja, ahora lleno de envases casi vacíos, recogió la ropa tirada, y quitó las sábanas que habían sido testigo de su momento de enajenación. Prefería pensar que había perdido la razón a saberse tan estúpida como para poner en riesgo la estabilidad de su vida.

Cuando salió definitivamente de la habitación tenía los nervios crispados.

Su mirada quedó fija en la puerta del dormitorio de Eric durante unos segundos. Sabía que estaba allí, seguramente durmiendo. Él mismo le había dicho en la cena que no entraba a trabajar hasta la noche y que

dormiría cuanto pudiese durante el día. Contuvo el aliento y las imágenes de aquella boca sobre su piel volvieron a ella entre jadeos apurados.

—Buenos días —la voz de una mujer a su espalda la hizo pegar un bote que precipitó su corazón en una carrera desbocada.

Tardó un poco en contestar, hasta que pudo respirar y hablar al mismo tiempo.

—Buenos días... —respondió dubitativa.

La mujer la repasó de arriba abajo y frunció el ceño.

—Perdone, ¿es usted amiga de Daniel o de Eric?

—Mm... de ambos, supongo —dijo un poco confusa por la pregunta.

Cuando vio la mirada desorbitada que se instauró en el rostro de la mujer, entendió el doble sentido que ella había querido darle a la palabra

«amiga».

—No, no, no, no... Soy Payton —se apresuró a aclarar, con una sonrisa tan tensa que le dolieron las mejillas al reproducirla—, la nueva inquilina.

—La frase «por poco tiempo» apareció por su mente, pero la dejó allí, sin pronunciar.

—¡Claro! Disculpe. Es cierto. Mi marido me dijo que vendría a vivir al apartamento. Daniel y Eric también me advirtieron que usted me daría las indicaciones para la limpieza de su cuarto. Aquí cada uno tiene sus manías, ¿sabe? ¿Por qué no me acompaña a la cocina, y con un café nos conocemos un poco más?

Payton asintió por inercia, pero no entendía nada. No fue hasta que entraron en la cocina y la vio preparar la cafetera como si estuviese en su propia casa, que se vio iluminada.

—¡Ah! ¡Es Annete, la mujer de Irvin! Sarah me habló de usted...

—La señorita Sarah... Es encantadora, ¿verdad? —le dijo la mujer de rostro tan afable y bonachón como el de su marido. En su mirada se veía calidez y al instante sintió desacelerarse su corazón.

La vio sacar dos tazas que colocó sobre dos platitos en la mesa que hacía las veces de isla, y Annete se sentó en uno de los taburetes.

—Sí que lo es. Por favor, llámeme Payton, a secas.

—Payton —repitió ella—. Lo intentaré, aunque hay costumbres que una no llega a perder a pesar de los años. Hace más de treinta que mi marido y yo vinimos desde Georgia para empezar una nueva vida y aún seguimos usando palabras y expresiones de allí.

—La entiendo perfectamente. Muchos al verme me confundirían con una chica de Nueva York, pero la vaquera que llevo dentro tiene bien calzadas las botas con espuelas.

—¿Eres de Texas?

—De Austin, sí. Llevo en Nueva York solo tres años.

—¡Qué maravilla! Yo tengo una hermana viviendo en San Antonio que siempre nos pide que nos mudemos allí.

—¿Y no les gustaría estar más cerca de la familia?

—¡Oh! Claro que sí —dijo con un suspiro, cabeceando—, pero hay una familia que heredas y luego hay otra a la que eliges. Mi marido y yo no pudimos tener hijos y, con los años, la gente de este edificio se ha convertido en nuestra familia también. Hemos visto crecer a muchos inquilinos, como Sarah, y estos se han convertido como en nuestros hijos, y sus hijos en nuestros nietos. Hemos pasado por tantas cosas juntos que es difícil alejarse de aquellos que te han robado el corazón.

A Payton le pareció conmovedor.

—¿Incluso de ese bicho feo de Lucifer? —preguntó sin pensar.

La risa cantarina de Annete llenó la cocina.

—Ya veo que has tenido la oportunidad de conocerlo. Y supongo que a su dueña, la señora Fleming, también.

—Sí, disfruté de ambos honores a los pocos minutos de poner un pie por primera vez en el edificio.

—Imagino que sería un gran momento. Pero como suele ocurrir con las personas, la señora Fleming es mucho más de lo que quiere aparentar.

Toma el café y te lo cuento —le dijo con una sonrisa cargada de picardía.

Payton apenas tenía quince minutos antes de irse, pero Annete era tan agradable y la hizo sentir tan bien acogida que se entregó a aquellos minutos de conversación haciendo que perdiese la noción del tiempo, hasta que Annete exclamó:

—¡Y aquí está otro de mis niños bonitos! —La vio levantarse del taburete en el que se había sentado junto a ella y, pasando por su lado, ir hacia la puerta.

Payton se quedó sin aire al ver en el marco a Eric, tan solo con un corto pantalón negro de deporte suspendido sobre sus estrechas caderas y el cabello revuelto de haberse acabado de levantar. Este recibió a la mujer entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Cuando lo conocí era un mocoso que apenas sabía andar. Y aquí está, hecho un hombretón guapo y con éxito —le explicó con orgullo mientras posaba una palma en su mejilla, de forma amorosa.

Eric sonrió a Annete, con el cariño que se tiene hacia una madre. Y

Payton no pudo quedarse más sorprendida ni sentirse más incómoda.

Aquella era una faceta suya que no conocía, la del hombre afectuoso y familiar, que chocaba radicalmente con la del Eric sagaz, arrebatador y seductor de la noche anterior. Pero supo que ese segundo seguía ahí en el momento en el que sus miradas se cruzaron. La picardía, el jugueteo y la insinuación asomó a sus ojos. Su corazón volvió a alterarse y se levantó del taburete como si este le quemara el trasero.

—Annete, me han encantado el café y el rato que hemos pasado juntas, pero tengo que marcharme al trabajo... —dijo apresuradamente, segura de que no había conseguido ocultar los nervios que hicieron vibrar su voz.

—Claro... ha sido estupendo. Habéis hecho un gran fichaje con esta chica. Ya hacía falta un toque femenino en la casa —le dijo a Eric.

Payton sintió que se acaloraba, sobre todo cuando lo escuchó responderle con ese tonito pícaro suyo:

—Eso creo yo... Un gran acierto.

Annete se apartó para que ella pasara, pero Eric se mantuvo en el sitio, lo que la obligó a salir pegada a su cuerpo bajo el marco de la puerta.

Contuvo la respiración a escasos centímetros de su rostro. Bajó la mirada sintiéndose incapaz de enfrentarse a la suya a tan corta distancia. Y en cuanto salió de su radio de influjo, corrió hacia la puerta tras farfullar una rápida despedida.

Ya frente al ascensor, resopló mientras se abanicaba y se preguntaba a sí misma: «¿qué había pasado con su vida en las últimas horas?».

## CAPÍTULO 9

Eric se estaba quitando el reloj y dejándolo en el interior de su taquilla, cuando Matt, Daniel y Carla entraron en los vestuarios tras terminar su turno, charlando animadamente entre ellos sobre las operaciones y casos que habían tenido ese día. Los oyó junto a la puerta, pero él se quedó en silencio guardando sus cosas. Solían coincidir en la plantilla porque los cuatro formaban parte del mismo programa de cirugía, pero iba a sustituir a otro compañero que lo necesitaba y eso le obligaría a hacer turno doble los siguientes días. Algo extenuante, pero le gustaba tanto su trabajo que jamás había tenido problema en hacerlo. Ese día, sin embargo, le habría gustado volver pronto a casa, porque después de lo

sucedido la noche anterior, tenía que hablar con Payton.

Por eso se había levantado antes, en cuanto la oyó en la cocina. Lo que no había contado era con tener testigos. Annete era maravillosa, la quería como a una madre, pero ojalá no hubiese estado allí. Se dio cuenta nada más aparecer por la cocina de que Payton no se sentía cómoda. Había evitado su mirada y saltó del taburete en cuanto lo vio aparecer, como si este estuviese electrificado.

No era halagador, mucho menos después de lo que habían compartido, pero aun así siguió buscando su mirada mientras ella intentaba salir de allí, despavorida. No lo consiguió, se negó a repetir la conexión que habían tenido durante casi toda la noche. Y eso lo confundió.

Estaba claro que ser compañeros de piso podía complicar las cosas, pero había sido tan alucinante, tan sorprendente y divertida, que al despertar esa mañana no se paró a pensar en todo lo negativo que les podría acarrear, solo en comprobar que las cosas estaban bien entre los dos.

Dejó que se marchara sin correr tras ella, viéndola crispada de los nervios. Y se arrepentía. Tal vez tenía que haberlo hecho, tenía que haberla seguido y asegurarse de que todo estaba bien entre los dos. Ahora era imposible que se vieran en varios días y no quería dejar las cosas así.

Estaba pasándose una mano por el rostro, frustrado, cuando el saludo de Matt, su amigo Matt, al que había prometido no acercarse a ella, interrumpió su línea de pensamiento.

—¡Hola, tío! ¿Qué tal el turno? ¿Me he perdido algo bueno? —le preguntó esforzándose por disimular su culpabilidad.

—¡Oh, sí! Un tumor en el lóbulo orbitofrontal que otros cinco neurocirujanos decían que era inoperable. Te habría encantado. La doctora Coleman es impresionante. Tienes que estar contento con su fichaje, tú que quieres especializarte en neuro. A mí, que soy carne de cardio, me ha hecho hasta dudar de mi especialidad —siguió contándole entusiasmado.

La enorme sonrisa de su amigo le decía que tenía que haber sido una operación memorable. Y aunque en otro momento lo habría consumido la envidia, ahora estaba más preocupado por su reacción. Si se enteraba de que había incumplido su promesa... Había sido claro; «Payton es como de mi familia y está superando una situación difícil y complicada. Lo ha pasado muy mal y necesita un lugar en el que sentirse segura». Cuando levantó un dedo a modo de advertencia, haciéndoles prometer que no la tratarían como a una chica más, la mirada de Matt se clavó directamente en la suya, pues lo conocía bien. De los tres, tenía que reconocer que siempre había sido el más proclive a las relaciones de una noche y a desaparecer después. No tenía miedo al compromiso. De hecho, una vez había estado a punto de comprometerse, pero se dio cuenta a tiempo de que no era para él. No le gustaba depender de nadie ni que otros lo hicieran de él. No quería esa responsabilidad. Bastante tenía con las que asumía en su trabajo. Un trabajo que, por otra parte, absorbía la mayor parte de su vida y de sus energías. Admiraba la decisión de Matt de haberse comprometido con Sarah e intentar equilibrar todo lo duro que tenía su residencia, con una vida privada; en su caso, con una familia. Pero eso era algo que solo podían hacer tipos como su amigo. A Daniel también lo veía en un futuro con pareja, niños y el lote completo. Pero él era más del estilo del lobo solitario.

—...¿Te lo habrías podido imaginar? —le preguntó Matt, que había seguido relatándole la innovadora técnica que la doctora Coleman había usado en la intervención, aunque él no había escuchado ni una sola palabra. Solo había visto moverse sus labios y sus expresiones de alucinado total, pero no tenía ni idea de lo que había dicho.

—Para nada. No puedo imaginarlo. Ha tenido que ser alucinante —dijo pensando que aquella respuesta disimularía su falta de interés. Y así fue por un momento, porque Matt

asintió y fue a abrir su taquilla para empezar a cambiarse de ropa.

—Por cierto, no os olvidéis de la cena del viernes. Sarah me ha encomendado esta mañana que os lo recuerde. Cuenta con vosotros —dijo Matt.

—Por mi parte no te preocupes, no me perdería vuestra primera fiesta como parejita por nada del mundo —señaló Daniel sonriente.

Matt le devolvió el gesto, contento. Desde que estaba enamorado se le veía más feliz que nunca.

—¿Tenemos que llevar algo? ¿Cuánta gente va a ir? —preguntó Carla con cierta ansiedad en la voz.

—No sé... la verdad...—apuntó Matt, sacando su mochila de la taquilla—. Empezó siendo una cena familiar, luego invitamos a unos pocos amigos y ahora creo que Sarah lo ha convertido en una fiesta en la azotea. Imagino que todos los vecinos estarán invitados. Su padre es muy querido en el edificio. «¡Toda una institución!», como dice la señora Fleming. Así que será algo grande. Me parece bien, Jeff se lo merece.

Cada vez que pienso que hace unos meses estuvo a punto de perder la vida por ayudar a los vecinos durante el incendio...

—Sí, es un gran hombre. Se merece una gran despedida —corroboró Daniel—. Podemos llevar bebidas, ¿te parece?

Eric se limitó a asentir, apoyando la propuesta.

—Claro, de eso nunca sobra —dijo sonriente Matt.

—Yo llevaré algo dulce. Los postres tampoco están de más en una fiesta —añadió Carla.

—Las niñas lo agradecerán —Matt sonrió de oreja a oreja al nombrarlas. Eric vio esa mirada brillante y orgullosa en su rostro y se preguntó cómo podía cambiar la vida de un hombre tan rápido por una mujer.

Matt había sido casi tan juerguista y mujeriego como él hasta que conoció a Sarah, la vecina del séptimo. Y se enamoró de ella y de su preciosa familia. Sarah criaba a sus dos sobrinas pequeñas, que eran muy graciosas, y su amigo había pasado de ser un cazador, a ser cazado. De ser

un orgulloso soltero a tener una familia con niños y todo. Se alegraba por él, pero aún le daba vértigo la velocidad con la que había cambiado todo.

Y todo por una mujer... Dedicó un segundo a ese pensamiento y cuando la mirada azul de Payton apareció en su mente, frunció el entrecejo.

—A ti, ¿qué te pasa? —le preguntó Carla apoyándose en la taquilla contigua a la suya, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

A la muy bruja no se le escapaba ni una.

—Nada en absoluto. ¿Y a ti?

—Yo estoy bien, como siempre. Pero tú tienes cara de culpable.

Alzó las cejas y dio un paso atrás. Daniel y Matt clavaron sus miradas en él, al igual que Carla, que no dejaba de observarlo con esa mirada inquisitiva y glacial que daba miedo. Durante unos segundos la tensión se palpó en el ambiente. Matt enarcó una ceja y Daniel



cruzó sus enormes brazos de escocés gigante sobre el pecho.

—Está bien... —alzó las manos tragando saliva. Mientras su mente funcionaba a toda velocidad buscando una excusa— No he conseguido el permiso que necesitas para el sitio que quieres para tu declaración a Sarah.

El encargado del recinto es un hueso duro de roer...

Y sí, lo era. Pero él era un hombre de recursos y sabía que con un poco más de insistencia y un pase de temporada para los Mets, tendría al tipo en el bote.

—¿Pero no decías que tenías un colega que conocía a otro colega que podía convencerlo?

La cara de angustia de su amigo, que llevaba semanas planeando el gran momento para pedir matrimonio a su novia, fue un poema. Y aún se sintió más mortificado.

—Sí, y así es. Pero no me doy por vencido. Dame unos días más y lo tienes hecho. Confía en mí —le dijo posando una mano en su hombro.

Luego volvió a su taquilla, ocultando el rostro a sus compañeros, no se fiaba un pelo de la perspicacia de Carla.

—Está bien, confío en ti —oyó decir a Matt tras suspirar aliviado.

—Claro que lo conseguirás. No tengo ninguna duda. ¿Cuándo no has conseguido tú alguna de estas cosas? No he conocido jamás a nadie con tantos amigos y conocidos dispuestos a hacerle favores. Pareces un político, ¡joder! —señaló Daniel riendo, más relajado.

—O un mafioso —apuntó Carla que nunca le daba tregua.

Él se limitó a guiñarle un ojo; sabía que el gesto le molestaba sobremanera y hacía que lo dejara en paz.

—Bueno, me siento hasta aliviado. Cuando has puesto esa cara, pensé que habías hecho de las tuyas con Payton. Como Daniel dice que ayer salisteis juntos...

Eric apretó los ojos con fuerza, aún de espaldas a sus compañeros. La tensión se apoderó de sus hombros, agarrotando cada músculo de su espalda.

—Solo tomamos unas cervezas para conocernos mejor... —La mejor defensa, un buen ataque, pensó antes de girarse—. Y, la verdad, me siento un poco ofendido. Daniel cenó con ella la noche anterior y seguro que no has puesto en duda su comportamiento. Y eso que se tiró hasta las tantas de la madrugada bebiendo y riendo con ella.

Fue tan vehemente como para que los tres pares de ojos demostrasen perplejidad, pero no dejó que eso lo amilanase.

—No soy tan desastre. Y estoy un poco cansado de vuestra falta de confianza. —Tras aquella declaración, cerró la puerta de la taquilla con energía y se marchó, aparentando una dignidad que no sentía.

## CAPÍTULO 10

—Me he acostado con Eric.

—¡Payton!

—Lo sé, lo sé —dijo en tono quejumbroso, separando el móvil del oído un segundo para tomar aliento antes de escuchar las miles de cosas con las que la iba a reñir Lauren tras confesar.

Habría sido más sencillo callarse y aguantar la humillación de sentirse tan estúpida en soledad, pero no había podido resistirlo. Lauren era como una hermana para ella. De hecho, tenía mucha más confianza con ella que con Dakota, con la que prácticamente no hablaba. Por eso, cuando vio que concentrarse en el trabajo le estaba resultando imposible sin pararse a rememorar, una y otra vez, los retazos de recuerdos que invadían su mente sobre la noche anterior, pensó que lo mejor era desahogarse con ella y liberar parte de la culpabilidad que sentía.

—¿Y cómo fue? —La pregunta la dejó de piedra.

—¿Cómo que cómo fue? He sido una autentica imbécil y me he acostado con el amigo de tu hermano, uno de mis compañeros de piso. ¡Mi nuevo compañero de piso! De ese piso tan increíble que había encontrado para refugiarme, para rehacerme, para recuperarme después del infierno que pasé con... el innombrable —soltó todo aquello que la atormentaba del tirón, sin darse tiempo a respirar entre frase y frase, por lo que al acabar su alegato de culpabilidad, estaba sin aliento y su jadeo sonó a gemido lastimero a través de la línea telefónica.

—Por lo que veo, ya te fustigas bastante tú sola. No me gusta verte así, y más después de lo que has tenido que vivir los últimos meses. Todo el mundo comete errores, y aun no sé por qué crees que esto lo es.

Payton abrió los ojos desorbitadamente y miró el móvil como si su amiga fuese un extraterrestre.

—Es amigo de Matt, no un psicópata asqueroso, como el innombrable.

No va a perseguirte, acosarte, poner cámaras en tu casa y escribir la palabra zorra en tu puerta, Payton. No vas a volver a pasar por eso. Estás en un lugar seguro. La verdad, me preocupaba más cuando te veía

temerosa y asustada. Pensé que no serías capaz de volver a confiar en un hombre hasta el punto de querer intimar con él.

—Tampoco sé cómo pasó. Debí beber cantidades ingentes de tequila, porque solo recuerdo trozos, fragmentos que intento unir para que tengan sentido. Pero no lo consigo.

—Pues sí que tuviste que beber. Aguantas cuatro veces más cantidad de alcohol que yo.

—Antes quedamos para cenar algo y tomar unas cervezas. Quería disculparse porque la noche anterior preparé una cena para que nos conociéramos los tres: Daniel, él y yo, tranquilamente. Quería empezar con buen pie, pero tuvo un problema en el hospital y bueno... un caso de suicidio que le afectó bastante.

—Vaya...

—Sí, vaya... ¿No te parece una casualidad?

—Y que lo digas.

Se hizo un silencio entre las dos durante un segundo. Ese era el segundo tema intocable para Payton, el suicidio.

—En fin, la cosa es que me dejó tirada con la cena, que tuvimos que tomar Daniel y yo solos. Quiso disculparse y me citó en un bar para tomar algo y conocernos al día siguiente.

—Y por lo que veo, fue tan bien que os conocisteis a fondo.

—¡Lauren! ¿Quieres centrarte un poquito y entender lo que te intento decir?

—Hasta ahora solo he oído que es un tío comprometido con su trabajo, sensible hasta el punto de que le afecten los casos con sus pacientes y que te invitó a tomar algo para disculparse.

¿Eso era lo que había dicho? Payton arrugó la frente.

—Quieres verlo con tus gafas de cristales rosas. No era una cita con un tío buenorro, excitante y sexi que resultó ser divertido, espontáneo y seductor. Es mi compañero de piso, no fui a ligar...

—Y sin embargo, ligaste... —hizo una pausa para terminar diciendo—: con el tío bueno, excitante, sexi, divertido, espontáneo y seductor. Seis, seis adjetivos fabulosos en la misma frase para un solo hombre. Qué quieres que te diga, me parece... esperanzador. Y aún no he oído nada que me haga pensar que la noche fue un desastre. No has entrado en los

detalles de las partes para mayores, por lo que imagino que superó tus expectativas.

—No tenía expectativas... No buscaba eso —quiso defenderse molesta.

¿Por qué Lauren no entendía que estaba en un gran aprieto y se ponía de su parte?

—No lo buscabas, pero lo encontraste. ¿Tan malo sería dar unos cuantos viajes en una atracción tan excitante?

—¡No uses mis metáforas contra mí!

—Es una buena metáfora. Comparar a los hombres con las atracciones de un parque es de lo mejor de tu repertorio.

—¡Qué graciosa eres! ¡Me abuuuuurreeeeeeeeeee!

—Mentira. Antes de lo del asqueroso ese, tu filosofía en cuanto a las relaciones era que los hombres son como atracciones de feria y que había que probar todas las que se pudiese para decidir cuál es tu favorita.

Después llegó ese ser repugnante y te dejó sin ganas de disfrutar de la feria. Me alegro de que el daño no haya sido tan irreparable como para convencerte de que lo mejor es eliminar a los hombres, la aventura y la pasión de tu vida.

—Haberme acostado con Eric puede complicar las cosas. Puede hacer que se enrancie el ambiente, que llegue a ser insoportable vivir en la misma casa. Lo he fastidiado todo.

—Deja de culparte por todo. No has hecho nada malo ahora, y no lo hiciste tampoco con el innombrable. ¡No fue culpa tuya! Ese tío está mal de la cabeza. Y en lo único en lo que puedo pensar es en que, afortunadamente, lo pillaron antes de que te hiciera más daño, o se lo pudiera hacer a otras mujeres, y está encerrado.

—Dejé que me engañara. Creí que era un tipo normal y lo dejé entrar en mi piso. Fui amable, y... tal vez sonreí demasiado. Tal vez dije algo...

—¡Basta! No hiciste nada, Payton. Eres una mujer joven y hermosa, por dentro y por fuera. No se puede vivir con miedo y desconfianza. Fuiste tú, nada más. Tú no tienes la culpa de que se obsesionase contigo, ni de que rompiese tu confianza y pusiese esas malditas cámaras, de que te vigilase y acosase. No es tu culpa, es la suya, y por eso está pagando. Tú no tienes que pagar ninguna penitencia.

Payton suspiró con pesar. Entendía cada palabra que le decía su amiga, y sabía que estaba siendo brutalmente sincera con ella, como ella misma

lo había sido con Lauren en otras tantas ocasiones, cuando lo había necesitado. Aun así, había días en los que olvidaba el discurso y se preguntaba si de alguna forma se lo había buscado. Solo de pensar que ese asqueroso había estado viéndola, espiándola en la intimidad de su casa, se sentía violada, vulnerada, agredida, sucia.

En las últimas semanas en las que había vivido en su antigua casa, se había visto acosada por el que ella creía que era un desconocido. Recibía notas amenazantes que dejaban en su buzón y llegaron a escribir con spray rojo la palabra «zorra» en su puerta. La llamaban y colgaban en mitad de la noche. Sus nervios llegaron a tal nivel de crispación que estuvo a punto de volverse loca. Él, en esas semanas, se mostró comprensivo, dispuesto a ayudarla y protegerla. Creyó que era su amigo y lloró sobre su hombro.

Solo de recordarlo le entraban escalofríos. Y entonces una noche al salir de la ducha se resbaló y, al agarrarse a la cortina, esta cayó junto con la barra que la sujetaba. Solo sufrió un golpe en la cadera, que le dolió una semana, pero al intentar volver a colocar la barra vio un agujerito en el azulejo que le extrañó. Lo analizó, confusa, y entonces descubrió que era una cámara. La había visto antes para un reportaje que escribió sobre las cámaras de vigilancia que usan algunas madres para observar a sus bebés mientras trabajan. El asco que le produjo saber que había estado siendo observada, la hizo vomitar. Cuando se recuperó, se dedicó concienzudamente a buscar por todo el apartamento más cámaras como esa; y con estupor descubrió cuatro más. La habían espiado desde todos los ángulos y en todas las situaciones en las que había estado en la intimidad de su casa. No tardó en concluir que la única persona que había tenido acceso al apartamento para hacer distintas reparaciones había sido su casero, un hombre joven, en apariencia amable, servicial e inofensivo. Un monstruo que ella no supo ver.

—Está bien —dijo, más por zanjar ese asunto, pues no quería seguir pensando en el tema, que por creerlo en realidad.

—No, no está bien. ¿Quieres que vaya a verte unos días?

La verdad es que nada apetecía más a Payton que pasar unos días con su amiga. Lauren vivía en Providence, con su marido, pero esperaba poder invitarla en unas semanas, cuando su jefa aceptase la idea que tenía para su artículo de voces femeninas relevantes del momento, pues una de esas mujeres a las que quería entrevistar era ella. Lauren era una gran escritora

y periodista. Escribía y publicaba sus artículos tanto para periódicos y publicaciones de tirada nacional como en sus redes. Se había hecho un nombre al destapar varios casos de corrupción en organizaciones aparentemente sin ánimo de lucro que al final no lo eran tanto. Fue algo gordo, tanto como para haber sido nominada para un premio Pulitzer por esa serie de artículos. Estaba muy orgullosa de ella, pero hacerla ir antes del artículo y separarla de su vida, de su marido y de su trabajo durante varias semanas, no era justo para ella.

—Estoy bien, de verdad. Solo tengo que volver a centrarme. Tal vez haya exagerado un poco. No tiene por qué ser tan malo haberme acostado con Eric, ¿verdad? Es un buen tío, podemos llevarlo como adultos y no complicar las cosas.

—O complicarlas todo lo que te apetezca...

Payton puso los ojos en blanco.

—No hagas eso, puedo verte —le dijo su amiga, que la conocía demasiado bien. Habían sido compañeras de cuarto durante toda la universidad, y al igual que ella era capaz de

imaginar todos sus gestos mientras hablaban, Lauren veía los suyos.

—Te dejo, bruja. Tengo que terminar el borrador de mi artículo.

—Suerte con eso.

—Gracias... Por todo —añadió deseando haber podido abrazarla.

—No hay de qué. Hablamos.

—Hablamos —repuso ella antes de apartarse el móvil de la oreja y colgar.

Durante un par de minutos se quedó allí, sentada en los escalones de la escalera de emergencia, con los antebrazos apoyados en las rodillas y mirando al suelo. Si ella fuera como Lauren, haría una lista de pros y contras de aquella situación, analizaría las variables y tomaría una decisión razonada sobre cómo actuar. Pero fuese cual fuese esa decisión, primero pasaba por hablar con Eric y saber cómo actuaría él con ella después de lo sucedido.

Se levantó de los escalones y se sacudió el trasero con las manos antes de abrir la puerta y volver a la sala de redacción. Sorteó las mesas dirigiéndose a la suya. Y entonces vio a su jefa de pie, en su sitio, con la vista fija en la pantalla del ordenador que había dejado encendido con el archivo abierto en el que había vertido los recuerdos que tenía de la noche

anterior. Tragó saliva y se quedó inmóvil, incapaz de acercarse. Maldita sea, ni siquiera sabía exactamente lo que había escrito. No había tenido tiempo de revisarlo, se había limitado a vomitar las palabras, narrando fragmentos de las escenas que, entre chupito y chupito de tequila, recordaba.

Estaba pensando en la forma de salir de allí antes de que su jefa la viera, cuando su teléfono sonó, anunciándole que había recibido un mensaje. La cabeza de Madison se giró y clavó su mirada en ella. Bajó el rostro y vio en la pantalla que el remitente del mensaje era Eric. Contuvo el aliento, pero no lo abrió. Madison le hizo una señal para que se acercara y ella lo hizo.

—Eso tiene muy buena pinta, Payton. Sigue por ese camino —le dijo con media sonrisa dibujada en los labios. Un milagro que rara vez se veía en la redacción. Y lo suficientemente contundente como para que, en cuanto se marchó, ella se dejase caer en su silla y posase una mano en su frente.

Aún no se había recuperado del comentario cuando el móvil volvió a sonar. Abrió la aplicación de mensajes y leyó:

*Lo de anoche fue mm... sorprendente.*

*Jamás pensé que tomar unos tequilas pudiese ser tan excitante.*

*Gracias por la experiencia.*

## CAPÍTULO 11

«Gracias por la experiencia». Aquella maldita frase la acompañó durante los siguientes días, confundiéndola una y otra vez. ¿Le daba las gracias por la borrachera, por el sexo o por qué? ¿Significaba eso que le había gustado? ¿Qué más daba si le había gustado o no! Ni

siquiera se había parado a pensar en si había sido bueno para ella. Bueno, siendo sincera consigo misma, un poco sí lo había hecho. Cuando se entregaba a los retazos de los recuerdos de esa noche, los primeros minutos eran para recrearse en las sensaciones que había experimentado; el placer, la lujuria, el despertar de su cuerpo bajo la atención de sus manos y su boca... Pero después, cuando se daba cuenta de que aquello era lo último que debía hacer, sacudía la cabeza y ya solo buscaba las consecuencias de haber cometido semejante error.

Y había tenido mucho tiempo para pensar en ello, porque no había vuelto a ver a Eric en lo que restó de semana. Con Daniel sí había coincidido un par de veces, en los cambios de turno y una vez para cenar, y este le había dicho que su compañero estaba haciendo turnos dobles y que no lo verían hasta la fiesta del viernes. Lo que provocó que midiera los días, las horas, como una cuenta atrás, tras la cual se definiría su destino.

No quería ponerse melodramática, pero tener que buscar otro lugar para vivir sí era para ella algo horrible en ese momento. Sobre todo porque empezaba a cogerle el gusto a ese sitio.

Todas las mañanas, tras prepararse para ir a trabajar, se encontraba con Annete en la cocina, que la esperaba con un café y un donut para desayunar con ella. Apenas hacía unos días que habían comenzado con ese ritual, durante el que disfrutaban de veinte minutos relajados de conversación, y no sabía si podría ya acostumbrarse a vivir sin él. Durante sus charlas, la mujer le contaba cosas de su vida de niña, de las personas que vivían en ese edificio, y alguna que otra vez de Eric, que era claramente su residente favorito. Hablaba de él con tal cariño, y contándole tantas cosas de su infancia y adolescencia, que le parecía que lo estaba conociendo a través de sus ojos. Esa fue la manera en la que

descubrió que su compañero de piso se quedó sin madre, como ella, muy joven. Y que esta murió de un infarto. Sabía que Annete callaba más cosas, porque a veces, durante unos segundos, se quedaba en silencio, con la mirada perdida. Y tras ese momento en el que se veía envuelta por los recuerdos, sacudía la cabeza, sonreía volviendo a la realidad y le contaba alguna anécdota divertida, como cuando Eric, con doce años, quiso ahorrar para el campamento de ciencias y montó un negocio de recogida de basura y paseo de perros para los inquilinos del edificio.

Todas aquellas anécdotas, conseguían arrancarle una sonrisa y la acercaban más a una imagen de Eric que no quería conocer. No es que prefiriese que fuese un mal tipo, pero tampoco quería que le gustara. Ya ocupaba demasiado espacio en su mente y las charlas con Annete habían despertado en varias ocasiones su interés, haciendo que estas se dilatasen, y llegara tarde al trabajo, solo por saber un poco más de ese hombre del que a todas luces debía alejarse.

Por eso, acudir a aquella fiesta le parecía cada vez peor idea. No podía faltar, por Sarah, que le había recordado al menos media docena de veces durante la semana que la necesitaba allí, pero sabía que había llegado el momento que tanto había temido y le sudaban las manos. Se había sorprendido al recibir una invitación a la fiesta en el buzón, a su nombre, citándola en la azotea. Y mucho más cuando llegó arriba y vio en lo que se había convertido finalmente la fiesta íntima, para unos pocos amigos, que le había dicho Sarah que haría. No le había dado tiempo a cambiarse tras llegar del trabajo porque la reunión con Shane, el fotógrafo de la revista, se había dilatado más de lo esperado. Así que se presentó en la fiesta con uno de los vestidos, con el largo por encima de la rodilla que usaba para ir a trabajar. Era muy femenino y en un tono turquesa que resaltaba su tono de piel bronceado y sus ojos claros. Lo había acompañado de tacones y el cabello suelto cuando salió de casa esa mañana, pero a lo largo del día, el calor había hecho que se lo recogiese en una coleta alta y tirante. No se sintió fuera de lugar, porque muchos de los presentes se habían arreglado para la ocasión. No había estado en esa parte del edificio antes y le sorprendió lo que vio.

Era un espacio amplio, con bastantes muebles de jardín dispersos en distintas zonas, como separando ambientes. Sobre una mesa larga colocada en el lateral, había varias bandejas con comida y bebida. Todo

estaba iluminado con varias guirnaldas de luces que, sobre sus cabezas, surcaban el aire en todas direcciones. La música suave invitaba a relajarse y participar en las conversaciones de los distintos grupos de vecinos que se habían formado y charlaban animadamente.

—¡Qué bien! ¡Ya estás aquí! —Al instante se vio atrapada por Sarah, que enlazó el brazo con el suyo.

—He traído cerveza —dijo ella levantando la caja que portaba, con una mueca—. Mi padre dice que no se debe ir a una fiesta sin llevar unas cuantas.

—Tú padre es un hombre sabio —le dijo su amiga con una sonrisa algo tensa.

—¿Cómo estás? —preguntó mientras era guiada hacia la mesa de las bebidas para dejar su aportación a la fiesta.

—Un poco atacada, la verdad. Míralo, ahí está, con su novia. —Payton miró hacia donde le indicaba y vio a un hombre grande e imponente, de cabello plateado y largo casi por los hombros. Este rodeaba con su brazo a una morena menuda de rostro sonriente que se pegaba a su costado, amorosa.

—Parece maja...

—Y lo es —dijo Sarah torciendo los labios en una mueca—. Esto sería más sencillo si fuese una arpía.

—No, te aseguro que no lo sería. Tras morir mi madre, mi padre tuvo varias relaciones con verdaderas arpías y no te lo recomiendo en absoluto.

Yo pagaría por ver a mi padre con una buena mujer, que lo hiciera tan feliz como parece el tuyo.

Sarah la miró con ojos de Bambi y ella parpadeó varias veces, confusa.

—Lo siento, no sabía que no tenías madre —le dijo con pena. Ella sabía bien lo que era sufrir esa pérdida, pues Sarah perdió a la suya cuando era una niña—. Es algo que te marca para toda la vida.

—Pero hay que seguir adelante —Payton forzó una sonrisa mientras daba por zanjado el tema. No quería entrar en un tema tan delicado para ella en ese momento. Era una conversación más para una de esas tardes que se tenían prometidas, en las que estarían ellas solas y acompañadas de un buen café—. Y es bueno que tu padre también siga adelante. Por lo que se dice de él, es un gran hombre. Todos lo quieren y respetan.

—Es cierto, es un pilar para esta comunidad. Por eso me resulta tan difícil imaginar que pueda marcharse, que no lo vaya a tener cerca, que deje a los amigos que tiene aquí. Me siento un poco excluida. Sé que ha estado buscando apartamento con Nora, aquí en el Village, pero me ha mantenido al margen del proceso. Ni siquiera sé si es un sitio adecuado para él.

—Tienes que confiar en él, ya es mayorcito. Aunque te entiendo. Mi padre también es importante para mí. Es imposible dejar de preocuparse por ellos —suspiró—. Pero ahora tienes que sonreír y compartir su felicidad. También será duro para las niñas, que dejarán de verlo cada día, pero si te ven triste, ellas también lo estarán.

Ambas se quedaron mirando a Chloe y a Tammy, que bailaban con Matt al compás de la

música mientras hacían pompas de jabón que flotaban por la azotea, añadiendo más magia al lugar.

—Tienes toda la razón —dijo Sarah, sonriendo embobada sin dejar de mirar a sus niñas—  
Lo sabía...

Payton la miró con curiosidad.

—Sabía que serías un gran apoyo en esta fiesta —añadió con una sonrisa pícaro—. Gracias por venir.

—Para eso estamos las amigas...

Sarah le pasó una cerveza y brindaron.

—Hola, chicas.

La sonrisa se le quedó congelada en la cara, cuando oyó la voz de Eric tras ella. También escuchó a Daniel, pero no le dio tiempo a volverse, pues antes de prepararse para enfrentar al primero, sintió su mano en la cintura y el beso que depositó en su mejilla. La huella candente del contacto recorrió su rostro hasta arrebolarlo por completo. Cuando él se colocó ante ella, ya se había quedado sin aliento.

—Hola, bienvenidos —les dijo Sarah con una sonrisa y todos se saludaron con besos y abrazos. Ella también recibió los suyos de parte de Daniel, pero no tuvieron en su cuerpo la misma reacción, ni de lejos, que el único e íntimo beso que le había dado Eric y que aún seguía palpitando en su piel.

—Estás preciosa —le dijo Daniel.

Le sonrió con amabilidad muy consciente de que, a menos de un metro, Eric la observaba con intensidad mientras daba el primer sorbo a una de

las cervezas que ella había llevado.

—Sí... muy guapa —añadió su pesadilla en un tono más grave que el suyo habitual.

—Gracias. Vosotros... —dijo señalando a ambos— también lo estáis.

—Esto es fantástico, nuestra primera fiesta los tres juntos, en la comunidad —añadió con entusiasmo Daniel—. Ya verás que aquí la gente es muy amable. Esta es una oportunidad única para que los conozcas a todos a la vez.

Ella asintió con media sonrisa. Quería prestarle toda su atención. Y tal vez lo habría logrado de no ser porque Eric no dejaba de escrutarla.

—Es más, voy a presentártelos. Será divertido.

Lo siguiente que sintió fue la gran mano de Daniel aferrando la suya y llevándosela de allí, para ir al encuentro del primer grupo de vecinos.

Cometió el error de girar el rostro para mirar a Eric y que sus miradas se enlazasen una centésima de segundo devastadora.

Eric se pasó las siguientes dos horas viendo a Daniel llevar de una parte a otra de la azotea a Payton cogida de la mano, haciendo del perfecto cicerón. Su amigo siempre había sido muy amable y atento, pero tras el segundo grupo de vecinos, y ver que sonreía tanto a



Payton que debía de dolerle la cara, se preguntó si no estaría interesado en ella de una forma más... romántica o carnal. Aquella idea le hizo encoger la mirada y apretar la mandíbula.

—¿Te gusta tu nueva compañera de piso? —Eric se sobresaltó al oír la voz de Carla a su lado. La miró mientras esta observaba a Payton como segundos antes lo hacía él.

—No —repuso en tono seco.

—Ya... Qué raro, porque es exactamente tu tipo.

—¿Y qué tipo es ese si se puede saber? —preguntó enarcando una ceja.

—Guapas, sexis, fuertes, despampanantes, con un toque loco y divertido. Vamos, demasiado para ti.

Aquella bruja lo conocía bien, pero aun así, negó con la cabeza.

—Estás completamente equivocada.

—Claro, claro, lo que tú digas —repuso Carla empezando a mirar en derredor, recorriendo los grupos de gente, como si buscara a alguien en

concreto. Eric se sintió iluminado al instante y vio la oportunidad de devolverle algo de su perspicacia a cambio.

—Brenda no ha venido. Tenía una reunión hasta tarde.

Carla lo miró estupefacta y luego intentó disimular alzando la barbilla.

Ella no podía imaginar que lo sabía, pero Sarah le había contado a Matt, y este a ellos, que Carla y Brenda, la mejor amiga de Sarah, habían tenido una cita hacia algunos meses. Esta fue bastante bien, pero Brenda no volvió a contestar los mensajes de Carla.

—No sé por qué debería de importarme esa información —repuso ella con su mirada más glacial.

—Porque te sigue gustando y te preguntas por qué ella no mostró el mismo interés, después de una cita perfecta.

—¿Cómo... cómo sabes tú eso? ¿Lo saben todos?

—Define todos.

Carla abrió muchos los ojos y, tras resoplar por la nariz, se marchó, dejándolo solo para que pudiese volver a seguir a Payton con la mirada.

Necesitaba encontrar el momento para hablar con ella a solas y este se estaba retrasando demasiado.

Tiró el botellín de cerveza que acaba de terminar en el cubo del vidrio y miró a su alrededor para buscarla, justo en el momento en el que ella se encaminaba hacia las escaleras.

Al parecer, el momento que llevaba toda la noche esperando, había llegado.

## CAPÍTULO 12

Payton bajó las escaleras tan rápido como pudo, intentando mantener su mano derecha en

alto para contener la hemorragia, pero esta no dejaba de sangrar. Resopló al ver que se había manchado el vestido con su sangre y se preguntó cómo un corte, en apariencia tan insignificante, podía sangrar tanto. Alejó aún más la mano del cuerpo y decidió bajar por las escaleras, que parecía más rápido que esperar al ascensor. Aún no sabía cómo se había cortado con ese vaso roto. ¿En qué estaría pensando para no verlo?

Era una pregunta estúpida, porque en lo único que había pensado en toda la noche, a pesar de pasarla conociendo, saludando y sonriendo a sus vecinos, era en Eric. En el beso que le había dado al llegar y en su forma de mirarla durante la fiesta. Solo en una ocasión no se había cruzado con su mirada y fue cuando este estuvo charlando con una chica preciosa, de cabello de un rubio tan claro que casi parecía blanco, al igual que su piel.

Sintió curiosidad por ella cuando vio que mantenían una animada conversación. Se dio cuenta entonces de que era Carla, la compañera cirujana de los chicos, pero no pudo prestarles atención al cortarse en la mano con aquel vaso.

Podía haberles dicho algo del corte a Matt o a Daniel, pero no le parecía tan importante como para molestarlos y sacarlos de la fiesta. Lo mejor era bajar a su apartamento y hacerse ella misma una cura. No era de las que se impresionaban con la sangre y no creyó que fuera tan complicado, hasta que vio la cantidad de sangre que salía de la herida.

Respiró aliviada cuando llegó frente a la puerta del 8B y, sacando la llave del bolsillo de su vestido, la abrió con rapidez. No reparó en cerrarla de nuevo, porque en ese momento solo pensaba en el reguero de sangre que estaba dejando por el pasillo. Fue directamente a la cocina y tras abrir el grifo del fregadero, metió la mano. Durante un segundo el agua limpió la sangre y bajo el chorro pudo ver la herida que como intuía no era gran cosa. Pero en cuanto apartó la mano del agua, esta volvió a llenarse de sangre.

Tenía que pensar. Sabía que Annete le había dicho que en alguna parte de la cocina había un botiquín de primeros auxilios, pero ¿dónde?...

Estaba intentando recordar, cuando su teléfono móvil empezó a sonar.

¡Qué momento más oportuno! Tomó el aparato de su bolsillo, con la otra mano, y lo puso sobre la encimera. No pensaba cogerlo, solo silenciarlo, hasta que vio de quién se trataba. Entonces empezó a temblarle el pulso y, conteniendo la respiración y olvidándose por un momento de su mano sangrando, tomó la llamada y pulsó el botón del altavoz.

—Buenas noches, inspector Burke —saludó a su interlocutor.

—Buenas noches, siento molestarla a estas horas. Pero como me dijo que la mantuviese informada del caso, imaginé que querría conocer las novedades.

Payton tomó aliento, despacio, antes de contestar. Intentó desacelerar el ritmo de su corazón, pero no pudo.

—Claro, claro. Le agradezco mucho su llamada. Deme un segundo.

Con el corazón latiéndole en la garganta, cogió el rollo de papel de cocina y cortó varias hojas con las que envolvió su mano, apretando bien el lateral en el que se había hecho el corte, y elevó el brazo cuanto pudo, apoyándolo en el mueble superior en el que guardaban los vasos y tazas del desayuno.

—¿Prefiere que la llame en otro momento? —Oyó que decía el hombre, que aún esperaba.

—No... no, disculpe. Ya estoy. Dígame. —Esta última palabra salió de sus labios contenida. Quería saber cómo iba el caso contra su excasero, pero al mismo tiempo era como revivirlo todo una vez más.

—Pues como le decía, tenemos novedades...

Eric entró en su casa con la intención de hablar por fin con Payton. Le extrañó encontrar la puerta del apartamento abierta, pero imaginó que habría ido a por algo un momento. Después vio algunas manchas de sangre en el suelo de la entrada y se preocupó. Y cuando estaba girando el pasillo para buscarla, la oyó hablar con una voz masculina que sonaba algo metálica. Detuvo sus pasos cerca de la puerta de la cocina cuando oyó que ella lo llamaba inspector. Parecía algo importante y sonaba nerviosa, por lo que no quiso interrumpir, aunque la preocupación le impidió marcharse.

—¿Más chicas? ¿Ese tipo estaba espiando a más chicas? —La oyó decir, con verdadera ansiedad.

—Sí, no solamente en el mismo edificio en el que vivía usted. El señor...

—Por favor, no diga su nombre.

—Mm... claro, disculpe... Él tiene varias propiedades. Otros edificios de apartamentos que arrendaba preferentemente a mujeres jóvenes y guapas. Todas ellas han sido objeto de acoso, siendo grabadas en la intimidad de su apartamento, cuando eran más vulnerables.

Payton apoyó la frente en el mueble, sintiendo que se mareaba.

—¿Cuántas? —preguntó.

—¿Perdone?

—¿Cuántas chicas? —dijo ella entre dientes.

—En este momento, en total son dieciséis víctimas. Pero no podemos estar seguros de cuántas más ha habido en realidad, ni del tiempo que llevaba haciéndolo sin que nadie más se diera cuenta antes. En el resto de casos no ha habido acoso con amenazas, ni pintadas con insultos como en el suyo. Creemos que su obsesión por usted, había ido un paso más allá.

—¡Vaya! ¡Qué gran honor! —dijo con ironía mientras la náuseas se apoderaban de ella.

—Ha tenido usted suerte. Si no llega a encontrar esas cámaras...

—Lo sé —lo cortó antes de que le dijese algo más.

Eric aún no era capaz de asimilar la conversación y lo que se estaba diciendo, pero no quería seguir escondido, así que apareció en el dintel de la puerta, pero ella, de espaldas, no lo vio. La observó con el brazo levantado y la cabeza apoyada en la madera de uno de los muebles. Iba a entrar, cuando la oyó hablar de nuevo.

—¿Y qué hay que hacer ahora para encerrar a ese gusano de por vida?

—Su voz sonó cargada de rabia y asco.

—El resto de víctimas están siendo avisadas y hablando con nuestra psicóloga. Es muy probable que la fiscalía quiera montar un caso colectivo, con todas las que estén dispuestas a testificar. Aunque sean muchas, su testimonio es especialmente relevante ya que fue la que lo descubrió todo y sufrió más acoso. Sé que es duro, pero...

—No hay problema. Haré lo que haga falta para que ese... tipo, no vuelva a hacer daño a otra mujer.

—Bien, la mantendremos informada.

—Muchas gracias, inspector —la oyó despedirse y colgar la llamada.

Payton se inclinó hacia delante con la respiración dificultosa, mientras sentía que se mareaba. Se apoyó en la encimera con ambas manos y de su garganta salió un gemido angustiado.

—Payton —Eric corrió hacia ella y la tomó por los hombros—

Payton...

Ella elevó el rostro y lo miró a través de sus pupilas empapadas por el llanto. No pudo decir nada, solo dejarse abrazar en ese momento, en el que se sentía tan frágil y vulnerable. Sorprendentemente, encontró el mejor de los refugios en el pecho del hombre al que había intentado evitar toda la noche. Allí, con el sonido fuerte de su corazón de fondo y la mano masculina acariciándole el cabello, sintió que el mundo dejaba de girar, deteniéndose para permitirle respirar al fin de nuevo.

—¡Oh! Lo siento, te estoy manchando de sangre —dijo, mirando su camisa.

—No pasa nada —se apresuró a contestar cuando vio su gesto compungido—. Es solo una camisa. ¿Qué te ha pasado? —preguntó tomándole la mano. Le quitó el papel pegado a la herida y frunció el ceño.

—No es nada. Me he cortado con un vaso.

—No es profundo...

—Ya te lo he dicho, no es nada.

—Pero los cortes en las manos sangran mucho y hay que detener la hemorragia, desinfectar y coser si es necesario.

—No me apetece que me cosan esta noche.

—Déjame que lo vea antes de decidir tan alegremente. Tenía entendido que usabas las dos manos para escribir.

Payton hizo una mueca.

—Eso podría hacerlo hasta con la mitad de los dedos.

—No lo dudo.

Sus miradas se cruzaron, como recordaba que lo hicieron la noche que estuvieron juntos y ambos tragarón saliva. En silencio Payton dejó que la guiara a uno de los taburetes. Se sentó allí y lo observó mientras sacaba el botiquín de un mueble esquinero en el que seguro que jamás lo habría encontrado. Después Eric fue vaciando su contenido y colocándolo todo sobre la encimera, con rapidez y eficiencia. Parecía seguir un método, y ella se limitó a observar, con miles de preguntas rondándole la cabeza.

Pocos minutos más tarde, cuando él ya había decidido poner solo puntos

de aproximación y estaba cubriendo su mano con una venda, se atrevió a preguntar.

—¿Cuánto has oído?

Eric dejó de mirar su herida para observarla.

—Todo.

Payton asintió y desvió la mirada, avergonzada, pero Eric la tomó por la barbilla y la hizo girar de nuevo.

—Siento mucho por lo que has tenido que pasar. No lo sabía. Cuando Matt nos dijo que habías tenido problemas con tu casero y necesitabas un lugar seguro, jamás imaginé que fuese algo tan...

—¿Sórdido? —terminó por él.

Eric se limitó a asentir a pocos centímetros de su rostro.

—Matt es un gran amigo. Y le hice prometer que no contaría nada. Me hace sentir sucia — dijo tras tragar saliva.

—No tienes que hacerlo. Tú no has hecho nada.

—Lo sé, y aun así me ha costado creerlo estos meses. Me preguntaba si había sido demasiado amable, si habría sonreído demasiado, si le había dado pie sin querer a pensar...

—Aunque lo hubieses hecho, eso no le da derecho a espiarte y grabarte.

—Lo sé. Además, todas esas chicas... —sacudió la cabeza, negando, mientras apretaba los labios.

—Lo van a encerrar para siempre. Y tú aquí estás segura.

Payton lo miró, mordiéndose el labio, nerviosa. ¿Lo estaba? ¿Estaba en un lugar seguro a pesar de haberlo complicado todo acostándose con él?

Algo de todo aquello que se preguntaba, debió leer Eric en sus ojos, porque dio un paso atrás de inmediato.

—¿Crees que no estás segura?

—No es eso. Sé que ni Daniel ni tú me haríais daño. Sois unos hombres increíbles. Matt tenía razón en todo lo que me dijo sobre vosotros, sobre la casa, el edificio, la gente que vive en él. No se me ocurre un mejor lugar para vivir. Pero, no sé bien lo que pasó la otra noche entre nosotros y no quiero poner en riesgo todo esto por...

—¿No lo sabes? —la interrumpió él escrutando su rostro con la mirada, con intensidad, como si quisiera leerle la mente.

—No del todo. Llevo toda la semana dándole vueltas, preocupada, porque solo tengo fragmentos, trozos... Sé que me trajiste en tu moto.

—Te encantó mi máquina, sí.

Su cara de orgullo hizo sonreír a Payton, hasta que su mirada castaña, plagada de motas verdes, se iluminó con picardía. Ella se levantó del taburete de un salto, colocándose tras la barra, sorprendida con la necesidad que brotó de su estómago, de besar esa boca traviesa.

—Y luego fuimos a mi cuarto a por el tequila. Y recuerdo besos... —

Eric la observó respirar con dificultad. Su pecho se alzaba y bajaba con ansiedad.

—...Y...

—Y nada. No pasó nada —se oyó a sí mismo decir con contundencia.

Era evidente que a ella le preocupaba mucho esa noche. No se sentía cómoda y pensaba que con lo que había pasado entre los dos, su lugar seguro, el refugio en el que necesitaba recuperar su vida después de que aquel cerdo asqueroso vulnerase su intimidad, corría peligro. No lo iba a consentir.

—¿Nada? —preguntó ella atónita. No recordaba toda la noche, pero los fragmentos que permanecían en su mente eran bastante sugerentes.

—Al menos nada memorable.

Payton frunció el ceño inmediatamente, aparentemente ofendida.

—Quiero decir que no pasó nada tan importante como para que cambien las cosas entre nosotros, como para que se vea afectado el ambiente de la casa. Lo pasamos bien, muy bien. Bebimos, charlamos, bebimos más y en algún momento mientras buscábamos formas nuevas de tomar el tequila, empezamos a usar nuestros cuerpos para servirnos la bebida. Fue... — Eric se mordió el labio inferior y Payton sintió que se encogía el vientre de puro de deseo — excitante... y divertido. Desde luego las diez o veinte formas más sexis en la que me he tomado un tequila en mi vida. Estuvo a punto de írsenos de las manos, pero rectificamos a tiempo.

—¿Lo hicimos? ¿Rectificamos? —preguntó confusa.

—Sí, yo terminé durmiendo en mi cuarto y tú en el tuyo.

Y efectivamente así había sido, terminaron durmiendo cada uno en su dormitorio y no llegaron a culminar, pero antes las cosas se pusieron muy muy calientes entre ambos. Y como ella misma había dicho, había habido besos. Besos en sus labios, en sus cuerpos, besos ardientes, urgentes, extasiantes, prometedores, provocadores, enardecidos. Besos en los que

habría estado dispuesto a sucumbir una y otra vez. Besos a los que no había querido renunciar hasta oír esa noche lo que le había pasado, y lo poco que ella necesitaba una aventura en ese momento. Tuvo claro que había hecho lo correcto cuando la vio respirar aliviada, llevándose la mano vendada hasta el pecho.

—Así que, ¿amigos? —le dijo extendiendo la mano para ofrecerle sellar el trato.

Payton sonrió, con esos preciosos labios suyos, y el gesto sirvió para calmar levemente su decepción.

—Amigos —repitió ella, estrechándole la mano.

El apretón duró un segundo o dos más de lo debido, en el que no dejaron de mirarse a los ojos. Y de repente, él se apartó.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

—Sí, claro...

—¿Te sientes bien para hacerlo?

—Perfectamente. Tengo al mejor doctor.

—Eso es cierto. Y ahora te receto una cerveza.

—Lo que yo decía, el mejor doctor —dijo ella sonriendo, mientras ambos salían ya de la cocina.

## CAPÍTULO 13

Payton cogió el móvil por quinta vez esa mañana para leer los mensajes que estaba recibiendo tras la publicación de su artículo del tequila. Apenas hacía unas horas que había salido a la venta la revista y ya había creado una pequeña conmoción, al menos en su entorno más cercano. Había recibido mensajes de amigos, de Lauren, de Sarah, de Daniel, e incluso de algunos de sus hermanos, para felicitarla y hacerle algún comentario sobre las distintas posturas que describía. Lo llamaban el *Kama-Sutra del tequila*. Porque sí, se había esmerado escribiéndolo, adueñada por los recuerdos de *la noche* con Eric, pero además, la sesión de fotos en la que había colaborado con Shane, el fotógrafo principal de la revista, había sido espectacular.

Supo, en cuanto le presentó a los modelos que iban a interpretar las ideas de sus artículos y vio la puesta en escena que había preparado para ello, que no dejaría a nadie indiferente. Shane se había dejado inspirar por el borrador del artículo que le había pasado ella, y algunas explicaciones que le había dado sobre su visión, pero nada la preparó para ver todas esas ideas juntas hechas realidad. Había sido turbador, a la vez que excitante, revivir las cosas que se había dicho a sí misma que debía olvidar y más sabiendo que Eric las consideraba *nada memorables*.

Sí, tenía que reconocer que, aunque se sintió liberada cuando él le aclaró que habían parado a tiempo, antes de llevar las cosas demasiado lejos, también se sentía un poco ofendida, porque los retazos que tenía ella en su mente eran muy memorables. De hecho, estaban en el top de cosas memorables que había experimentado desde que tenía vida sexual. Eso la llevó a sopesar con qué tipo de mujeres tendría él relaciones;

¿contorsionistas, artistas del circo del sol, profesoras de yoga aéreo, profesionales del baile con barra?

Sacudió la cabeza, últimamente solo pensaba esa clase de tonterías.

Habían pasado ya unos días desde la fiesta y debía estar contenta. Ahora estaba relajada, tranquila, más centrada en su trabajo, en disfrutar de su nueva vida. Y convivir con Eric y Daniel era una delicia. Los días que

estaban en casa para cenar, lo hacían juntos, relajados, tomando unas cervezas y charlando sobre todo tipo de cosas. A veces se les hacía un poco tarde y eso menguaba sus horas de sueño, pero merecía la pena. Otros días coincidían en el desayuno, cuando ellos volvían y ella se marchaba a trabajar, y entonces se sumaban a las charlas que tenía con Annete, que había tomado la costumbre de ir a visitarla cada mañana, aunque ese día no le tocara limpiar el apartamento, lo hacía antes de ir a otros. Lo que no había hecho era volver a coincidir a solas con Eric. Sin embargo, con Daniel sí había tenido algún que otro momento de charla más personal.

Eric se mostraba simpático, agradable, divertido, pero de alguna manera también lo sentía contenido, como si mantuviese a raya al hombre que conoció esa noche, lleno de chispa, de picardía e insinuaciones. Había llegado a pensar que la evitaba, o al menos evitaba estar a solas con ella, pero luego había descartado la idea por parecerle absurda. «No tenía motivos para hacer algo así, ¿verdad?», se había preguntado a sí misma una y otra vez. Demasiadas veces, en realidad, para alguien que solo buscaba una amistad con él. O eso era lo que le había dicho Lauren cuando le planteó sus dudas.

Ella desechó sus comentarios entre risas, pero las dudas siguieron dando vueltas en su cabeza, de manera constante. Sobre todo cuando se encontraban y notaba que rehuía alguna de sus miradas o marcaba las distancias con su cuerpo cuando coincidían por el pasillo, en la cocina, o cuando él salía y ella entraba en el baño.

—¿Otra vez en las nubes? —le preguntó Ellen sentándose en la mesa contigua a la suya?

—No —mintió—, leía otro mensaje sobre el artículo.

—Yo me estoy conteniendo para darte mi opinión cuando estemos a solas, porque tienes que explicarme de dónde sacaste la número siete —La vio alzar las cejas tanto que creyó que estas se unirían al inicio de su cabello—. Y sobre todo quiero saber quién te inspiró la diez.

—Se trata de que te imagines tú haciéndolas todas con tu novio, no que me imagines a mí —repuso levantándose de la silla, ya que faltaban unos minutos para que Madison entrase en la sala de reuniones para la adjudicación de los nuevos artículos.

Comenzó a caminar hacia allí, pero oyó a Ellen a su espalda.

—Hay un tío detrás de este artículo, lo sé.

—¿Te lo dice tu olfato de sabueso?

—Me lo dice tu cara roja cada vez que ojeas la revista.

Tenía razón. Sabía que se ponía roja porque cada vez que veía alguna de las explícitas imágenes, su mente volaba al momento que se la inspiró y volvía a sentir el calor consumirla, haciendo arder cada centímetro de su piel. Pero ella tenía que negarlo.

—Estás loca. Se llama trabajo periodístico y usar la imaginación.

—¡Y un cuerno! ¡Tú te has tirado a uno de tus nuevos compañeros de piso!

Acababan de entrar en la sala de reuniones, que se mantenía en un murmullo, y la acusación de Ellen se oyó por toda ella, haciendo que cada uno de los ya presentes se girase a observarla. Su mirada entornada se clavó en su amiga y esta, una vez más, hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

Ambas fueron a sentarse en alguna de las pelotas de pilates que hacían las veces de sillas y a los pocos segundos, Madison hizo su aparición.

—Buenos días, princesas y príncipes —los saludó como era habitual.

Le dio a Kara, su ayudante, su bolso, sus gafas de sol y su pañuelo, y tras pasarse una mano por el cabello, tomó asiento en su pelota de pilates y cruzó las piernas.

Payton entrecerró los ojos, como cada vez que la veía hacer eso sin que la pelota resbalase y ella cayese por el suelo, como le había pasado a ella en más de una ocasión al intentarlo. Se preguntó si su enorme pelota estaría anclada al suelo para hacerlos parecer a ellos unos torpes sin sentido del equilibrio y la elegancia.

—En primer lugar, quiero felicitar a Payton por su estupendo artículo

—la oyó decir, y juntando sus palmas, incitó a los presentes a aplaudirla por ello.

Payton hizo una mueca y asintió dando las gracias a sus compañeros, mientras contaba los segundos que duraba esa tortura.

—Estoy realmente orgullosa. —Aquella frase hizo que todos dejaran de aplaudir y clavaran sus miradas en ella. Aturdida miró a un lado y a otro y luego a su jefa, que no había dicho una frase como esa, en público, en todos los años que llevaba como directora editorial—. Este artículo es el ejemplo del espíritu de la revista. Es atrevido, directo, transgresor,



ensalza a la mujer y su empoderamiento tomando las riendas de su sexualidad, es vibrante, fresco, adictivo... Es Revolution.

Tras semejante baño de adjetivos y la vehemencia con la que los hizo, Payton vio venir otra ovación, y así fue. Un segundo después, todos se levantaban de sus pelotas para volverla a aplaudir. Quiso que se la tragara la tierra, solo era un artículo sobre como beber tequila poniéndose cachonda. No tenía contenido como para cambiar la vida de una mujer.

Por fin su jefa alzó las manos e hizo que todos volvieran a sus asientos para poder seguir hablando.

—Sé que llevas mucho tiempo esperando la oportunidad de escribir otro tipo de contenido, Payton, algo con más trasfondo social y político. Y

ha llegado tu momento. He estudiado la propuesta que me dejaste hace semanas sobre la mesa y es fantástica. Ponte con ello, vuelves a tener las cuatro páginas centrales.

Las miradas fulminantes de algunos de sus compañeros fueron inmediatas. Entre ellas la de Kara, que pareció a punto de aniquilarla con rayos láser. No es que le importase demasiado. Le molestaban más las ovaciones que las miradas envidiosas, por eso sonrió y dio las gracias a su jefa.

—Muchas gracias, no la defraudaré.

Su jefa se limitó a asentir y empezó a tratar ya los próximos temas para los artículos. La siguiente hora estuvo llena de tormentas de ideas y debates sobre temas controvertidos. Hasta que llegó de nuevo el de los anunciantes.

—Esta vez el departamento de marketing ha conseguido una cuenta con una nueva empresa tecnológica de creación de apps. Están interesados en que escribamos sobre el lanzamiento de una nueva app de citas enfocada a la mujer.

—¿De mujeres para encontrar mujeres? —preguntó un compañero.

—De mujeres para encontrar lo que quieran. En ella se inscriben mujeres y hombres, pero son las mujeres las que eligen y seleccionan sus gustos a la hora de tener una primera cita perfecta. Chicas, se acabó lo de que os lleven a cenar a hamburgueserías o a jugar a los bolos.

Las risas se oyeron por la sala, aunque ella no le veía el problema a ir a los bolos, ni a cenar hamburguesas. Era de las que pensaba que lo importante era con quién te la comías.

—La empresa quiere que probemos la app y hagamos un reportaje para el avance de la edición digital, en el que se explique su funcionamiento, lo que la diferencia de las demás y, sobre todo: *cómo hacer que tu primera cita sea perfecta*.

—Pues con la experiencia que ya tenemos, yo lo haría de cómo hacer que tu primera cita sea no solo perfecta, sino también segura —le dijo ella susurrando a Ellen, que sonrió ante su comentario.

—Chicas, las tormentas de ideas son para compartirlas con el resto —

llamó su atención Madison.

Ambas asintieron, pero no fue suficiente.

—Vamos, los demás también queremos saber lo que estabais hablando.

Ellen empezó a señalarla y Payton resopló antes de empezar.

—No sé, creo que deberíamos darle una vuelta más a esa idea.

Miró a lado y a otro y vio las caras de expectación. Ya había llamado mucho la atención ese día, pero su jefa alzó una mano y con gesto solemne la instó a seguir.

—Está bien... Todos hemos probado en alguna o varias ocasiones, webs y apps de citas. No queremos que se nos cosifique, pero nos ponemos en un catálogo de artículos. Por eso no estoy de acuerdo con las apps. Aun así, es irremediable que se usen por su inmediatez, la facilidad y la aparente seguridad que parece que da elegir desde tu teléfono móvil. Pero eso cambia cuando llegas a la cita y te encuentras cara a cara con una persona de la que solo conoces lo que te ha querido mostrar. Que ha creado un perfil especial para llamar nuestra atención y que puede distar mucho de lo que hay detrás en realidad. Es el momento de la verdad. Y creo que hay que ir preparadas con un plan B. Una lista de cosas que hagan que tu cita, además de que pueda o no ser perfecta, sea absolutamente segura.

Tras su discurso se hizo un silencio sepulcral en el que las miradas iban del rostro de su jefa al suyo, una y otra vez, como si la redacción fuese el público de un partido de tenis.

—Está bien. Me lo has vendido. ¡Te quedas con el artículo!

—¡Pero yo no quería vendértelo! ¡Ya tengo mi artículo! Voy a escribir sobre las nuevas voces femeninas del momento —protestó viendo peligrar de nuevo su ansiado reportaje por culpa de su boca.

—Y lo harás. No son incompatibles. El de las voces femeninas será para la edición en papel de dentro de dos semanas y el de las citas para el

adelanto digital. Tendrás que trabajar un poco más, pero el trabajo duro nunca te ha asustado, ¿verdad?

Payton, durante un segundo, fue capaz de ver los engranajes de manipulación del cerebro de su jefa en acción.

—Por supuesto que no —terminó por decir apretando los dientes.

—Perfecto. Kara te dará el contacto de la gente de Perfect to me.

Probarás la app, tendrás un par de citas y escribirás el artículo para dentro de cuatro días.

Payton sintió que una losa del techo de plaquetas que cubría la sala de reuniones caía sobre ella y la aplastaba dejándola hecha un cromo pegado contra el suelo.

—Y como ya tenéis todos trabajo, os dejo. —Su jefa se levantó de la pelota, dando por zanjada la reunión. Se apresuró a salir de la sala, no sin antes poner la guinda a la reunión con sus últimas palabras—: Feliz y productivo día para todos.

## CAPÍTULO 14

—¿Así que quieres que sea tu plan B?

Sarah la miró por encima del filo de su taza de café. Habían quedado para charlar y que ella pudiese contarle su plan.

—Exactamente. Esto es un marrón. Pensé que podría centrarme solo en escribir mi artículo sobre las nuevas voces del momento y ahora tengo que tener citas.

—Con hombres guapos —la interrumpió.

—Feos o guapos es lo de menos. No quiero salir con nadie. No me apetece. Y mucho menos después escribir sobre ello. Mañana tengo que visitar las instalaciones de Perfect to me; quieren que vea dónde y cómo han creado la app. Y por la noche ya tengo la primera cita.

—Tu trabajo cada día me parece más idílico. Tendría que haber optado por el periodismo en lugar de dedicarme a las ventas.

—Eso mismo me dijo Eric cuando salimos juntos —dijo, y aunque no lo pretendió, se le escapó una sonrisa boba al recordarlo.

El gesto no pasó desapercibido para Sarah, que entornó la mirada para escrutarla.

—¿Qué tal con los chicos? —le preguntó de repente.

Payton se enderezó en la silla, sorprendida por el cambio de tema.

—Bien... bien. Son un encanto. Se portan muy bien conmigo. La verdad es que nunca pensé que vivir con dos hombres fuese a ser tan sencillo y divertido.

—Como dos hermanos mayores...

El gesto de repelús de Payton provocó una carcajada en Sarah.

—¡Nooo! Para nada son como mis hermanos. Son más... unos colegas guais.

—¡Ya! Eso pensaba —dijo alzando un par de veces las cejas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida por el tonito que había usado su amiga.

—Nada. Que... en la fiesta, Daniel parecía un niño con un flamante juguete nuevo que quería mostrar a todo el mundo. Y Eric el niño celoso

que quería quitárselo en cuanto se diese la vuelta.

Payton abrió los ojos desorbitadamente.

—Te equivocas, ¡no es así en absoluto!

—Daniel es entrañable y cariñoso, y creo que un buen y leal amigo. Y

Eric es... —Sintió que le ardían las mejillas—. Eric es Eric. No hay forma de describirlo bien, pero ya lo conoces.

—Sí, ya lo conozco. Ese es el problema. No me creo que no haya intentado ligar contigo. Matt estaba bastante preocupado por eso y les hizo prometer que se portarían como caballeros. Pero a Eric no se le da bien acatar órdenes, ¿sabes? Yo no las tenía todas conmigo.

—Pues... te equivocabas. Lo cierto es que sí se ha portado como tal. Él me curó la mano —dijo mostrándole la venda que aún tenía que llevar—.

Y bueno, tampoco es que lo vea tanto. El tiempo que pasamos los tres es divertido y relajante. No hay malos rollos ni malos entendidos.

—Bueno, pues eso es perfecto, ¿no?

—Sí, perfecto —dijo en un tono aderezado con algo parecido a la decepción que la sorprendió hasta a ella. Durante un segundo se quedó en silencio mirando su café.

—Bueno, entonces cuéntame, ¿en qué consiste ser tu plan B? —le preguntó Sarah sacándola de sus pensamientos.

—Pues para empezar, en geolocalizarme. Quiero dar el enfoque al artículo de la seguridad ante todo. Muchas mujeres usan este tipo de apps para citas y al final se encuentran con tipos indeseables de los que se tienen que desprender. A veces con una excusa vale, pero otras se ponen pesados. La noche se puede torcer y quiero dar ideas para salir airada de una situación tan incómoda como esa. De momento tengo... —dijo sacando una libretita de su bolso y tras pasar un par de páginas, se puso a leer—: Contratar un servicio previo de transporte tipo UBER con direcciones predeterminadas y horas de recogida, test rápidos de drogas para hacer en el momento y comprobar así que no te han echado nada en la bebida, sacarse un selfie con el tipo y mandárselo a tu amiga al principio de la noche —dijo señalándola, y así dándole a entender que era la amiga en cuestión—. Estaba pensando incluso en pedirle el carnet y fotografiarlo también, pero eso igual le da la sensación de que la psicópata soy yo,

¿verdad?

Sarah que la miraba con los ojos muy abiertos, asintió vigorosamente.

—Sí, puede que un poco sí.

—Ya, eso pensaba —dijo Payton y, tras chasquear la lengua contra el paladar, tachó esa idea de su lista con el boli—. Bueno, pero creo lo de la geolocalización no lo quito. Necesito que te instales esta app en el móvil

—le dijo mostrándole la pantalla del suyo —, así metemos nuestros números y siempre sabrás dónde estoy.

—¿Y si el tipo te quita el móvil antes de raptarte? —le dijo Sarah más en broma que en serio.

—Es cierto, pero lo de la implantación de un chip subcutáneo no entra como gasto para pagar con la tarjeta de la empresa.

—¡Payton!

—¿Queeeeé?

Sarah la miró tan alucinada que Payton empezó a darse cuenta de que el tema de la seguridad quizá se le estaba yendo de las manos.

—¿Todo esto es por el tipo asqueroso que te espiaba?

Abrió tanto los ojos que creyó que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Te lo ha contado Matt?

—Yo averigüé algunas cosas, por retazos de conversaciones que escuché con su hermana. Y tuvo que confesar el resto cuando le pregunté.

No te enfades con él, soy muy persuasiva.

Payton se dejó caer contra el respaldo de la silla y suspiró. Después negó con la cabeza encogiéndose de hombros.

—Bueno, da igual, ya empieza a saberlo todo el mundo. A Eric se lo conté la otra noche...

A Sarah le sorprendió que hubiesen llegado a tener tanta confianza como para que ella le revelase algo tan íntimo.

—Es bueno que lo sepan los chicos.

—Sí, pensaba contárselo también a Daniel cuando fuese el momento adecuado. Pero, en fin —sacudió la cabeza otra vez como si intentase despejarse—, que puede que esté un poco obsesionada con la seguridad después de lo que me ha pasado.

—No es para menos. Muchas otras mujeres se habrían vuelto locas.

Eres muy fuerte.

—Pequé de confiada, y no quiero que otras lo hagan también y paguen un alto precio.

—Lo veo muy bien. Este artículo puede ayudar a muchas mujeres. No hay que obsesionarse ni dejar que la cautela te impida vivir, pero sí está bien tenerla y usar las herramientas que tenemos a nuestro alcance. Yo pienso apuntar a las niñas, en cuanto tengan un poquito más de edad, a clases de defensa personal.

—Mi padre me obligó a tomar clases cuando tenía trece años y empezó a ver que los chicos me miraban por la calle —dijo riendo— Y ahora que lo pienso, jamás se lo agradecí lo suficiente.

—Deberían ser obligatorias —señaló Sarah, que ahora que tenía a su cargo a dos niñas preciosas, pensaba cada día en los peligros a los que tendrían que enfrentarse.

—Es cierto... Creo que será lo siguiente que proponga a mi jefa. Que nos den una clase de defensa personal a los empleados, en lugar de tantos cursos sobre cómo elegir tus accesorios, meditación y chorradas de esas.

Ambas se echaron a reír.

—Y yo que pensaba que cuando te referías a que fuera tu plan B

querías que te llamase a mitad de la cita y, si no estabas a gusto, te diese una excusa para marcharte. O que fuese a buscarte inventando una emergencia familiar si al tipo le olía el aliento o no dejaba de hablar de su madre.

—Bueno, ese era el siguiente punto de mi plan.

—¡Ya me extrañaba a mí! —dijo Sarah.

Y ambas rompieron nuevamente a reír.

## CAPÍTULO 15

Payton se miró en el espejo una última vez. Había elegido para esa noche unos pantalones negros ajustados y un top confeccionado con un tejido de pelo, también negro de manga corta, que le parecía una monada.

Lo acarició con la palma, frente al espejo, y cerró los ojos disfrutando de su suavidad. Toda de negro parecía un poco gótica, más con su larga melena oscura y suelta, hasta más de la mitad de la espalda, pero le daba igual. Tampoco era una cita de verdad. Solo trabajo, se dijo, por eso estaba obligada a quedar con ese tipo. Tomó su móvil de encima de la cama y abrió de nuevo la aplicación. En primer plano la recibió la foto de su cita de esa noche. La descripción era tan anodina como todas las que había visto en los dos últimos días. No le decían nada porque parecían anuncios replicados. Ahora todos los hombres eran iguales. A todos les gustaban las pelis románticas, los amaneceres, no tenían miedo al compromiso, practicaban algún deporte de riesgo, eran grandes lectores y amantes de la familia.

Puso los ojos en blanco y volvió a lanzar el teléfono sobre la cama. Se llevó las manos a la nuca e intentó una vez más abrocharse la cremallera que cerraba la prenda por la espalda, pero no lo logró. Terminó por salir resoplando del cuarto, buscando ayuda, pues se le estaba haciendo tarde.

Pero cuando llegó al salón, solo encontró a Eric tumbado en el sofá. Miró a un lado y a otro, pero no había rastro de Daniel.

—¿Y Daniel? —preguntó sorprendida. Si uno de los dos tenía que tocarla, prefería que fuese él, su amable e inofensivo amigo.

—Ha salido, ¿puedo ayudarte yo? —le dijo sin mirarla mientras daba vueltas al último número de Revolution, como si buscara un mejor ángulo para leerla.

—¿Qué haces? —le preguntó acercándose, llena de curiosidad.

—No sé si yo recuerdo la número tres exactamente así... —dijo mostrándole la foto en cuestión en la que se veía al modelo que había usado para ilustrar su artículo, a punto de lamer la sal de antes del tequila, directamente del vientre de la chica—. Creo que tú estabas en otra postura,

era algo más como... —empezó a arquear la espalda, intentando imitarla, haciendo el payaso.

Al rubor que sintió Payton al verlo inspeccionar el artículo que él mismo había inspirado, lo acompañó una mueca en la que, para evitar sonreír, tuvo que morderse el labio.

—Deja de hacer el tonto —le dijo estirando la mano para quitarle la revista, pero Eric, riendo, la alejó de ella.

—Nooo, este tío no se me parece en nada, ¿de veras es modelo? —

Señaló levantándose del sofá—. Yo tengo el doble de abdominales que él.

—Volvió a evitar que cogiera la revista. Con la otra mano se levantó el filo de la camiseta y le enseñó la perfecta tabla de abdominales, pétreos y perfectamente esculpidos, que ella ya sabía que tenía.

Tragó saliva y dio un paso atrás, al sentirse tentada de alzar la mano y tocar.

—No somos tú y yo —repuso a media voz.

—Desde luego que no.

Ambos se quedaron allí, contemplándose, anclando sus miradas por primera vez a solas desde la noche de la fiesta. ¿Cómo podía ser una sola mirada tan excitante? ¿Cómo podía provocar una revolución completa en su cuerpo?

—¿Tú también sales? —le preguntó él de repente revisándola de arriba abajo— Creí que cenaríamos juntos.

—Tengo una cita —confesó, y al momento quiso golpearse la frente por decirlo así. Él arqueó ambas cejas de una forma que no supo interpretar.

—No es una cita en realidad...

—No tienes que darme explicaciones —repuso en tono gélido.

—Claro que no, y no lo hago, pero es que no lo es. Tengo que probar una app de citas para mi siguiente artículo de la revista —se explicó a toda prisa, mientras se preguntaba por qué lo hacía.

Eric puso las manos en las caderas y sonrió de medio lado. Aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—Ese trabajo tuyo es una fiesta tras otra. —A pesar del gesto, Payton creyó ver tensión en su mandíbula, pero ¿qué motivo podría tener para estar molesto? Seguro que eran imaginaciones suyas—. ¿Y vas a llevar eso puesto?

La pregunta hizo que se repasara de arriba abajo buscando qué problema tendría su conjunto.

—¿Qué pasa? Creo que me favorece.

«Demasiado», pensó Eric que en cuanto había posado los ojos en ella, había tenido que empezar a hacer bromas con la revista para no saltarle encima.

—Parece que has asesinado a un peluche y te lo has colgado encima —

dijo sin el menor atisbo de sentir remordimientos por estar mintiendo bellacamente.

—¡Mierda! Se me está haciendo tarde y ahora tengo que buscar otra cosa —bufó alzando los brazos y quitándose la prenda por la cabeza—.

Bueno, puede que no sea tan mala idea, no tiene forro y por dentro pica un poco.

Eric tragó saliva e intentó mantener el gesto impasible a pesar de la sorpresa. En sus retinas quedó grabada a fuego la imagen de sus senos contenidos en el sujetador de encaje negro que se había puesto para su no-cita. Apenas tuvo tiempo de recrearse porque ella fue corriendo a su habitación a cambiarse.

Maldijo entre dientes cuando ella desapareció. Caminó hacia el pasillo y allí se detuvo con el ceño fruncido. ¿Una cita? ¿Él estaba manteniendo las distancias porque ella no estaba preparada para pensar en hombres y ahora salía con un tipo por un artículo? Se pasó las manos por el rostro con frustración. Daniel le había dicho que iba a salir esa noche y ni siquiera había querido ir con él, para poder estar a solas con ella. Llevaba días pensando en cenar juntos y tal vez ver una película y un rato de charla con unas cervezas. Sabía que no

podía ir a más, pero le bastaba con eso, de momento.

De repente, la cabeza y uno de los hombros desnudos de Payton asomaron por la puerta de su cuarto. Se enderezó rápidamente, disimulando su frustración. Ella pareció, por un segundo, sorprendida de verlo allí pero aun así habló.

—¿Te has enterado de lo del padre de Sarah? —le preguntó antes de volver a meterse en su cuarto y seguir vistiéndose con la puerta abierta. Él no se movió del sitio.

—Sí, me lo ha contado Matt.

—No tenía ni idea de que la Señora Fleming era la dueña de toda la novena planta. Sarah me contó que fue su marido el que construyó este edificio y que ella solo ha estado alquilando dos de los tres apartamentos de los que consta. El cuarto lo tenía reservado como trastero para guardar cosas, pero al saber que el señor Patterson se marchaba porque buscaba apartamento, se lo ha alquilado con renta baja. Sarah está súper contenta con la noticia.

—No me extraña. Lo están ella, las niñas y todos los vecinos —dijo apoyando la espalda en la pared—. Jeff es muy querido en esta comunidad.

La verdad es que incluso yo no era capaz de imaginarme este edificio sin él. ¿Sabes que fue quien me enseñó a montar en bici?

—¿En serio? —preguntó ella desde el interior de la habitación, con voz de estar forcejeando con su ropa.

—Sí. Mis padres me habían regalado una bici por navidad, pero mi padre no había tenido tiempo de enseñarme a montarla. La bajaba todos los días en el ascensor y esperaba en la recepción a que regresase del trabajo para ver si tenía tiempo de hacerlo. El señor Patterson me veía, día sí día también, allí con mi bici, sentado en el banco. Pero un día se detuvo y me dijo: «La persistencia es la mejor de las virtudes». Recuerdo que lo miré sin entender lo que quería decirme, pero él añadió: «Vamos, tengo un rato antes de la cena. Hoy vas a aprender a montar». Y así hizo que ese se convirtiese en uno de los mejores días de mi vida.

—¡Vaya! Es una gran historia. —Oyó Eric que le dijo Payton, al tiempo que salía de la habitación.

La respuesta que iba a darle quedó congelada en sus labios al verla con su nuevo modelito. Un vestido negro, por encima de la rodilla que se ajustaba a cada una de sus preciosas curvas. Era sencillo, elegante y sexi.

Se quedó sin habla.

—¿Y ahora? ¿Te gusta más este? —le preguntó esperanzada. Se vio a sí mismo, aún conmocionado, pero asintiendo con la cabeza.

Payton sonrió complacida y volvió a entrar en la habitación.

Eric percibió el aire más denso y pesado. Caminó hacia la puerta y desde el dintel le dijo, con cierta desesperación anidada en el pecho:

—No sé por qué te arreglas tanto para una cita de mentira.

Ella, de espaldas a él, se calzó los tacones manteniéndose en silencio.

—De hecho, si salieses conmigo esta noche...



Payton se dio la vuelta y enlazó la mirada con la suya, aguardando que continuase.

—Si saliésemos, no tendrías que hacerlo. Y no es que no me guste, es evidente que estás... espectacular —dijo tras tragar saliva, señalándola—, pero a mí me daría igual que llevases ese vestido o un disfraz de Bob Esponja.

Sarah no pudo evitar sonreír, pero él siguió hablando.

—Lo importante es que fueras...

La frase quedó a medias cuando el teléfono de Payton comenzó a sonar con insistencia. Ella miró la pantalla y tras morderse el labio inferior dijo:

—Es mi UBER, tengo que irme —dijo en voz queda.

—Claro... no lo hagas esperar —repuso él. Y tras echarle un último vistazo, se alejó del marco de la puerta. Un segundo más tarde, Payton lo oía cerrar la de su habitación.

Intentó suspirar, pero el aire apenas llenó sus pulmones, y necesitando volver a recuperar el control de su cuerpo, cogió su bolso y salió de la habitación y del apartamento.

## CAPÍTULO 16

Frente al ascensor se preguntó qué acababa de pasar. ¿Había intentado Eric decirle algo? ¿Eran imaginaciones suyas? Cada vez que estaba a su lado, emocionalmente era como subirse a una montaña rusa. Se llevó una mano al estómago como si estuviese en plena caída, tras alcanzar la cumbre más alta. Dudó si regresar al apartamento, pero en ese momento las puertas del ascensor se abrieron, recibíendola.

—Buenas noches, señora Fleming. Lucifer... —dijo entrando e intentando disimular su ánimo frente a la anciana y el bicho de su gato, porque cada vez que coincidía con ellos, ambos parecían escrutarla como si pudiesen leer en su interior.

La mujer la observó con reserva, poniendo especial interés en la sonrisa forzada que mostraba.

—Buenas noches, vecina —terminó por saludarla.

Payton se colocó junto a ella, con la barbilla alta, pero no se le escapó el examen al que la estaba sometiendo.

—Parece usted a punto de vomitar. No iré hacerlo en el ascensor, ¿verdad? —dijo arrugando aún más su anciano rostro.

Payton dejó salir el aire de sus fosas nasales con lentitud, pero mantuvo la sonrisa, constriñendo el gesto.

—Por supuesto que no, pero es muy amable preocupándose tanto por mi estado de salud. No me extraña lo que se dice de usted...

Su insinuación causó el efecto que buscaba, porque la anciana apretó el gesto espantada.

—¿De mí? ¿Quién podría hablar de mí? —preguntó ofendida.

—Todo el mundo. Dicen que, además de ser usted el alma de este edificio, es una bellísima persona.

—No me tome por tonta, por favor. ¿Quién podría haber dicho algo semejante?

Payton leyó la curiosidad en su mirada, y estuvo segura de que, aunque le gustase granjearse su fama de arpía, era todo una formidable fachada.

—Señora Fleming, no solo usted está al tanto de todo lo que sucede en el edificio. Y después de lo que ha hecho por el señor Patterson, dudo que vaya a poder seguir con su papel de bruja infame. Todos sabemos que tiene un corazoncito de oro ahí dentro.

Señaló su pecho y aprovechando que en ese momento se abrieron las puertas, salió para dejarla con su turbación.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, Lucifer —se despidió y acompañada del repiqueteo de sus tacones, salió del edificio tras despedirse también de Irvin. Este, después de más de treinta años trabajando allí como portero, tuvo el privilegio de ver, por primera vez, a la señora Fleming sin palabras.

\*\*\*

Payton llegó al restaurante con diez minutos de retraso. Había dejado que él eligiera la cita ya que para ella no era real. Y no se le ocurría ningún plan apetecible que hacer con un completo extraño. Así que hizo *click* en la casilla de «mi cita perfecta es la que elija el chico perfecto. Me gusta que me sorprendan». Era una tontería, pero quería ver qué cosas eran las que sugerían los de la app para esas primeras citas a los chicos. ¿Habría diferencia entre lo que ofrecían a hombres y mujeres? Con esa y otras preguntas, entró en el restaurante italiano en el que había sido citada. Uno coqueto, pequeño, con mesas íntimas y la palabra romántico escrito en cada rincón. Pensó que solo le faltaban los violines un segundo antes de que un violinista saliera de la nada y se acercara a amenizar una de las mesas del final de la sala. Sonrió con pereza. La escena era tan típica que parecía sacada de una película. Mucho más al ver que de la única mesa ocupada por una sola persona, se levantaba un hombre de treinta y pocos años vestido con pantalones oscuros y una camisa celeste, que la miró embobado con una rosa en la mano. Sí, aquella era su cita. Ahora solo tenía que ver qué le deparaba la noche e intentar durante unas horas no pensar en Eric.

«Intentar no pensar en Eric, intentar no pensar en Eric», se repitió de camino a la mesa, dibujando una sonrisa cortés en sus labios.

La sonrisa le duró quince minutos, tras los cuales estaba soberanamente aburrida de oír hablar de lo buena que era la app y de las experiencias que había vivido Izan, su cita, desde que estaba registrado en ella. Se preguntó qué clase de hombre relataba con tanto detalle los encuentros que había tenido con otras mujeres si pretendía ligársela a ella, hasta que se vio iluminada y se oyó responderse a sí misma: «Uno que trabaje para la app».

Se levantó de la silla formulando una excusa vana y fue hasta el baño. Allí apoyó ambas manos sobre el lavabo y se miró en el espejo. Se había arreglado para una cita de mentira, sin saber cuánto lo era en realidad. No tenía dudas, la app había querido asegurarse una buena crítica engañándola y manipulándola, pero antes de hacer saltar la liebre sobre sus malas artes, tenía que cerciorarse. Sacó el móvil del bolso y buscó en diversas publicaciones online información sobre la empresa. Tuvo que descartar decenas de artículos y fotografías del personal, hasta que dio con la prueba que buscaba: Una foto grupal del equipo de informáticos que la había diseñado y en la que se podía reconocer al hombre que la esperaba en la mesa. Izan Dawson, ingeniero de telecomunicaciones y uno

de los principales accionistas de la sociedad que la había creado.

Apretó las mandíbulas, no le molestaba tanto el tiempo perdido como el hecho de que hubiesen intentado manipular su artículo. Habían jugado con su trabajo. Se sintió furiosa y tentada de salir y vaciar su copa de vino sobre la cabeza de ese imbécil. Pero en lugar de eso cogió su móvil, abrió su aplicación de mensajes y escribió con decisión y una sonrisa maléfica, el mensaje que con suerte le iba a salvar la noche.

\*\*\*

Eric estaba tirado en el sofá, haciendo que veía una película malísima que ni siquiera sabía por qué la había elegido. En realidad, en lo último que pensaba era en la maldita programación pues, cada pocos minutos, su mente lo llevaba a preguntarse cómo le estaría yendo la cita a su compañera de piso. Tenía que haber impedido que se fuera, haberse acercado a ella, haber cogido su precioso rostro entre las manos y haber besado esa boca que lo tenía trastornado desde la noche en que la probó.

Tenía su sabor, el juego de su lengua y la suavidad de sus labios,

memorizados. No había imaginado de qué manera hasta que vio que las semanas pasaban y esos besos seguían persiguiéndolo día y noche. Tenerla allí en su casa, paseándose con sus modelitos, riendo por las mañanas mientras se tomaba un café con Annete, preparando su repugnante pollo al limón, dejando sus cremas por todo el lavabo o enlazando esa impresionante mirada azul con la suya, era tortuoso. Pues en todos esos momentos quería comérsela a besos.

Y eso estaba mal, muy mal.

Porque hacía años que no quería más que un par de noches de diversión con cada mujer que llamaba su atención. Le bastaban aquellas horas y su trabajo para sentirse completo. O al menos eso pensaba hasta el momento, porque una persona que está deseando todo el día algo que no tiene no está completo, ¿verdad? Esa pregunta lo había estado atormentando desde hacía un par de días. Y no sabía con quién hablar del tema.

No podía hacerlo con Matt, que le había hecho prometer que no se acercaría a ella. Ni con Daniel, que estaba muy raro últimamente. Solo de pensar en hacerlo con Carla le entraba dolor de estómago. Ella seguro que se burlaba de él y le soltaba un par de borderías de las suyas. Y no le quedaba nadie más. Tal vez Annete, que era lo más parecido que tenía a una madre, pero jamás había hablado con ella sobre mujeres, y menos sobre una a la que ella conociese y a la que parecía tener aprecio. Corría el riesgo de que, con su expediente en cuanto a relaciones, le aconsejase apartarse de ella.

No, tampoco iba a hablar con Annete. Sarah podía contárselo a Matt y por lo tanto también estaba fuera de la ecuación. Y una vez más, solo podía escuchar al diablillo que le martilleaba la cabeza repitiéndole incesantemente que cayese en la tentación. Tal vez tenía que dejarse de tonterías, tantear si ella estaba lista o no, y tirarse a la piscina.

Sintió cierto alivio ante esa posibilidad, como si se hubiese quitado un peso de encima. Sonrió. Pero la euforia solo le duró un segundo porque en ese momento sonó su teléfono.

CAPÍTULO 17

Regresar a la mesa y aguantar estoicamente otros treinta minutos de descripciones sobre lo fantástica que era la app, fue tortuoso. Aún más sosteniendo la sonrisa en sus labios, como si realmente estuviera interesada, cuando en lo único que podía pensar era en que aquel cretino había estado a punto de poner en riesgo su trabajo, su profesionalidad. Y

porque no estaba interesada. ¿Qué habría pasado si hubiese ido hasta allí con la ilusión de encontrar a su alma gemela? Frunció el ceño, sin querer, pero es que era muy difícil mantener el gesto de estar encantada de la vida, perdiendo minutos de su vida allí sentada con él.

—Perdona, ¿no te gusta el buceo? —le preguntó él cuando vio su cara.

Buceo... así que era de eso de lo que estaba hablando. No le parecía mal lo del buceo, pero no con ese gusano, desde luego. Estaba a punto de inventar una respuesta, la que daría una chica contenta con aquella cita, cuando la puerta del restaurante se abrió con violencia y se vieron interrumpidos de la forma más escandalosa.

—¡Oh! ¡Qué bonito! Sí... señor... —oyeron, y ambos se giraron hacia la entrada.

—¡Eric! —exclamó Payton.

Su sorpresa fue mayúscula al ver que era él el que acababa de entrar. Se quedó muda, con la boca abierta como una boba. Más cuando lo vio acercarse aplaudiendo. Palmadas fuertes, con un ritmo lento, cargado de sorna.

Payton pestañeó repetidamente como si estuviese entrando en shock.

—¿Quién es este hombre? —preguntó su acompañante, confuso. Hizo ademán de levantarse, pero su compañero de piso posó una mano sobre su hombro, instándolo con firmeza a permanecer en su asiento.

—Es mi... —quiso contestar, pero es que estaba tan alucinada de que estuviera allí, que intentar encajar las piezas ocupó toda su mente.

¿Qué hacía allí? ¿Y qué pretendía?

—La pregunta en realidad es, ¿quién eres tú? —preguntó Eric inclinando el rostro hacia su acompañante.

—¿Yo? ¡Eso no le importa! Está interrumpiendo nuestra cita.

—¿Esto es una cita? —volvió a intervenir Eric, que aún no la había mirado ni una sola vez, completamente centrado en su acompañante— ¿Y

lo sabe tu mujer?

Payton se echó hacia atrás, contra el respaldo. Dejó de mirar a Eric para fijar su mirada acusatoria en Izan. «¿Estaba casado?».

—¿Quién demonios eres, y cómo sabes eso?

—¿Entonces es cierto? —preguntó ella alucinada.

—Sí... no... —balbuceó el acusado.

—Y tanto que sí. Aquí tengo las pruebas.

Eric alzó la pantalla de su móvil hasta colocarla frente al rostro de Payton. Apenas le dio tiempo a ver el perfil del tipo en Facebook, y varias fotos suyas con una mujer y un par de

niños. Abrió los ojos desorbitadamente. Eric después colocó la pantalla frente al rostro del tipo que se quedó blanco como el papel.

—¿Qué aplicación de mierda es esa que te prepara citas con hombres casados? —La mirada de Eric se clavó en la suya.

Por un momento, aún alucinada, no supo qué contestar, hasta que Eric le guiñó un ojo y vio cómo sus labios se fruncían intentando contener una carcajada. Y entonces entendió lo que él estaba haciendo.

—¡Tú lo has dicho, una aplicación de mierda!

—dijo ella levantándose muy digna—. ¡La peor que haya visto jamás!

Desde luego. Y sin duda todo el mundo se enterará de esto. —Tuvo que recordar sus años en el teatro del instituto para representar el gran papel de su vida, el de la chica decepcionada, ofendida y airada que se marchaba con la barbilla alta.

Dejó que Eric la tomara de la mano y ambos salieron corriendo de allí hacia la calle. En cuanto estuvieron en la acera, ambos rompieron a reír a carcajada limpia, aunque siguieron corriendo durante varios minutos más, hasta que llegaron a la esquina. Nada más girarla, Payton se apoyó en la pared, inclinándose hacia adelante y sujetándose el vientre, que le dolía por la risa. Eric se colocó a su lado.

—Eres buena actriz —dijo con orgullo.

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó sacudiendo la cabeza.

—He venido al rescate. Soy tu plan B.

—Sarah era mi plan B —indicó enderezándose para mirarlo a los ojos.

—Lo sé, pero Tammy está con fiebre y se la han llevado al hospital.

Matt está con ella.

—¿Tammy está con fiebre? —lo interrumpió preocupada.

—Sí, pero no es nada grave. Un catarro. Enseguida volverán. Pero cuando Sarah recibió tu mensaje me llamó para que la sustituyera. Me pasó todos los datos que le habías dado del tipo y pensé buscarlo en Google. Dar con su perfil ha sido como un regalo caído del cielo —dijo colocándose de lado, para enlazar la mirada con la suya.

Payton apretó los labios para no caer en la tentación de morderse el inferior al verlo sonreír satisfecho. Esa sonrisa sexi y embaucadora que tanto le gustaba, la dejó hipnotizada durante un momento.

—Pues gracias... me has salvado de una buena. Ese tío era un auténtico cretino. Mucho más de lo que imaginaba cuando solo creía que me estaba manipulando para que escribiera todo tipo de bondades sobre su app de citas.

—Es cierto, tenía que haberle dado un puñetazo —bromeo él.

—No merece la pena. Podrías haberte roto esas bonitas manos de cirujano defendiendo mi honor —dijo ella tomando una de sus manos.

Antes de darse cuenta, los dedos masculinos estaban entrelazados con los suyos. Se quedó sin respiración cuando él se colocó frente a ella y la distancia entre sus cuerpos se redujo a

unos centímetros.

—Me habría roto las dos manos por ti.

Su voz sonó tan grave, tan necesitada e íntima, que creyó cada una de sus palabras. Tragó saliva y dejó que su mirada descendiera hasta sus labios. Estos ya no sonreían y, sin embargo, seguían pareciéndole igual o incluso más apetecibles.

Tentación.

La palabra apareció en su mente candente y provocadora. Se apartó un poco de la pared, lo justo para acortar aún más la distancia entre ellos y que casi pudiesen rozarse. ¿A quién quería engañar? Se moría por besarlo.

Y por la forma que tenía de mirarla, él también. Uno, dos, tres segundos eternos pasaron sin que ninguno dijese nada, saboreando el momento previo a dejarse llevar y hacer que todo ardiese en llamas. Y de pronto...

—¿Te apetece un helado?

La pregunta de Eric, mientras daba un paso atrás poniendo distancia entre los dos, hizo que parpadeara un par de veces confusa.

—No has llegado a tomarte el postre y siempre dices que es el único plato imprescindible en una comida.

—Eh... claro. Sí, es verdad, eso digo siempre. —Intentó que su tono sonase despreocupado, pero en su interior una voz gritaba: «¿Qué demonios ha pasado?» Ella se había sentido tentada de besarlo y se habría apostado su mejor par de botas a que él también. Pero no, no había sido así. No solía fallar de esa manera.

—Hay una heladería aquí cerca que está bastante bien —siguió diciendo él comenzando a caminar. Payton se dio cuenta entonces de que, a pocos metros en la acera, estaba aparcada su moto.

Lo siguió preguntándose si todas las ocasiones en las que había creído ver esa química sexual en su mirada, solo lo había imaginado.

—Tienen el mejor helado de *cheesecake* del mundo —continuó delante de ella. Lo vio sacar las llaves de uno de los bolsillos de sus vaqueros y abrir las maletas traseras de la moto en las que guardaba los cascos.

¿La habría metido él en la *friend-zone*?, siguió ella con su discurso mental. Aquella posibilidad la dejó paralizada a un par de pasos de la moto, aunque no sabía por qué. ¿Acaso no era lo que había estado intentando hacer ella todo ese tiempo?

Frunció el ceño al tiempo que él le ofrecía uno de los cascos.

—Tienes que ponértelo —le dijo él malinterpretando su gesto.

—No quiero —repuso ella muy seria.

—¿Cómo que no quieres? —preguntó Eric sin entender lo que estaba pasando.

—Que no quiero —repitió, cruzándose de brazos.

Y no tenía nada que ver con el puñetero casco. El casco le daba igual.

No quería que la colocase en la maldita zona de amigos. ¿Y si al hacerlo dejaba de enlazar la

mirada con la suya? ¿Y si empezaba a llevar chicas al apartamento y tenía que oír cómo se acostaba con ellas a través de la pared? ¿Y si...?

—¿Qué te ocurre? ¿No quieres ir a comer un helado? Iremos a tomarnos unas cervezas. ¿No quieres unas cervezas? Iremos a casa y nos tiraremos en el sofá a ver alguna tontería en la tele y comeremos palomitas. Solo dime qué es lo que quieres.

Payton sintió la subida de la montaña rusa, ese momento en el que la atracción se mueve muy despacio, haciendo que temas cada segundo que precede a la caída, provocando que seas consciente del peligro que te acecha, que hace que bombee tu corazón con tanta fuerza que sientes el latido en los oídos. Empiezas a marearte y sabes que de un momento a otro perderás el control. Y entonces, sin más, cerró los ojos y se dejó caer. Los volvió a abrir, sintiendo la adrenalina corriendo por sus venas, y dijo:

—Quiero que me beses.

## CAPÍTULO 18

—¡¿Un mes de prueba?!

Cuando él no la besó en ese mismo instante y le propuso ir al apartamento directamente, toda una serie de opciones se pasearon por su mente, desde que quería despacharla en privado a que tenía prisa por llegar a casa para desnudarla y tener sexo salvaje. Esta última opción fue a la que más tiempo dedicó mientras se abrazaba a su espalda y atravesaban la ciudad en su moto en mitad de la noche, con el aire templado acariciando sus piernas y revolucionando su melena que le azotaba la espalda.

Cada vez que la moto frenaba en un semáforo y ella chocaba contra su espalda, pensaba en sexo. Y cuando volvía a arrancar, aceleraba y tenía que aferrarse a él con fuerza, pensaba en sexo. Mucho más cuando posó una mano en su rodilla para avisarle de que iba a tomar una curva pronunciada y debía sujetarse con fuerza. Pero lo último que imaginó fue que, tras llegar al apartamento, la invitaría a sentarse en el sofá junto a él y le dijera que debían tomarse un mes de prueba.

—¿Qué... qué quiere decir eso? —preguntó tan confusa que no le salían ni las palabras.

—He estado pensando mucho en nosotros...

Eso sí que era una sorpresa.

—¿Lo has hecho? ¿Has pensado en nosotros? ¿En ti y en mí... juntos?

—preguntó alucinada.

Eric sonrió con ese gesto suyo que le secaba la boca y alteraba su pulso.

—Sí, lo he hecho... —quiso continuar a pesar de su interrupción, pero ella tenía más dudas.

—¿Desde cuándo? —curioseó con una sonrisa.

Él resopló, pero imitó su gesto.

—Para ser sincero, desde la segunda vez que te vi...

—¿En el bar? ¿Esa noche?

—¡Dios! ¿Es que no piensas dejarme hablar? ¿Cómo quieres que te cuente lo que pienso si

no me dejas hacerlo?

—Perdón, perdón, es que... me sorprende. Pero tienes razón, prosigue

—lo invitó a hacerlo con un gesto de su mano.

Eric cabeceó y, tomándole una mano, intentó explicarse de nuevo.

—Me gustas. Me gustas mucho, muchísimo de hecho. Y eso es nuevo para mí. Desde hace años no estoy acostumbrado a tener relaciones a menos que sean esporádicas. Podríamos tener sexo ahora mismo, arrancarnos la ropa y hacerlo hasta perder el conocimiento...

Aquella idea hizo que Payton se mordiese el labio inferior. Eric miró su gesto un segundo y cabeceó negando.

—Pero no podemos hacerlo —declaró

—¿Por qué no? —preguntó molesta.

—Porque no eres una chica de una sola noche en un bar. Porque vivimos juntos, y porque... me gustas —repitió como si esa declaración lo liberara de algo—. No quiero que las cosas se estropeen por una noche de sexo. Imagina que luego las cosas se tuercen y no podemos ni vernos ni, mucho menos, vivir juntos.

Sabía a lo que se refería, era lo que había estado evitando ella todo ese tiempo, pero por alguna razón ya no quería pensar más. Ansiaba tirarse por esa maldita montaña rusa y que le diese tantos viajes como su cuerpo pudiese soportar. Pero una parte de su mente, la que no estaba cachonda en ese momento, sabía que él tenía razón.

Resopló dejando caer los hombros con pesar.

—Tú también me gustas —dijo abatida.

—Dicho así, con tanto entusiasmo, resulta de lo más halagador.

—No pretendía que te sintieses insultado, pero cuando te he dicho que quería que me besaras, la verdad, no esperaba esto. —Bufó—. Y no sé si quiero oír el resto si no vas a besarme en un mes —protestó.

—¿Quién ha dicho que no vaya a besarte?

Payton se irguió en el sofá, rápidamente.

—Quiero que salgamos durante un mes. Que nos conozcamos más, que tengamos citas y que averigüemos si merece la pena arriesgar lo que tenemos y el buen rollo que hay entre nosotros por incluir el sexo en la ecuación.

Payton ladeó la cabeza, intentando entender lo que le quería decir.

—Nunca he tenido una amiga con la que no me haya acostado.

—¿Y Carla?

—Carla es lesbiana. Le gustan las mujeres, lo que la puso automáticamente fuera de mi radar. Me gusta soltarle bromas para sacarla de quicio, aunque no van en serio. Pero en cuanto a nosotros... Tú has pasado por mucho estos meses y si las cosas van mal no quiero que sientas que tienes que volver a buscar la estabilidad en otro lugar. Quiero que estemos bien, que me conozcas. Por una puñetera vez en mi vida no quiero ser egoísta y tomar lo que quiero sin pensar en las consecuencias.



—Entonces me estás pidiendo salir, pero no quieres que nos acostemos... ¿Es eso?

Payton entornó la mirada con la esperanza de haber entendido mal.

Pero entonces Eric tomó su rostro entre las manos y antes de que pudiese tomar aire, poseyó su boca sin miramientos. La sorpresa hizo que abriese los labios y la lengua masculina tomó el gesto como una invitación a invadirla. En el momento en el que sus lenguas entraron en contacto se reconocieron con codicia, empezando juntas un baile sinuoso y succulento.

Payton sintió hervir inmediatamente su vientre. El calor descendió hasta su sexo, donde se anidó en forma de palpitación creciente y demoledora.

Eric le mordisqueó el labio inferior antes de embestirla de nuevo con su lengua, con un hambre que la dejó devastada. Cada terminación nerviosa de su cuerpo le pedía más, mucho más, infinitamente más. Él gruñó contra su boca compartiendo esa misma necesidad, pero en lugar de tumbarla en el sofá y terminar lo que había empezado, sin soltar su rostro, se separó de ella.

—¿Crees que hay alguna parte de mi cuerpo que no desee hacerte mía en este momento?  
—le preguntó con la voz ronca por el deseo.

Payton, que se veía incapaz de pronunciar una sola palabra, negó con la cabeza.

—Pero no puedo hacerlo. No hasta estar seguro que de esto es lo mejor para ti, para nosotros. Quiero que disfrutes de conocernos sin que tengas que pensar ni una sola vez que estás arriesgando algo.

Sintió un nudo en la garganta. Estaba sobrecogida, consternada y confusa. Porque nadie le había dicho jamás algo semejante. Desde que le salieron los pechos, los hombres habían querido una cosa de ella por encima de todo lo demás. Y ese en concreto, el hombre más sexi del mundo, y el más mujeriego también, ahora estaba dispuesto a renunciar al sexo para que se conociesen mejor.

¿Qué debía decir ante semejante proposición? Lo miró a los ojos, esos ojos castaños plagados de motas verdes que la volvían loca. Y aunque no tuviese ni idea de en lo que se estaba metiendo, dejó que su corazón hablase por él y declaró:

—Vamos a hacerlo.

## CAPITULO 19

Payton se frotó los ojos muerta de sueño de camino al baño. La noche anterior había estado hasta tarde mensajeándose con Eric. Algo tonto, estando ambos en la misma casa, pero también lo estaba Daniel.

Empezaron con un mensaje de buenas noches y se les fue de las manos.

Tenía que haber parado mucho antes, pero cada vez que iban a despedirse, unas veces él y otras ella, el otro formulaba una pregunta y la conversación se reabría. No había escrito jamás tanto en su vida. Para ella, los mensajes eran para quedar o desquedar. Prefería hablar a estar tecleando, pero Eric conseguía que estuviese pegada a la pantalla, esperando sus respuestas como una quinceañera tonta. Se había visto a sí misma riendo frente al aparato y suspirando, algo inaudito en ella. Eran cerca de las tres de la mañana cuando se quedó finalmente dormida, y se había despertado con la cara aplastada sobre el móvil.

Tenía que despejarse cuanto antes porque le esperaba un mal día, uno horrible y nefasto

que habría deseado no tener que sufrir jamás. Se dijo que solo necesitaba una ducha y medio litro de café y estaría lista para enfrentarse a él, convenciéndose de ello mientras abría la puerta del baño.

La nebulosa al completo de su mente se despejó al instante al ver a Eric allí, materializado, con el torso desnudo y envuelto en una toalla negra.

—Buenos días, preciosa —le dijo él con una resplandeciente sonrisa.

¿Por qué estaba tan radiante después de casi no haber dormido en toda la noche?

—Lo siento, no sabía que estaba ocupado —dijo antes de intentar marcharse, pero cuando pretendió hacerlo él la tomó de la mano, tiró de su brazo y la introdujo en el baño.

Atónita vio como cerraba la puerta tras ella. Fue a besarla y Payton se tapó la boca, impidiéndolo.

—Espera, no me he lavado los dientes aún —dijo girándose hacia el lavabo. Quería ese beso, lo deseaba más que nada en el mundo, pero no podía hacerlo hasta que se hubiese cepillado los dientes.

Mientras echaba pasta en su cepillo, lo vio sonreír y cruzarse de brazos tras ella.

—¡No puedo hacerlo si me estás mirando! —protestó y apartándose el cabello a un lado, se inclinó sobre el lavabo para empezar con su concienzuda tarea.

—No hay problema, no te miraré.

Payton no tuvo tiempo de reaccionar porque sintió el brazo de Eric rodeándola por la cintura y, pegándola a su cuerpo, empezó un camino de besos desde su hombro hasta el hueco de su cuello. Con el segundo beso ya la tenía gimiendo.

—Me encanta el olor de tu piel. —Su voz sonó grave, profunda y aterciopelada, tanto como para hacerla erizarse.

Era totalmente delirante. Sintió que se humedecía otra vez, como todas las veces que él se le acercaba, que era cada vez que se veían, siempre que no estuvieran acompañados. Habían decidido ser discretos cuando estuviesen con Daniel, o cualquiera de sus amigos, hasta decidir que eso era lo que querían hacer con su relación. Incluso en esas ocasiones en las que debían aparentar que eran solo amigos, sentía que la tensión crecía entre los dos, cargando el aire de electricidad.

—No hagas eso —dijo tras escupir la pasta. No dejas que me concentre... —protestó antes de gemir de nuevo.

—Concéntrate en esto...

Colocó la palma sobre su vientre, abierta y entonces bajó unos centímetros hasta llegar al filo de sus pantalones cortos. Traspasó la frontera dejando que sus dedos largos se introdujeran bajo la goma elástica. Solo de pensar que la pudiese tocar ahí, contuvo el aliento. Hacía casi una semana que habían empezado a jugar y aún no habían llegado a esa base. Al observarlo a través del espejo, sus miradas se enlazaron de una forma que la abrasó. Eric cambió de opinión y la giró. Tomó su rostro con ambas manos, la presionó contra el mueble y devoró su boca como si hubiese tenido tanta hambre como ella.

—Sabes a menta —gruñó contra su boca.

—Y tú a café —dijo ella extasiada.

—Tú sabor favorito, qué suerte tienes. —Su sonrisa pícara la embaucó durante los pequeños besos que se prodigaban entre frase y frase.

Eric le apartó un mechón de cabello del rostro y se la quedó observando. Payton se preguntó en qué estaría pensando.

—Hoy estarás muy ocupada, ¿verdad?

—¿Cómo? —dijo confusa.

—Con tu jefa. ¿A qué hora tienes la reunión?

Parpadeó y dio un respingo.

—Madison... —bufó—. Tengo la reunión a última hora de la mañana.

Eric sonrió, cuando ella frunció el ceño. Posó una mano en su mejilla y pegó la frente a la suya, en un gesto tan íntimo que la hechizó.

—Todo va a ir bien, eres la mejor escritora... —empezó a decirle en un susurro. Pero los golpes en la puerta del baño los interrumpieron. Ambos miraron la madera, estupefactos.

—Eric, ¿te queda mucho? —la voz de Daniel se escuchó al otro lado.

Payton apretó los labios, pero él sonrió y se encogió de hombros justo antes de abrir la puerta.

—¡Hola, tío! —Saludó a su amigo con una templanza que la dejó de piedra—. Yo sí he acabado, pero Payton no. —Se apartó a un lado para que la viera.

Se sintió como cuando su padre la pilló con un chico en los establos. Y

su cara fue la misma que la de ese momento, de estupefacción. Al igual que la de Daniel.

—Me estaba quitando una espina —anunció mostrando a su amigo un dedo, mientras salía del baño—, es una máquina con las pinzas.

Cuando Daniel volvió a clavar su mirada ambarina en ella, solo pudo encogerse de hombros y cerrar la puerta en sus narices, nerviosa. Lo último que habría querido ese día era empezarlo mintiendo a Daniel. Y la culpabilidad la dejó durante varios minutos, apoyada en la madera de la puerta, muerta de remordimientos.

\*\*\*

—¿Qué es lo que he visto esta mañana? —le preguntó Daniel de repente, horas después.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Eric siguiendo con su tarea.

—Al hecho de que Payton y tú estuviéseris en el baño, al mismo tiempo.

Eric alzó la mirada del cuerpo que estaban operando sobre la camilla.

Primero desvió la vista hacia Matt, que lo observó sobre la mascarilla que

ocupaba gran parte de su rostro. No veía al completo su gesto, pero el ceño fruncido le aclaraba bastante lo que pensaba. Él resopló y desvió la vista hacia la de Daniel, que seguía

esperando una respuesta.

—Ya te dije lo que estaba pasando.

—Eres cirujano y ambidiestro, ¿desde cuándo necesitas que otra persona te saque de un dedo una espina de nada?

—¿Te has acostado con Payton? —la pregunta de Matt pareció retumbar por las paredes del quirófano. Y Eric sintió cada uno de los ojos de todo el personal allí presente. Enfermeros, anestesista y cirujanos lo miraron.

—¿Se puede saber desde cuándo mi vida sexual es un asunto a debatir en público?

—Y tú, ¿desde cuándo tienes problemas para hablar de con quién te acuestas?

Eric bufó y pidió más succión a la enfermera. Durante unos segundos, y a pesar de las miradas, se mantuvo en silencio mientras terminaba la sutura. En cuanto la finalizó, se apartó de la mesa, dispuesto a marcharse.

—No es asunto vuestro. Ni ella es una niña ni lo soy yo. Somos adultos.

Pero si os vais a quedar más tranquilos... No, no nos estamos acostando.

Ya podéis relajáros porque no la voy a fastidiar otra vez.

Después de aquello salió del quirófano quitándose los guantes, la bata y el gorro, dejando un gran silencio tras él. No detuvo el paso hasta que llegó a los vestuarios y allí se sentó en el banco frente a las taquillas. Se pasó una mano por el pelo y resopló.

—¿Qué te pasa?

Eric dio un bote al escuchar la pregunta de Carla.

—¡Joder! ¡Eres como un puto ninja!

Carla sonrió satisfecha y se colocó delante de él, cruzándose de brazos.

—Lo sé. Es uno de mis muchos dones. Como el de hacer la mejor sutura doble, o el de leerle la mente.

Él se limitó a sonreír con pereza, bajando el rostro.

—¿Crees que la gente es capaz de cambiar? —le preguntó de repente.

—¿La gente en general o tú en particular? —Carla se sentó a su lado y él ladeó la cabeza para responderle.

—Es cierto que me lees la mente.

—No es difícil, apenas te caben un par de cosas. —Y la pulla no se hizo esperar—. Perdona, no lo puedo evitar. Soy hija única y siempre quise hermanos. Matt, Daniel y tú sois lo más parecido a eso que tengo. Me gusta meterme con vosotros, pero algo me dice que no es el momento.

—No, no lo es. Necesito saber de verdad si crees que la gente puede cambiar.

—Sí, creo que hay mucha gente que cambia por las motivaciones adecuadas, si algo o alguien merece la pena el esfuerzo.

Eric asintió, apretando los labios.

—¿Merece ella la pena? —le preguntó su amiga directamente.

Él llenó sus pulmones y los volvió a vaciar lentamente.

—Sin duda.

—Eres un buen tipo, Eric, aunque tú mismo no llegues ni a creerlo a veces. Pero lo eres. Eres honesto, sincero, leal y también desesperante, arrogante y un verdadero grano en el culo, pero eres un buen tipo y te mereces todo lo bueno que te pase. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Ella se levantó del banco y le dio un golpecito en el hombro, dispuesta a marcharse.

—¡Carla!

Volvió el rostro para encararlo.

—Tú también te mereces lo mejor. Y los trenes no pasan todos los días.

Al menos no los mejores.

Eric se levantó y abrió su taquilla, dando por zanjada la conversación.

Y ella, confusa, salió de los vestuarios con mucho más en lo que pensar.

## CAPÍTULO 20

—¡Esto es inaceptable!

Madison no necesitó elevar la voz para que sintiera un escalofrío recorrerle la espalda. Era imponente en una reunión de redacción, hasta cuando te miraba de soslayo. Mucho más en su despacho, a solas con ella, y después de haberle entregado un artículo que en nada se parecía a lo que le había encargado.

—Lo siento, pero en conciencia es lo único que puedo escribir de esa app. Sé que es un anunciante y que su cuenta en publicidad será abundante, pero querían engañar...

Madison detuvo su declaración con un simple gesto de su mano. Payton desvió la mirada hasta Kara, que detrás de su jefa y aferrada a su carpeta, parecía disfrutar del momento y de la bronca que le iba a caer. Incluso podrían despedirla. No solo no había escrito el artículo que le habían encargado, sino que el suyo criticaba abiertamente al anunciante, sus estrategias y la poca claridad de sus servicios. Un artículo como ese, en una revista como Revolution, podía ser la ruina total de la empresa creadora de la aplicación.

—Si quieres despedirme... —dijo a media voz. Aquel era el trabajo de sus sueños. Se quejaba de algunos artículos que le asignaban, pero siempre conseguía darles una vuelta y terminar contando cosas que creía que realmente ayudaban a las mujeres. Le apasionaba ese lugar, la forma de trabajo, su jefa y hasta las malditas pelotas de pilates sobre las que se tenía que sentar en las reuniones. No quería perderlo y se mordió el labio temiendo escuchar su sentencia.

—No quiero despedirte.

—¿Ah, no? —Levantó la mirada hacia ella y estuvo segura de que parecía un cervatillo deslumbrado por unos faros.

—Claro que no, eres la mejor redactora que he tenido en décadas. Me recuerdas tanto a

mí...

Ahora sí abrió los ojos de par en par.

—Tienes ese ímpetu, la energía y la moral que hacen falta en este trabajo. Porque sí, muchos creen que no hay moral en lo que hacemos.

Vendemos artículos que parecen frívolos e intrascendentes. Hablamos de moda, de maquillaje, de tendencias y de cosas que otros consideran banales. Pero no son los temas que tratamos, sino cómo los tratamos.

A ayudamos a que las mujeres se quieran, a despertar su sexualidad, a que se sientan poderosas, y sobre todo necesitamos que se sientan seguras. Sé que en tu discurso del otro día sobre la seguridad en las citas había mucho más, una experiencia personal.

Alzó la mano nuevamente antes de que ella pudiese intervenir.

—No es asunto mío. Este es un sitio seguro y, si alguna vez quieres contarme algo, Kara saldrá del despacho y podrás hacerlo sin reservas. —

La idea no pareció gustar a la ayudante que apretó las mandíbulas—. Pero no es necesario. Las experiencias personales enriquecen nuestro trabajo porque son reales. Son cosas que nos pasan y por lo tanto pueden vivir nuestras lectoras también. Entendí el mensaje que querías dar y me pareció importante, porque todas en algún momento hemos tenido que vivir una situación de inseguridad como esa.

En sus ojos Payton leyó que así era. A su jefa también le había pasado algo. Algo que había dejado una sombra en su mirada. Durante un segundo vio a esa mujer un poco más humana, más vulnerable. Pero el rastro desapareció rápidamente, como si solo hubiese sido un reflejo, un espejismo.

—Necesitamos a los anunciantes para mantener la revista. —Payton contuvo el aliento—, pero más aún a nuestras lectoras. Nos debemos a ellas, todo lo hacemos por ellas. Son nuestras amigas y no lanzamos a una amiga a la jaula de los lobos a cambio de dinero.

Hizo una pausa tomando aire.

—Voy a publicar tu artículo tal y como lo has escrito, porque tu mensaje es importante. Sé que habrá consecuencias... Con el departamento de marketing y con la junta, posiblemente, porque la app querrá denunciarnos por difamación y por todo lo que se les ocurra a los abogados que tengan contratados.

Payton tragó saliva, no se había dado cuenta de las consecuencias de entregar su artículo así, hasta ese momento.

—Pero no importa. No es la primera vez que capeamos un temporal parecido. El barco se moverá unos días, pero luego las aguas se calmarán y saldremos victoriosos de esta.

Su jefa sonrió y aquel gesto le dio esperanzas.

—Esto pone en evidencia, además, nuestro sistema de filtrado en cuanto a las empresas que estamos dispuestos, o no, a anunciar, ¿verdad, Kara? —La pregunta hacia su secretaria dejó desconcertada a Payton.

Cuando Madison entregó la carpeta con el expediente de la empresa, clavando su mirada en ella de forma inquisitiva, tragó saliva, aunque esta no hubiese estado dirigida a ella.

—La app es de mi hermano. Yo no sabía... —quiso justificarse ella, pero una vez más, Madison detuvo cualquier intento de justificación con su mano.

—Lo hablaremos más tarde —dijo en un tono frío y cortante—. En cuanto a ti, Payton. Enhorabuena...

El cambio fue tan radical que parpadeó un par de veces.

—Tú artículo saldrá en páginas principales. Ya que vamos a dar la campanada, haremos que se nos oiga desde todas partes.

Ella asintió sonriente.

—El único problema es que tendremos que retrasar dos semanas tu artículo sobre las voces relevantes del momento.

La alegría le había durado un segundo.

—Cuando este artículo salga, estarás en el punto de mira. Necesito que te centres en algo más ligero un par de semanas mientras yo lidio con esto, y después podrás sacar tu reportaje. No está eliminado, solo aplazado. Esto es algo que tendrás que aprender con el tiempo: las batallas se luchan una a una.

—Claro, Madison. Lo entiendo perfectamente —dijo asintiendo. Y lo entendía. ¿Le decepcionaba? Mucho, pero sabía que era lo mejor. Y si algo había descubierto esa mañana era que la mujer que tenía frente a ella la respetaba y apoyaba. Y eso bien merecía un aplazamiento.

—Bien, cuando salgas, sobre tu mesa tendrás dos temas para las siguientes semanas. No son controvertidos y puede que estén algo manidos. Dales tu toque.

—Claro, no la decepcionaré.

Cuando su jefa le hizo un gesto con la mano para que se marchara, simplemente lo hizo. Antes de cerrar la puerta, vio que Kara se colocaba ante su jefa y tragaba saliva antes de intentar hablar. No le habría gustado estar en su pellejo.

\*\*\*

Y dos horas más tarde, tampoco quería estar en el suyo. Sentada en la taza del wáter, en los servicios de la redacción, una mano pasó por debajo de la puerta entregándole su bolso.

—¡Maldita sea, no llevo nada! —le dijo a Ellen, que aguardaba al otro lado de la puerta. Se me ha adelantado el periodo una semana y no contaba con ello.

—Debe ser por el estrés. A mí me pasa a veces y mi doctora dice que es por el estrés. No te preocupes, te consigo algo ahora mismo.

Oyó el repiqueteo de los tacones de su amiga saliendo de los baños y un rato después, mientras ella se aferraba la tripa con fuerza por los dolores, la volvió a oír entrar. Cuando vio que le pasaba por debajo de la puerta una maxi compresa, más parecida a un pañal, frunció el ceño.

—Lo siento, es lo único que he encontrado por ahí. Es increíble que en un lugar lleno de mujeres, ninguna esté con el periodo. ¿Será cierto eso que dicen de que las mujeres nos sincronizamos cuando pasamos muchas horas juntas?

El tono cantarín de Ellen no solía molestarla en absoluto, era divertida y espontánea, le caía bien. Pero al dolor de su vientre se estaba sumando una migraña espantosa y en ese momento solo pensaba en marcharse a casa.

—No lo sé, investigalo si quieres —respondió saliendo del cubículo.

—¡Vaya cara! ¡Estás hecha polvo! —le dijo su amiga cuando la vio apoyarse en el marco de la puerta para poder enderezarse. Después fue a los lavabos casi dando tumbos y se lavó las manos.

—Soy un reloj, en raras ocasiones se me adelanta, y cuando lo hace sé que me espera una buena. Elimino quistes, ya sabes. —Intentó hacer un gesto con su mano, pero se sentía sin fuerzas. Era como si toda la energía que precisaba para moverse, hablar y parecer una persona normal, su

cuerpo la derivara hacia sus ovarios y útero, dejándola hecha un trapo—.

Me voy a casa. Me tomaré algo y me meteré en la cama. Para lo que tengo que escribir esta semana... mejor lo hago desde allí.

—Claro. ¿Quieres que te acompañe? —le preguntó su amiga, solícita.

—No, no hace falta, cogeré un taxi —dijo colgándose el bolso al hombro. Antes de salir se miró en el gran espejo que presidía la pared de los lavabos y su reflejo de persona casi muerta la dejó en shock. Sacudió la cabeza.

¡Maldita sea! Se acababa de quedar esa noche sin su primera cita con Eric.

\*\*\*

Eric estaba saliendo de la habitación de un paciente al que había operado el día anterior cuando recibió un mensaje en su móvil. Lo abrió con rapidez al ver que se trataba de Payton. Durante los últimos días, estos se habían vuelto frecuentes y la noche anterior había empezado a engancharse a ellos, esperándolos con ganas. Ella siempre era divertida, ingeniosa y le arrancaba una sonrisa. Pero esta vez, frunció el ceño al leer lo que tenía que decirle.

—¿Malas noticias? —le preguntó Daniel a su lado, tras unirse a él en el pasillo.

—Algo así —contestó mientras apagaba la pantalla y guardaba el aparato en su bolsillo.

—Si no es la muerte, seguro que se soluciona —le repitió su amigo la frase que, casi como un mantra, usaban entre el grupo de amigos cirujanos cuando algo se torcía.

Se limitó a sonreír con pereza. Estaba cansado. Había estado operando siete horas seguidas y luego había tenido que hacer unas cuantas más de post operatorios. Durante todo ese tiempo solo había habido una cosa en su mente: su primera cita con Payton. Pero ella acababa de cancelarla.

—He quedado para tomar una cerveza ahora con una gente de obstetricia, ¿te apuntas? Seguro que te viene bien. Hace semanas que no sales, estás un poco raro. —Sabía que eso era una especie de disculpa por la discusión que habían tenido en el quirófano, pero no hacía falta. No había nada que arreglar. Matt y Daniel eran sus mejores amigos, discutían muchas veces y lo olvidaban con la misma rapidez.



—El raro eres tú, que quedas con gente misteriosa de otros servicios.

¿Obstetricia? ¿En serio? —le preguntó alzando una ceja.

—Pasamos aquí más de ochenta horas semanales. He decidido que el hospital es mi mundo y que quiero conocer otros países.

En los labios de Eric se despertó una sonrisa y clavó la mirada en él.

—¿Te gusta alguien? —preguntó esperanzado.

—¡No digas chorradas! Solo vamos a tomar unas cervezas. Si no quieres venir, tú te lo pierdes.

—Mejor otro día. Hoy estoy muerto, solo quiero pillar la cama.

—Tú mismo, que descanses.

—Y tú pásalo bien recorriendo el mundo. —Se despidió con la mano de su amigo, y cuando lo vio desaparecer por el pasillo cogió de nuevo el móvil para releer el mensaje. Volvió a fruncir el ceño, pero sin querer, Daniel le había dado una idea y volvió a sonreír.

## CAPÍTULO 21

Payton escuchó unos nudillos golpear contra su puerta y acto seguido esta se abrió sin esperar una respuesta.

—¡Oh, noooo! ¡Dios mío, tienes que irte! ¡No quiero que me veas así!

Soy la antítesis de la lujuria —exclamó al ver que la cabeza que se asomaba era la de Eric.

Este se limitó a sonreír y terminó de entrar haciendo caso omiso a sus palabras.

—No voy a irme. Teníamos una cita. Una en la que llevo pensando durante horas. — Fue hasta la cama y se sentó en el filo al ver que ella estaba tumbada en posición fetal.

—Te aseguro que no quieres tener una cita conmigo hoy. Deberías salir corriendo de aquí. La persona que está tumbada en mi cama no es la Payton que tú conoces, es un ser dolorido, quejica, malhumorado y poco atractivo.

—Mm... mi tipo favorito. No sé por qué he estado perdiendo el tiempo con la otra Payton, si también estaba esta.

Aquella frase, muy a su pesar, hizo que a sus labios asomara una sonrisa.

Eric le apartó el cabello de la cara para verla mejor y se quedó prendado en su mirada azul. Era evidente que lo estaba pasando mal, estaba pálida y tenía el rostro constreñido por el dolor. No le gustó verla así.

—Está bien —dijo abriendo su mochila—, he traído analgésicos, unas bolsas de calor instantáneo, un vendaje neuromuscular para el dolor...

Payton alzo una ceja.

—Carla me ha explicado cómo se pone, tranquila.

Ella, atónita, no sabía si por el hecho de que él le hubiese llevado esas cosas o porque le hubiese preguntado a Carla, fue incapaz de responder y siguió escuchando atenta.

—Y algo que están probando en ginecología que, según parece, es bastante efectivo. — Payton se incorporó en la cama llena de curiosidad y

vio que sacaba un pequeño artefacto cuadrado de color rosa—. Es un aparato de estimulación transcutánea nerviosa. Se ponen estos pequeños electrodos en la zona que te duele y da pequeñas descargas que bloquean la transmisión del estímulo doloroso para que no llegue al cerebro.

—Acabo de entender que quieres electrocutarme.

Eric sonrió, con un tipo de sonrisa que no le había visto hasta el momento.

—Mira, no tengo ni idea de esto. Pero no quiero que sufras y no tienes que hacerlo si probamos estas cosas.

—¿Probamos? —dijo ella alucinada y emocionada.

—Por supuesto. Antes de ponértelo primero me electrocutaré yo para ver cómo es.

—¿Te electrocutarías por mí? Al final voy a tener que levantarte el periodo de prueba y hacerte mi novio oficial.

Nada más decirlo, Payton se arrepintió de haberlo hecho, pues él se la quedó mirando con intensidad, de una forma que no supo si le parecía bien o mal. Lo había dicho sin pensar, llevada por la gratitud y la emoción de que él se hubiese preocupado tanto por ella. Y seguro que se había precipitado.

Eric no dijo nada, solo se inclinó hacia ella y depositó un beso inesperado, breve pero intenso, sobre sus labios

—No lo digas tan rápido, primero vamos a ver si consigo que mejores

—dijo al separarse de ella.

Se limitó a asentir, porque ese era el poder que tenía sobre ella. La besaba y la dejaba sin capacidad de reacción. Así que se dejó caer de nuevo en la cama y, subiéndose la camiseta por encima del ombligo y bajando la goma del pantalón hasta el inicio de su pubis, se dejó hacer.

—¡Ay, dios! —soltó Payton con un gemido, minutos después. Se arqueó en la cama y volvió a caer, mientras se llevaba las manos a la cabeza—.

¡Esto es fantástico! —dijo con la respiración agitada.

—¿Lo es? —preguntó Eric con un tono grave. Podía estar con dolores y hecha polvo, pero seguía igual de sexi que siempre. Más aun retorciéndose en la cama, de esa manera.

—No sé si son las vendas, las descargas, el calor, o la mezcla de todo junto, pero ya no me duele —dijo con tanto alivio que Eric sonrió como si le hubiese tocado la lotería.

—Bien, pues relájate un rato. Voy a por la cena. He traído tacos, chuches y helado —dijo queriendo levantarse de la cama. Necesitaba un minuto para él, para sosegarlo porque quería besarla, y tocarla, y lamerla...

—Espera. —Lo detuvo ella incorporándose en la cama. Sus rostros quedaron a pocos centímetros de distancia. Payton posó una mano en su mejilla y él contuvo el aire en los pulmones—. Gracias —le dijo, aliviada.

Y apoyó la frente sobre la suya. Ambos se quedaron unos segundos así, unidos de una

forma como él no había estado jamás con nadie, y fue...

increíble y abrumador.

Tomó su rostro con las manos y depositó un beso sobre sus labios. Uno cargado de tanta necesidad y cosas que él ni siquiera sabía que se podían sentir, que se le hizo un nudo en la garganta. Se separó de ella y se levantó de repente.

—Enseguida vuelvo —anunció y se marchó de la habitación.

Aunque hubiese querido, Payton no habría podido decir nada, porque un beso como ese había que degustarlo. Se lamió el labio levemente, consciente de que él acababa de despertar su necesidad de más, de más de él, en todos los sentidos. No creía que la hubiesen besado así jamás. Y eso la hizo volver a caer sobre el colchón, con el corazón aleteándole en el pecho, incontrolado.

La cena fue más silenciosa de lo acostumbrado para ellos. Hasta el momento, siempre habían tenido muchas cosas que contarse y, sin embargo, esa cena sobre la cama de Payton había estado llena de silencios.

Comieron y se miraron. De vez en cuando uno sonreía y el otro lo acompañaba, y volvían a comer como si estuviesen reconociéndose, asimilándose. Fue algo distinto, diferente, pero igual de especial y excitante que cualquiera de las conversaciones pícaras y apasionantes que habían tenido durante esas semanas.

Cuando acabaron con los tacos y el helado, Eric se llevó los envases a la cocina y regresó con las chuches. Y mientras, ella meditó su siguiente propuesta para él. Estaba nerviosa, como si pisara arenas movedizas y su siguiente paso la pudiese salvar o hundirla para siempre. Por eso lo soltó nada más aparecer él en la puerta.

—Pareces cansado. ¿Quieres quedarte a dormir?

—Claro —repuso él al instante.

Contenta se hizo a un lado en la cama, para dejarle sitio, mientras él se descalzaba, y se despojaba de gran parte de la ropa, quedando tan solo con el bóxer y la camiseta. Cuando ocupó su sitio, Eric alzó el brazo y la rodeó con él para pegarla a su cuerpo. La mejilla de Payton quedó sobre su pecho. Durante largos minutos no dijeron nada y ella se abandonó al sonido fuerte y rítmico del latido de su corazón.

—Nunca he dejado que nadie me conozca de verdad —declaró él de repente con solemnidad, como si aquellas palabras viniesen de una profunda reflexión—. Ni siquiera mis mejores amigos saben bien cómo soy, porque durante años me he esforzado por mostrar solo una parte de mí. La que venía bien a todo el mundo.

Payton contuvo el aliento porque no quería mover ni un músculo, nada que pudiera impedir que él le dijese aquello que parecía querer contarle.

—No sé si sabes que mi madre murió cuando yo era un niño.

—Sí, algo había oído —dijo en tono bajo. No quería mentirle, pero tampoco que pensase que había estado cotilleando por ahí sobre él. Pero Eric sonrió.

—En este edificio es difícil tener secretos. No pasa nada —resopló—.

Murió de un infarto. Tenía problemas cardíacos, pero no lo sabíamos. Fue algo fulminante.

Payton no supo qué decir. Iba a decirle que lo sentía, cuando él besó su frente y prosiguió.

—Era una mujer divertida, entregada a su familia y amorosa. Una buena madre y el gran amor de mi padre. Él era todo lo contrario, un hombre recto, inflexible y poco comunicativo. Nunca supe por qué mi madre se había enamorado de alguien así. Pero durante dos décadas fueron un matrimonio feliz y ejemplar. Me tuvieron tarde, después de varios intentos fallidos y de perder a su primer hijo, que murió poco después de nacer. Me convertí en el amor de mi madre y las esperanzas tardías de mi padre. No tuve una mala infancia, hasta que ella murió y mi padre no supo muy bien cómo gestionar lo de tener que criar a un hijo él solo. Lo intentó, pero la comunicación y el afecto no fueron nunca su fuerte. Crecí creyendo que los sentimientos se guardaban y encerraban en una caja. He usado la ironía, el cinismo y el sarcasmo como barrera que impidiesen que los

demás viesen las cosas que me afectaban. Pero no quiero que sea así contigo.

Durante unos segundos guardó silencio.

—No me he dado cuenta de lo importante que es abrirse a otra persona para crear un vínculo auténtico hasta que no he querido con todas mis fuerzas que tú lo hicieras conmigo.

Lo vio inclinarse y girarse para colocarse de lado en la cama. Le apartó un mechón de cabello y, antes de que pudiese asimilar cuánto le había querido expresar en aquellas frases, la besó de forma dulce e íntima. La conmoción que ese beso provocó en ella no fue sexual, sino que la sacudió desde los cimientos, haciendo que vibrase cada célula, pidiendo a gritos romper las barreras entre las que tenía encerrado su dolor.

Y de repente, sin esperarlo, él alzó la mano y sujetó su muñeca. Con un movimiento lento acarició con el pulgar el tatuaje que tenía allí dibujado de un punto y una coma. Un símbolo de fin y continuación. Era algo pequeño, discreto, casi invisible para todos, pero él lo había visto y, lo peor, sabía que significaba algo para ella.

Desvió la mirada y, mordiéndose el labio, contuvo el sollozo que amenazaba con dejarla expuesta.

—Por favor, ábrete a mí —le pidió él con necesidad en la voz.

Sus miradas se enlazaron y volvió a sentir esa convulsión. ¿Lo iba a hacer de verdad? Guardó silencio durante unos minutos haciéndose esa pregunta una y otra vez, pero él, en lugar de marcharse, se mantuvo allí en silencio, paciente, como si aquello fuese tan importante para él como para esperar lo que hiciera falta. Y al fin se oyó decir a sí misma:

—Mi madre decía que las personas están hechas de luces y sombras —

dijo ella temblando. Su voz sonó contenida, como si quisiese dominar las emociones que la embargaban al hablar de ella—. Es algo en lo que he pensado muchas veces, en las luces y sombras que forman a una persona.

Y en cómo es capaz alguien de apagar su propia luz y dejar a los seres que supuestamente ama en la más absoluta oscuridad.

—¿Fue tu madre la que se suicidó?

Payton asintió.

—Yo tenía dieciséis años. Volví de recoger a mi hermana pequeña, Dakota, de la escuela. Regresamos a casa y yo fui directamente a la cocina a por algo de beber. Recuerdo que hacía un calor de mil demonios y que no

caí siquiera en que no se escuchaba la música de mi madre. Ella siempre estaba escuchando a grupos de los sesenta. Ponía la música a todo volumen y bailaba mientras hacía las tareas de la casa, la comida o cualquier otra cosa. La mayor parte de las veces parecía más que feliz, exultante, y otras era como si entrase en barrena. Desaparecía la vida de sus ojos y dejaba de existir, se encerraba en su cuarto y pasaba semanas metida en la cama, llorando.

Eric enlazó los dedos con los suyos cuando ella guardó silencio, imbuida por los recuerdos.

—No había música al entrar, tenía que haberme dado cuenta, pero no lo hice. Estaba enfadada porque había tenido que ir a por Dakota en lugar de quedar con mis amigos y entré en la cocina disgustada, con la pataleta de una niña malcriada que no se había salido con la suya. Y entonces la vi, sentada en el suelo de baldosas que ella misma se había empeñado en cambiar semanas antes. Con la espalda apoyada en la pared y los brazos laxos a los lados sobre un charco de sangre. Se cortó las venas mientras sus hijos estaban trabajando y en la escuela.

—Lo siento mucho... —dijo Eric y quiso besarla, pero ella se apartó, sintiendo que el pecho le abrasaba y no podía respirar. Se levantó de la cama de un salto.

—¡No...! ¿Quieres conocer mis sombras?

Se apartó de la cama, ya llorando sin control.

—¡No grité, no lloré, no fui corriendo a llamar a mi padre! ¡Mi madre estaba muerta y solo salí de la cocina, cogí a mi hermana y me la llevé al cine! No recuerdo nada después de aquello, hasta el funeral. Un funeral en el que todo el mundo lloraba menos yo. ¿No me conviertes eso en alguien tan loco e insensible como ella?

Se aferró la cabeza con desesperación. No quería recordar eso, no quería y él había insistido. Vivía con aquella sombra guardada, confinada en un lugar seguro de su mente, de su corazón, al que nadie tenía acceso.

Solo Lauren sabía lo que sentía, porque ella la oyó llorar muchas veces durante la noche en los primeros años de universidad, y finalmente un día se lo contó.

Eric se levantó de la cama y quiso cogerla, pero ella se apartó.

—¿Por qué...? —preguntó entre lágrimas—. ¿Eso es lo que querías saber, que estoy loca como ella?

—Payton, no eres tu madre. Eras una cría y estabas en shock.

Quiso abrazarla, pero ella se revolvió. Estaba sufriendo y quería hacerlo sola, pero no la iba a dejar. Se sentía rota y vulnerable y no pensaba abandonarla. Tomó sus muñecas y la obligó a mirarlo.

—No estás loca. No eres ella. Eras una cría y alguien debió protegerte de ese horror. En su lugar, tú protegiste a tu hermana llevándotela de allí.

Aún sumida en la consternación, pensaste en ella y te la llevaste. Eres fuerte y valiente, Payton. Mírame —le dijo cuando ella bajó la mirada envuelta en lágrimas—. Eres fuerte y valiente. Y te...

Su declaración se vio interrumpida cuando la puerta se abrió y Daniel apareció por ella.

—¿Qué está pasando aquí? He oído gritos...

CAPÍTULO 22

Payton miró por la ventanilla del taxi que la llevaba al aeropuerto, sintiendo que un nudo le atenazaba en el estómago. Se dijo que era por estar a punto de reencontrarse con su mejor amiga al fin, pero lo cierto es que esa sensación angustiada la había acompañado desde su primera y última cita con Eric, desde que se abriese en canal y le contase su oscura verdad, aquella que había intentado mantener en una caja durante años y de la que había huido cada día de su vida desde la muerte de su madre.

Enfrentarse a esa realidad, a esos recuerdos, la había azotado. Y cuando Daniel los interrumpió entrando en la habitación, lo único que pudo hacer fue seguir huyendo. Se liberó de los brazos de Eric y fue a refugiarse en la soledad del baño. Él la siguió hasta allí, lo oyó durante mucho tiempo llamándola a través de la puerta, intentando convencerla para que saliese y hablara con él, pero ella no era capaz. Estaba sumida en los recuerdos de ese día, en la nebulosa dolorosa que le recordaba no solo la pérdida de su madre, sino su reacción ante ella.

Con los años había encontrado respuesta a las dudas sobre el comportamiento de su madre. Había descubierto que tenía un trastorno bipolar, que esa era la causa de la conducta explosiva que le había visto durante años. Jamás había podido contar con ella, pues, o estaba exultante y vivaz, era amorosa y parecía dispuesta a estar con ellos, o simplemente desaparecía. Unas veces solo se escondía en su cuarto, convirtiéndose en alguien a quien cuidar y que al mismo tiempo los ignoraba por completo, y otras, incluso, llegando a desaparecer durante temporadas.

Ese tipo de infancia la convirtió en alguien independiente que no esperaba nada de nadie, salvo de ella. Tenía a sus hermanos y a su padre, pero cada uno de ellos había tenido que lidiar con el mismo problema a su modo, intentando sobrevivir. Siempre se había sentido sola, hasta que conoció a Lauren. Ella se había convertido en su hermana, la única persona con la que había compartido su dolor y sus miedos. Se convenció a sí misma de que no necesitaba a nadie más, de que jamás tendría que revivir

esa historia y de que podía seguir adelante sin mirar al pasado. Pero no había sido así.

No sabía por qué le había contado todo aquello a Eric, o en realidad sí.

Él se había abierto con ella. La había cuidado, mimado e intentado conectar como no había hecho ningún hombre jamás. Pero una vez abierta la caja de Pandora y liberado el monstruo de su interior, no vio forma de volver a encerrarlo.

Por eso llevaba casi dos semanas evitándolo. Porque no encontraba la forma de volver atrás en el tiempo. No podía borrar esa conversación y seguir con su relación donde lo dejaron. Se había refugiado en su trabajo, en escribir sus tontos artículos sobre *La conveniencia de contar a tu pareja tu currículum sexual*, o *Cómo mantener tus perfiles en las redes para aumentar tus posibilidades como candidata a un nuevo trabajo*.

Artículos, como le había dicho su jefa, sin mucha trascendencia. El hecho de que los chicos hubiesen estado varios días en un congreso médico en Los Ángeles, organizado por la compañía farmacéutica para la que trabajaba Sarah, la había ayudado con su necesidad de espacio. Creyó que favorecería que pudiese pensar y así había sido en cierta manera, pero también había hecho patente lo mucho que lo había echado de menos.

Los dos primeros días, él la había llamado en varias ocasiones, pero debió de cansarse cuando vio que no respondía ni devolvía sus llamadas.

No lo había vuelto a ver en días, pero eso iba a cambiar muy pronto y se preguntaba cómo se sentiría y afrontaría el encuentro.

—Señorita, ¿le importa si la dejo aquí? Más adelante hay cola para aparcar —le dijo el taxista, sacándola de sus pensamientos.

Miró a un lado y a otro y se dio cuenta de que habían llegado al aeropuerto, y a pesar de haber estado todo el tiempo mirando por la ventanilla, no había visto nada. Sacudió la cabeza y comprobó que no había mucha distancia desde ese punto a la entrada de la terminal.

—Sí, déjeme aquí. ¿Cuánto le debo? —Sacó su tarjeta para pagar la carrera y al cabo de pocos segundos ya estaba en la acera. Las temperaturas habían bajado un poco en los últimos días, ya habían entrado en septiembre, pero aun así eran altas, por lo que apresuró el paso para entrar en el edificio con aire acondicionado.

En cuanto revisó los paneles con la información de llegada de los vuelos y vio que el de Lauren lo hacía sin retrasos, respiró con alivio. Solo

pensar que estaba a punto de verla, su ánimo mejoró considerablemente. Y

en cuanto la divisó entre los pasajeros que bajaron de su vuelo, la sonrisa se dibujó en sus labios por primera vez en días.

Lauren y ella se abrazaron con fuerza. No hacía tanto que no se veían comparado con otras veces, porque la última ocasión fue en la boda de su amiga, semanas antes de mudarse a su nuevo apartamento, pero le daba la sensación de que había pasado toda una vida desde entonces. Debía ser porque la suya había cambiado tanto que casi no la reconocía.

—¡Estás preciosa! —le dijo Lauren cuando se separaron.

—No, tú sí que lo estás.

—Es cierto, estamos divinas las dos. —Se miraron y rieron juntas.

—Tenía unas ganas enormes de tenerte en la Gran Manzana. Tú, yo, compras, unas copas y muchas charlas. Dos días pasan demasiado rápido, y más si tengo que compartirte con tu hermano, que ya ha organizado una cena de grupo para mañana por la noche.

—¿Matt organizando cenas? —Lauren alzó una de sus perfectas cejas pelirrojas.

—Ya lo ves, es un hombre nuevo.

—Me gusta que lo sea. Parece feliz y estoy deseando ver también a Sarah y a las niñas. ¿A la cena irán también Daniel y... Eric? —preguntó haciendo énfasis en el nombre del segundo.

Payton puso los ojos en blanco, resoplando.

—Síííí, estarán allí.

—No me has vuelto a contar nada de cómo te van las cosas con él...

Payton presintió la pregunta que venía después y la interrumpió cambiando de tema.

—Ya hablaremos de eso. Pero ahora, vamos a empezar con mi lista de

«cosas que hacer con Lauren en Nueva York» —dijo con una divertida mueca en los labios.

Lauren le brindó una mirada entornada, esa que decía que sabía que intentaba ocultarle algo, y luego sonrió con la de «te dejaré un rato tranquila antes de hacerte el tercer grado».

Y ella, que sabía que la pelirroja siempre conseguía todo lo que se proponía, tragó saliva.

—¿Has dejado algo de tiempo en tu exhaustiva planificación para entrevistarme? —Rio con el cambio de tema. Payton cabeceó mientras le

arrebatava la maleta de las manos y empezaba a tirar de ella hacia la salida.

—Por desgracia, será lo primero que hagamos. Te llevo directamente a la revista. No solo tengo que hacerte la entrevista, Shane, el fotógrafo, nos está esperando para una fabulosa sesión de fotos.

—Pues me muero de ganas. De las fotos no, ya me conoces. Solo dejo que me fotografíe mi marido, con él siempre salgo guapa. Voy a hacer esto solo por ti, que lo sepas.

Payton le sacó la lengua en respuesta.

—Es buena publicidad. Revolution es una revista de mucho peso y lo sabes. No todo el mundo consigue salir en ella y menos en páginas centrales.

—¡Lo sé! Va a ser alucinante. En todos nuestros años en la universidad,

¿habrías imaginado alguna vez que nos veríamos en esta situación? —le preguntó Lauren enlazando el brazo con el de ella.

—Solo en mis mejores sueños. Pero aquí estamos. Estoy tan orgullosa de ti y de tu trabajo... ¡Mi mejor amiga ha sido nominada para un Pulitzer! —Abrió tantos los ojos que pareció a punto de sufrir un ataque.

—Y la mía es la mejor redactora de la revista más importante para mujeres del momento. Estoy deseando ver el sitio en el que trabajas, a tus compañeros... Me has hablado tanto de la redacción que quiero ver si lo que he imaginado tiene algo que ver con la realidad.

—¡Oh! ¡Vas a alucinar, pequeña! —dijo rodeándola por los hombros cuando salieron al exterior. Ambas se pusieron sus gafas de sol y miraron al cielo neoyorkino, sonrientes, justo antes de que Payton diese el pistoletazo de salida para su gran fin de semana—. Es todo lo que hayas imaginado y mucho más.

## CAPÍTULO 23

La mañana en la redacción fue una maravillosa experiencia para ambas.

A Lauren le encantó el ambiente, sus compañeros, la dinámica de trabajo y la forma de abordar los temas a tratar. Le parecieron muy interesantes los distintos espacios que disponían para exposiciones de productos para testar con las lectoras, la sala de personal y hasta la cafetera. Fue una mañana intensa que tuvo como resultado una gran entrevista y una fabulosa sesión de fotos, tanto individual, para Lauren, como para el grupo de cinco mujeres que incluía su artículo. Mientras ella entrevistaba a otras, Lauren se mostró muy interesada en charlar con las demás, y antes de que se diesen cuenta, llegaron a la hora de la comida.

Payton creyó que con todo lo que había vivido Lauren ese día, tendría tema de conversación para lo que restaba de día. Pero su amiga, que la conocía bien, tenía otros planes.

—Leí tu artículo del tequila —dejó caer antes de pinchar un trozo de su ensalada.

—Estuvo bien —repuso ella sin más.



—Estuvo más que bien. Y ahora entiendo lo asustada que estabas cuando hablaste conmigo. Si hiciste todo eso con Eric, tuvo que ser apoteósico. Tengo que reconocer que Kenneth y yo intentamos imitar la número cuatro y la seis, y ¡uf...!

—¡Para ya! —protestó con un gesto de su mano.

—Solo digo que para escribir eso, es evidente que la química sexual entre ambos tiene que ser... bestial.

—Sí, lo era —dijo tras suspirar.

—Cómo que... lo era. ¿Ya no lo es?

Payton negó con la cabeza y bajó la mirada hacia su trozo de pizza, que ya no le apetecía lo más mínimo.

—Durante unas semanas así fue. Eric... bueno, él es... Es mucho más de lo que llegué a imaginar.

Lauren aferró la mano de su amiga, cuando vio la sonrisa triste que acompañó a sus palabras.

—¿Y por qué no estás feliz?

Payton elevó la mirada y Lauren se quedó sobrecogida al comprobar que esta brillaba por las lágrimas.

—Tuvimos una conversación... Él se abrió a mí, me contó cosas que no sabía nadie sobre su infancia, la muerte de su madre, cómo fue su vida después...

El sollozo aumentó de intensidad y también la presión que ejerció Lauren sobre su mano.

—Y le contaste tu historia —terminó por ella cuando la vio incapaz de seguir hablando.

Payton solo pudo asentir.

Lauren se levantó de la silla y la rodeó con sus brazos, queriendo protegerla.

—Payton, eso es fantástico. Si has llegado a ese nivel de intimidad con él, cuando no lo has hecho con nadie más antes, significa algo. Debe ser alguien muy especial...

—Lo es, y ahora él sabe que yo no. Que soy una loca que hizo lo que hizo cuando todo pasó. No puedo ni mirarlo a la cara.

Lauren resopló.

—Payton, no tienes que ocultarte ni evitar que te vea. No hiciste nada malo. Eras una niña que se encontró con el cuerpo de su madre sin vida.

Una niña que había pasado por un infierno de infancia por ella. Tenías muchas cosas que superar y tu cuerpo bloqueó los sentimientos haciéndote entrar en shock para protegerte. Recuerda que lo investigamos, vimos a aquel siquiatra en su momento y te dijo estas mismas palabras. No hiciste nada malo. Y te recuerdo que sacaste a tu hermana de allí, para que ella no tuviese que tener ese recuerdo también. Yo estoy muy orgullosa de ti. Y si ese tal Eric no es capaz de verte igual que yo, es que no merece la pena...

—Él me dijo lo mismo que tú. Que me quedé en shock y que era una mujer fuerte y valiente —se apresuró a defenderlo frente a su amiga.

Lauren sonrió.

—¿Entonces? ¿Dónde está el problema? ¡Es fantástico! Te has abierto a un hombre al que le has contado el mayor de tus miedos y te comprende.

—Me gustaría volver atrás en el tiempo y borrar esa conversación. Me gustaría que volviese a verme como antes y no como la chica que se fue al cine mientras su madre se desangraba en el suelo de su cocina.

—Payton eso es una estupidez. Ningún paso atrás te lleva hacia delante.

No eres solo un momento de tu vida y estoy segura de que cuando él te mira ve la maravillosa mujer en la que te has convertido, no un suceso concreto de tu pasado, que además no es responsabilidad tuya. Tienes que superar esa sensación de culpa. Tal vez debas hablar con tu familia sobre el tema de una vez por todas y curarte. Y desde luego no dejar escapar la posibilidad de ser feliz con una persona que parece perfecta para ti.

—Ni siquiera sé si sigue interesado en hablar conmigo. Tal vez se lo ha pensado mejor. Los primeros días tras su marcha al congreso, aún me escribía y llamaba, pero ahora ya no...

—Bueno, mañana es la cena de mi hermano, ¿verdad? Y estará allí, según tengo entendido. Quizá sea un buen momento para averiguarlo, si eso es lo que quieres...

Una buena pregunta que la acompañó a partir de ese momento, incesantemente.

\*\*\*

—¿Esto es lo que querías? —Matt dejó de admirar el trabajo de decoración que habían hecho en el recinto, bajo la supervisión de Eric, al que había dejado a cargo de conseguir los permisos y la organización, y tragó saliva.

—Es exactamente lo que quiero —dijo emocionado.

—A Sarah le va a encantar.

—Eso espero. Estoy nervioso, la verdad. Solo quiero ver la cara que pone cuando entre y lo vea.

Matt volvió a elevar la vista para admirar las cientos de guirnaldas de luces blancas que decoraban los árboles y la zona en la que había ordenado colocar la mesa para la cena. La decoración era elegante y mágica, justo lo que quería para ese momento. Estaba seguro de que nunca antes el zoo de *Central Park* había lucido de esa manera, pero no se le ocurría un lugar mejor que aquel para pedirle a su novia que se casara con él.

Había convocado allí a todos los amigos y familia, sin que Sarah lo esperase, que pensaba que solo iban a dar un paseo nocturno por el parque.

Se movió nervioso en el sitio, cuando las dudas sobre si todo saldría bien

volvieron a apoderarse de él y, para distraerse, aprovechó para sacar un tema que lo tenía preocupado desde hacía días.

—¿Qué está pasando entre Payton y tú? —formuló la pregunta a bocajarro. No venía a

cuento andarse con medias tintas. No se le había escapado que la relación entre Daniel y Eric era más distante, que el primero soltaba algunas pullas al segundo y que Eric parecía más ausente de lo normal. Sabía que algo le preocupaba y estaba casi seguro de que tenía que ver con Payton. Lo que no esperó fue la respuesta directa que escuchó de labios de su amigo.

—La amo —declaró sin reservas, de una forma tan abrupta que Matt dejó de custodiar la puerta por la que debía entrar su novia y clavó la mirada en la de su amigo. No leyó sorna, ni ningún tipo de duda, y se quedó sin palabras.

—¿La... la amas? ¿Cuándo ha pasado esto? —Sacudió la cabeza.

No podía ser. Eric era uno de sus mejores amigos. Y creía conocerlo bien. Era un mujeriego empedernido, un fiestero que solo concebía la palabra compromiso para su trabajo. Y sin embargo, estaba allí, haciendo una declaración como esa.

—No sé exactamente cuál fue el momento en el que me di cuenta de que no quería vivir sin ella, pero sí que supe que no se parecía a ninguna mujer que hubiese conocido la primera vez que hablé con ella.

La boca de Matt se abrió en un círculo perfecto mientras arrugaba la frente sin entender nada.

—Ella... es perfecta para mí. Es divertida e ingeniosa, extrovertida, espontánea... Es fuerte, directa, valiente, y... sexi. Dios, es la mujer más sexi que he visto en mi vida.

—¿Te has acostado con ella? —preguntó Matt tras tragar saliva, asimilando sus palabras.

—¿Te acabo de decir que la amo, pero solo quieres saber si nos hemos acostado?

—Perdón, tienes razón. No ha venido a cuento —dijo elevando las manos a modo de disculpa—. Entiende que me he quedado alucinado. No te he oído hablar así de una mujer jamás.

—Tampoco antes había estado enamorado.

Sin esperarlo, Eric se vio envuelto por los brazos de su amigo, que lo apretujó con fuerza mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

—Tío, ¡cómo me alegro! —me has dejado sin habla. Payton es como de mi familia. Vamos a ser algo así como cuñados. —Su resplandeciente sonrisa, compitió con las bombillas de la decoración.

—Siempre que ella me acepte, porque ahora mismo no quiere ni hablar conmigo.

—Insiste —dijo una voz tras ellos, sorprendiéndolos.

Ambos se giraron y se asombraron al ver que se trataba de Daniel. Eric aún tenía dudas sobre si su amigo sentía algo por Payton, y se tensó al instante, hasta que lo oyó hablar.

—Insiste —repitió—. Ella merece la pena y es perfecta para ti.

Matt, que vio las miradas que se prodigaban sus amigos, se echó a un lado.

—¿Eso crees? —preguntó Eric buscando en la mirada ambarina de su amigo.

—Eso ve cualquiera que haya estado en la misma habitación que vosotros. Al principio pensé que solo era química. Payton es preciosa, y temí que solo vieses una conquista más. Pero me di cuenta de que buscabais quedaros a solas, que charlabais, que te preocupabas

por ella. Lo que vi la otra noche, cuando ella salió llorando al baño no fue una pelea de amantes, fue de enamorados. Ella estaba rota y tú sufrías por ella. Lo llevas haciendo desde entonces.

Daniel posó una mano sobre su hombro.

—Por eso creo que debes usar todo ese encanto que derrochas cuando quieres y convencerla de que vas en serio con ella. Yo desde luego voy a dejaros el espacio que necesitáis para que funcione.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Eric atónito—. ¿No estarás hablando de marcharte?

Matt volvió a acercarse a ellos.

—¿Quieres irte? —preguntó también.

Y lo primero que vieron fue al grandullón asentir.

—Durante el congreso me han ofrecido participar en un programa especial de cirugía en Los Ángeles. Es algo pionero en estética, para el tratamiento de heridas por quemaduras. Y después de pensarlo, creo que es una oportunidad que no debería rechazar. Solo será un año. Y espero que mantengáis mi cuarto para cuando vuelva.

—Amigo... eso no lo dices jamás.

Y tras la noticia, los tres amigos se abrazaron, compartiendo las alegrías de los tres.

## CAPÍTULO 24

—¿Te puedes creer que estamos presenciando la pedida de mi hermano? —La voz de Lauren se quebró por la emoción y Payton la rodeó con el brazo.

A ella también le costaba creerlo, pero allí estaban. Habían sido citados en el zoo de *Central Park*, el lugar en el que Matt y Sarah tuvieron su primera cita. La decoración y puesta en escena era espectacular, mágica y definitivamente única. El ambiente no podía ser más romántico, incluso cursi, pensó Payton, cuando vio que Matt guiaba a Sarah, después de la cena, al recinto de las mariposas.

Su amiga las había mirado con una sonrisa resplandeciente antes de dejarse guiar y, juntos, agarrados de la mano, entrar en el lugar, también iluminado, aunque de forma más tenue.

El resto se habían quedado fuera, dándoles algo de intimidad, pero conscientes de que lo que advertían a través de la fina tela de la mosquitera que protegía el lugar era un momento único en la vida de esas dos personas a las que adoraban.

Cuando Matt se arrodilló ante Sarah y esta colocó una mano sobre sus labios, sorprendida, al ver el anillo que él le ofrecía en una cajita de plata, todos contuvieron el aliento. La mirada de Payton se desvió sin querer buscando a Eric, y cuando vio que él también la buscaba a ella y sus miradas se enlazaban con necesidad, anhelando ese momento de complicidad en el que no hacen falta palabras porque sabes que ambos corazones latían al unísono, supo que todas las pegadas que había puesto a su relación habían desaparecido.

Aquello había empezado como un juego, un coqueteo y una promesa de diversión, y antes de darse cuenta se había convertido en algo serio, una oportunidad de entregarse a alguien que la viese de verdad, tal y como era ella, con sus luces y sus sombras. Daba miedo, porque jamás había buscado ni querido una unión así. No quería depender emocionalmente de nadie porque los años la habían enseñado a sobrevivir sola. A ocultar sus sombras y

caminar ignorándolas.

—Mi hermano me ha dicho que te vas a quedar sin uno de tus compañeros de piso, que se va a Los Ángeles para un programa especial de cirugía —le susurró Lauren al oído.

La miró con los ojos muy abiertos, espantada. Pero no pudo preguntarle más, porque al parecer, mientras ella estaba sumida en sus pensamientos, Sarah había aceptado la petición de matrimonio y todos los presentes empezaron a aplaudir exultantes.

Las niñas fueron las primeras en salir corriendo para abrazar a la feliz pareja y felicitarla. Y el resto las siguió, imitándolas. Ella, sin embargo, volvió a buscar con la mirada a Eric, pero él ya no estaba. Sintió que el corazón se le desbocaba en el pecho, agónicamente. Lo había estado ignorando esas últimas semanas, imponiendo entre los dos una distancia que creyó necesitar y que ahora iba a asfixiarla si él decidía marcharse a otro estado.

Con desesperación miró a un lado y a otro. Y entonces, bajo las luces, lo vio marchar por uno de los senderos de salida del parque. ¿Así pensaba irse? ¿En silencio y sin despedirse? Apenas fue capaz de contener la congoja que se instaló en su pecho. Y antes de pensarlo, se agarró la falda del vestido largo color rosa que se había puesto y corrió tras él, una tarea nada sencilla, teniendo en cuenta que el conjunto iba acompañado por unos tacones finos y altísimos.

Mientras corría tras él, vio a Carla y Brenda besándose bajo la copa de un espeso árbol. La sorpresa, pues no sabía que se habían reconciliado, no la hizo detenerse. Debían haberlo hecho en el congreso a la que ambas habían asistido. Se alegraba por ellas, pero ahora tenía que buscar su propia felicidad y futuro.

Por mucho que corrió, no llegó a acortar lo suficiente la distancia para alcanzarlo. Eric era alto y tenía una gran zancada, por lo que se vio obligada a inclinarse y quitarse los zapatos para correr con más rapidez.

Aun así, sin aliento, vio que se acercaba a la salida del recinto, sin que ella pudiese evitarlo. No le quedaban más cartuchos, salvo gritar, y lo hizo.

—¡Eric! —Su voz sonó desgarrada en mitad del silencio de la noche. El corazón se le desbocaba en el pecho dolorosamente, con un latido tan fuerte que parecía que fuese a estallarle. Aún más cuando vio que él se detenía.

No se giró, como si esperase una confirmación.

—¡No te vayas! —volvió a gritar, pues aquel pensamiento, el de su marcha, era el que la estaba lacerando lentamente.

Él bajó el rostro y luego lo levantó para girarse y encararla por fin.

No le quedaban fuerzas, pero volvió a coger el filo de su falda y corrió hacia él, hacia su destino, segura de que si no lo alcanzaba perdería lo más valioso que había encontrado en la vida. Eric comenzó a caminar hacia ella, deshaciendo sus pasos, pero lentamente. Su gesto impasible la hizo frenar a pocos metros de él.

Y durante lo que pareció un largo segundo, ambos se miraron, como si todo a su alrededor hubiese desaparecido. Ya no quedaba nada salvo ellos dos, sus respiraciones entrecortadas, los latidos de sus corazones desbocados, la necesidad eléctrica entre sus cuerpos.

—No te vayas, por favor —dijo ella con un nudo en la garganta.

Ambos miraron al cielo cuando un trueno ensordecedor lo sacudió sobre sus cabezas. Cuando las primeras y finas gotas empezaron a caer sobre ellos, Eric bajó el rostro y volvió

a enlazar la mirada con la suya, implorante. Acortó la distancia con un paso más.

—Payton, yo...

—No digas que tienes que marcharte. No puedes hacerlo.

Eric no entendía lo que le quería decir. No pensaba marcharse a ningún sitio, pero prefirió callar y dejar que ella le hablara después de tantos días de silencio.

—¿Por qué no? —preguntó.

Salvó la distancia que restaba entre los dos y en el momento en el que posó una mano sobre su mejilla, la lluvia aumentó de intensidad. Las gotas frías empararon sus rostros y cuerpos en pocos segundos, y sin embargo el calor de aquella caricia los mantuvo inmersos en su burbuja.

—Porque yo...

Payton apretó los labios y Eric sonrió, leyendo la lucha que pugnaba en su interior.

—Tú, ¿qué? —la provocó.

—Eric, ¡maldita sea! Lo sabes —protestó cerrando los ojos y elevando el rostro hacia la lluvia.

Eric lo tomó con ambas manos, obligándola a mirarlo.

—¿Tú qué, Payton? —preguntó frente a sus labios, haciendo que sintiera su aliento cálido sobre los mismos, tan cerca como para ofrecerles

una promesa.

—Yo... —Quiso llorar—. Yo te amo —declaró ella, con los ojos aún cerrados. Y al hacerlo, hasta la última mota de oxígeno de sus pulmones se vio liberada.

No se atrevió a abrir los ojos y enfrentarse a su mirada. Jamás había pronunciado esas palabras de entrega absoluta a una persona y tenía miedo. Volvió a sentir la subida lenta del vagón de la montaña rusa, ese ascenso agónico en el que el mundo se ralentiza y cada segundo precede a la caída, a la pérdida de control, cuando sientes que te entregas a una fuerza mayor que tú que te lleva al límite de los sentidos y la cordura. Así se sintió, cayendo sin red al vacío, hasta que la boca de Eric poseyó la suya con codicia, con anhelo, con hambre, con toda el ansia que llevaba guardando desde la primera vez que la vio bailando en ropa interior en su cuarto, ajena al mundo. La rescató de sí misma, alzándola entre sus brazos, agarrándola con fuerza y devolviéndole el aliento perdido. Nunca un beso había significado tanto para ella como ese, ni la había hecho tan libre, mientras su corazón se anclaba al de otra persona.

—¿Entonces me has levantado definitivamente el periodo de prueba?

¿Vas a ser mi novia formal? —le dijo él entre risas, cuando separó los labios de los suyos.

Payton sonrió con él. Intentó poner un gesto enigmático, pero el agua que ya caía torrencialmente no le permitía ni abrir bien los ojos.

—¡Pareja! ¡Os estáis empapando! —les dijo Jeff, el padre de Sarah, de la mano de su novia.

Vieron correr a sus amigos junto a ellos en dirección a la salida, protegiéndose con lo que podían del agua. Cuando Matt pasó por su lado con las niñas en brazos le preguntó:

—¿Tú no ibas a ir a por los paraguas?

Payton miró a Eric sorprendida.

—Sí, pero me han entretenido —se excusó encogiéndose de hombros.

—Ya veo, ya —repuso su amigo riendo, sin dejar de correr, llevándose de allí a las mujeres de su vida.

—¿Ibas a por los paraguas? Lauren me había dicho que te marchabas a otro estado...

—No. Es Daniel el que se va. Yo no pienso separarme de ti —le dijo aferrándola con fuerza, por la cintura—. Porque, señorita Walker, yo

también la amo.

Payton rio mucho más al verlo alzar los brazos al cielo tormentoso y gritar:

—¡La amoooo!

—Par de locos, ¿podéis amaros protegidos de la lluvia? —les preguntó Lauren, que corría ayudada por Daniel, también hacia la salida.

Payton y Eric se miraron y, haciendo caso omiso a la sugerencia, volvieron a besarse apasionadamente. Felices de subirse juntos a la montaña rusa de su amor.

## CAPÍTULO 25

—¡Oh, dios mío!

Payton se agarró a las sábanas con ambas manos, mientras cada célula convulsionaba de placer. Se mordió el labio para no gritar, pero la corriente eléctrica que la recorrió fue tan devastadora que su cuerpo entero se arqueó pidiendo más, mientras las embestidas de la lengua de Eric sobre el centro de su feminidad no le daban tregua. Tras la última oleada, se dejó caer derrotada sobre la cama, aunque sabía que no habían terminado. A su novio le gustaba llevarla al límite, para rematarla cuando pensaba que ya no podría con más. Era su forma de despertarla los días que no habían podido dormir juntos y, la verdad, no se le ocurría mejor forma de darle los buenos días.

No le dijo una palabra, solo la miró con intensidad mientras ascendía por su cuerpo y, tras depositar un beso leve sobre sus labios, la embistió esta vez con su miembro pétreo y formidable. A punto del delirio, con cada empellada se sentía desfallecer. Sus músculos vaginales se encogieron, aferrándolo a su interior. Ocultó el rostro en el cuello masculino cuando un nuevo gemido estuvo a punto de escapar de su garganta. Eric, sin embargo, gruñó al vaciarse en su interior. Compartieron los últimos vestigios del clímax simultáneo entre besos entregados. Y

siguieron besándose mucho después de haber culminado, saboreándose.

—Tenemos que levantarnos ya, o se nos hará tarde para ir a despedir a Daniel al aeropuerto —dijo Payton intentando zafarse del abrazo de Eric.

—Aún está en la ducha. Tenemos tiempo de otro...

Payton rompió a reír y alzó una ceja.

—De otro abrazo, mal pensada. Hay que ver qué mal acostumbrada te tengo, ¿eh?

Payton le hizo una mueca.

Hacía un mes que se habían declarado su amor mutuo y desde esa misma noche, habían pasado todas las que habían podido juntos, haciendo realidad las fantasías que habían estado conteniendo durante meses.

—Lo retomaremos cuando volvamos. Y esta vez no quiero que te contengas por miedo a que nos oigan. Vamos a estar solos, así que te quiero completamente desatada.

Aquella petición la hizo reír con ganas.

Lo vio levantarse y se acomodó de lado en la cama, para observarlo. No se podía ser más sexi que ese hombre que le había robado el corazón hasta el punto de querer presentárselo incluso a su familia. Ya habían planeado para navidad una visita a Texas para que lo conociera la familia y así poder ella hablar con sus hermanos y su padre sobre su madre. Había decidido seguir el consejo de Lauren y enfrentarse por fin a su pasado para poder mirar hacia el futuro.

Se miró la muñeca y su tatuaje del punto y la coma y lo acarició con la yema de los dedos. Con la mente perdida en los recuerdos que por primera vez no sintió tan amargos.

—Daniel ya ha salido, ¿nos damos la ducha juntos?

—A la vuelta o no llegamos. Si toma tarde ese avión, con las ganas que tiene de abandonarnos, no nos lo va a perdonar jamás.

—¡Vamos tortolitos! Daos prisa que en diez minutos estoy listo y en la puerta —les dijo Daniel al otro lado de la puerta tras dar unos golpes con los nudillos.

—¿Ves? Te lo dije —repuso ella a Eric con chulería.

Al pasar por su lado para tomar sus vaqueros, Eric se vengó dándole un pequeño azote en el trasero y ella sintió cosquillear su entrepierna inmediatamente. Mirándose de soslayo ambos se vistieron a toda prisa, sin quitarse los ojos de encima.

—Voy a echar de menos al grandullón, pero tenerte solo para mí en casa va a ser apoteósico —le dijo acercándose y le depositó un beso en su mejilla.

Payton estaba de acuerdo con cada palabra. No quería que Daniel se marchase. Se había convertido en un gran amigo, uno de esos que quieres tener cerca siempre. Pero entendía que era una buena oportunidad para él, una parte de su sueño cumplido como cirujano. Y Eric tenía razón, la perspectiva de un tiempo completamente a solas era excitante.

Con esa idea en mente salieron ambos de la habitación sin dejar de tocarse con cualquier excusa. En la entrada, ayudaron a Daniel con su

equipaje, tomando cada uno una maleta, pero al abrir la puerta se llevaron una sorpresa.

—Hola... —Payton se quedó de piedra al ver a Ellen allí, a punto de llamar, con el rímel corrido, manchando sus mejillas a causa del llanto, y lo más alarmante, una maleta junto a ella—. Necesito asilo unos días. He pillado al huevo sin sal de mi novio con otra en la cama —declaró en un puchero que al segundo se convirtió en un mar de lágrimas contra el hombro de Payton.

Lo único que pudieron hacer fue mirarse entre ellos, estupefactos.

FIN



Estimado lector, ante todo, mil gracias por haber elegido mi libro de entre los miles a tu disposición. Espero que hayas disfrutado mucho con su lectura.

Si deseas dejar tu comentario en Amazon, no solo sabré qué te ha parecido, sino que podrás ayudar a otros lectores indecisos.

Gracias, Lorraine Cocó

## SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace veinte años. Nacida en 1976

en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea a la paranormal, suspense, *new adult*, contemporánea o *chick lit*. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación, primero escribiendo poesía y más tarde a través de la novela y el cuento.

En mayo de 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequín Harper Collins su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. En septiembre de 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2018 recibió el premio NORA de romántica, concedido por compañeros escritores, y lectores. En 2019 resultó finalista del PLA, Premio Literario de Amazon de habla hispana, con su novela *La coleccionista de noches vacías*, seleccionada entre más de dos mil cuatrocientas novelas de treinta países.

Con más de treinta novelas publicadas con gran éxito desde sus inicios, Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

## OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

### **SERIE AMOR EN CADENA:**

Perdición Texana – Editorial Harlequín Harper Collins Ríndete, mi amor - Editorial Harlequín Harper Collins Unidos por un ángel - Editorial Harlequín Harper Collins Una boda sin fresas - Editorial Harlequín Harper Collins Mi pequeña tentación - Editorial Harlequín Harper Collins Gotas de chocolate y menta - Editorial Harlequín Harper Collins Con la suerte en los tacones - Editorial Harlequín Harper Collins Dulce como el azúcar - Editorial Harlequín Harper Collins **OTROS LIBROS:**

La coleccionista de noches vacías

Se ofrece musa a tiempo parcial  
Besos de mariposa  
Los días grises y tu mirada azul  
Jugando a las casitas- Romántica's Cocó  
Como en una canción country- Romántica's Cocó  
Ni contigo ni sin ti- Romántica's Cocó  
Vale, Nena, rómpeme el corazón- Romántica's Cocó  
Tú, mi atracción favorita- Romántica's Cocó

**SERIE PARANORMAL:**

Dakata – Romántica's Cocó  
La Portadora – Romántica's Cocó  
El destino de Noah- Romántica's Cocó  
Trilogía Semillas Negras  
Bye Bye, Love- Romántica's Cocó  
Las hermanas DeMarsi y sus extraordinarias formas de amar **COLECCIÓN BOCADITOS:**  
Hecho con amor – Romántica's Cocó  
Eres la nata de mi chocolate – Romántica's Cocó  
Sexy Summer Love – Romántica's Cocó Autumn Passion Love – Romántica's Cocó  
Besos de cereza- Romántica's Cocó

**SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:**

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó  
Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó  
Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó  
Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

**TRADUCCIONES:**

Texan Downfall (Love in Chains, Book 1)  
Naiade, La portatrice di vita (Italian Edition)  
Part-Time Muse For Hire

Fatto con amore (Italian Edition)

Come panna sul cioccolato (Italian Edition)

# Document Outline

- [DEDICATORIA](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [SOBRE LORRAINE COCÓ](#)
- [OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)